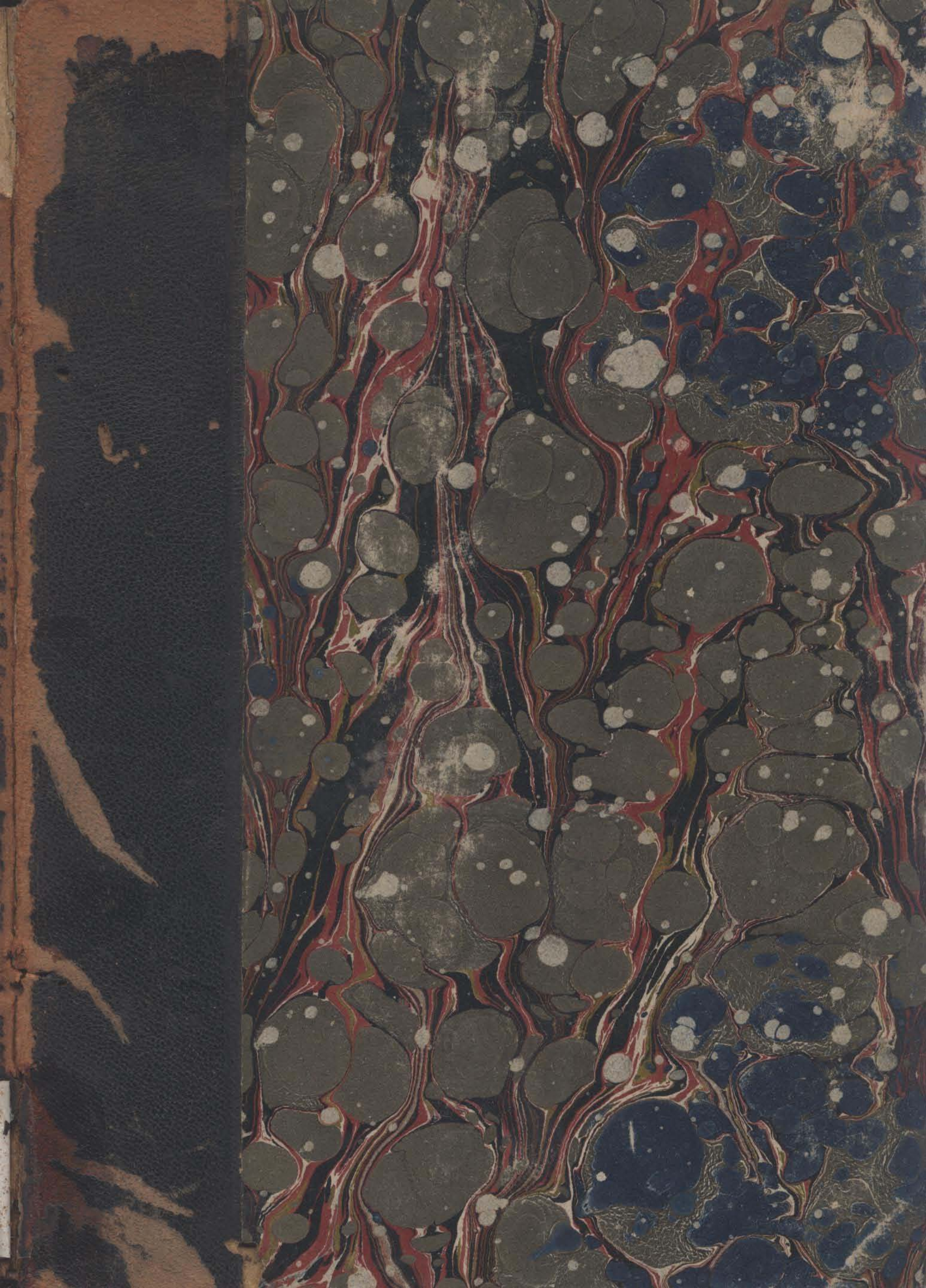


EL TESORO DE LAS NIÑAS

OBRA COMPUESTA EXPRESAMENTE

PARA LA EDUCACIÓN MORAL DE LAS HIJAS DE FAMILIA

Y DESTINADA Á SERVIR DE TEXTO DE ENSEÑANZA

EN LOS COLEGIOS Y ESCUELAS DE NIÑAS

POR

JOSÉ BERNARDO SUÁREZ.

Considerablemente aumentada y refundida

POR

VICENTE GARCIA AGUILERA

EX-RECTOR DE LOS COLEGIOS NACIONALES DE RIOJA Y SANTIAGO

CONTIENE LAS MUJERES CÉLEBRES DE SUD-AMÉRICA

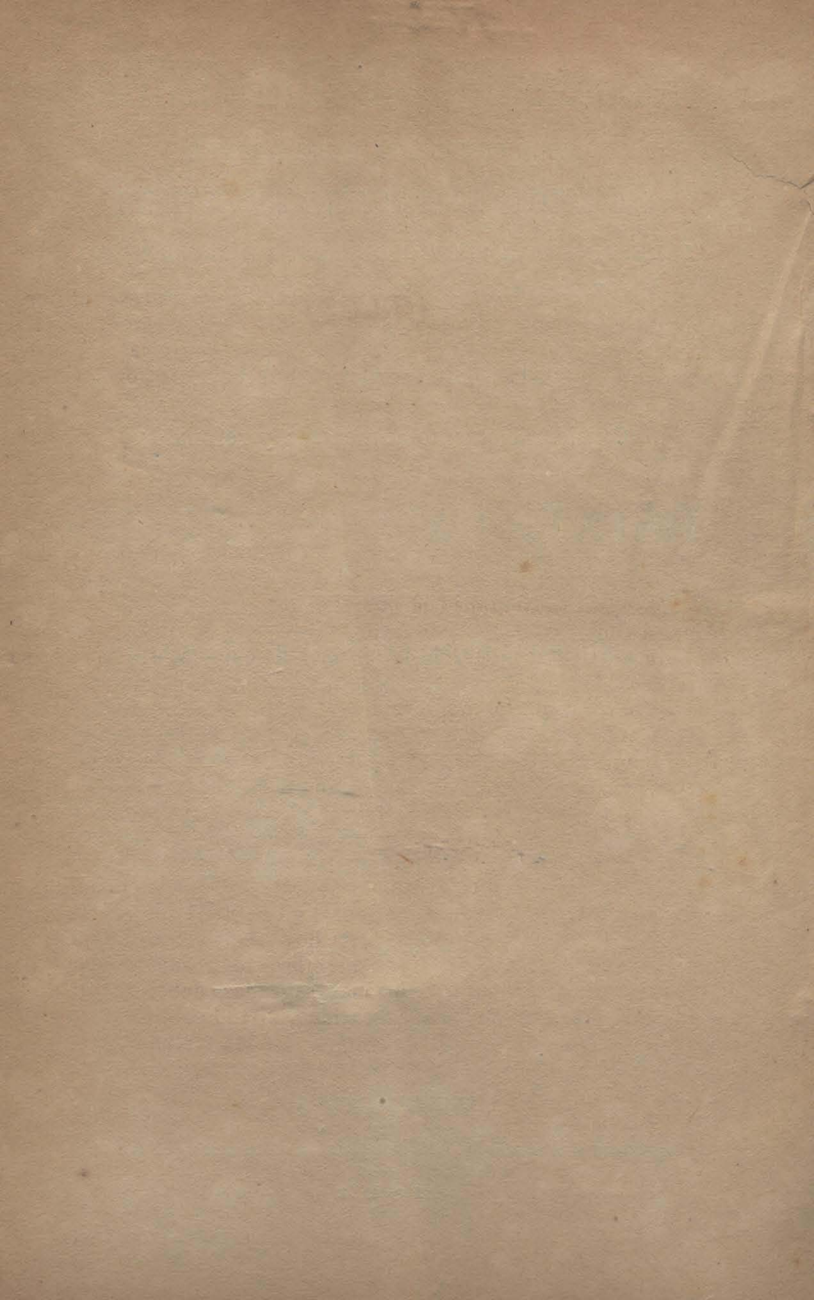
> «La muger es la casa», según el axioma indio; un poeta, indiano tambien, dice: La muger es la fortuna».
> La experiencia del occidente nos permite añadir: «Sobre todo, la muger pobre».
> No posee nada y lo aporta todo.
> Debe ser dulce, creyente, iniciable, y, sobre todo, vírgen de corazón.
> Todo lo demás es secundario.
>
> J. MICHELET

CÓRDOBA

Tipografía «La Velocidad» de F. DOMENICI, 24 de Setiembre, Núm. 14.

1894





ADVERTENCIA Á LAS NIÑAS

La lectura instructiva á la par que agradable del presente libro, compuesto expresamente para vosotras, también será mui util á las adultas que deseen aprovecharse de los sanos consejos i bellos ejemplos que contiene. El asunto ó fondo de sus articulos puede resumirse en estas dos palabras: VIRTUD I TRABAJO.

El trabajo, amables niñas, es el progreso; sin él todo se paraliza. La vida de las flores, como la del hombre, termina por la inacción. El trabajo mantiene el vigor de las fuerzas del cuerpo como las del alma, i la salud misma no se conserva sinó por medio del trabajo.

La virtud es el cumplimiento de nuestros deberes, i el hombre tiene deberes que cumplir para con Dios, para consigo mismo i para con sus semejantes.—Estos trés deberes constituyen la *moral religiosa, la moral individual* i la *moral social.*

Amar á Dios, adorarle con la inteligencia i el corazón, reconocerlo como Supremo Juez de las acciones humanas, admitiendo su Divína Providencia, que premia i castiga á cada uno según sus obras; creer que el corazón del hombre debe ser un altar consagrado á la divinidad, en el que se le ofrezca el holocausto de las buenas acciones.—He aqui lo que constituye la *moral religiosa.*

Respetarse á sí mismo, tener por norte en todos los actos de la vida *la verdad i la justicia.*—He aquí la *moral individual.*

El hombre se debe también á la sociedad, á la cual está ligado por numerosos vínculos. De aquí nace la *moral social.*

La sociedad es la reunión de los individuos que componen la especie humana, que viven sometidos á un conjunto de reglas ó leyes, derivadas de la naturaleza del hombre. Considerada de esta manera, es una gran familia, cuyos miembros todos somos hermanos, i la tolerancia i la caridad son los mas sagrados deberes que tenemos que cumplir para con ella. La caridad, virtud sublime, verdadera emanación de la divinidad, madre de todas las virtudes, revela en el que la practica un alma de adorable perfección.

Queda, pués, evidenciado que la virtud consiste en el cumplimiento de nuestros deberes, i que el trabajo será siempre estéril y la ciencia humo sin la virtud.

La palabra de Dios es la que mejor nos enseña las virtudes que debemos practicar. Esta palabra la hemos de recibir con un corazón

Las aves i flores bellas
Formasteis para mi vos.
Despues os vi, Rei del cielo,
Del sol en los resplandores,
Del clavel en los olores,
De las aves en el vuelo.
Os vi en la brisa que pasa,
En el mar que el viento riza,
I el vapor que se deliza,
Cual nevado chal de gasa.
Do quiera os vi i os amé;
Que es imposible, Señor,
Siendo cual sois todo amor,
No amaros teniendo fé.

II.

Vestidos i adornos.

Una niña mira con desprecio á cualquiera que no tiene un vestido tan rico como el suyo. ¡Qué motivo de gloria! Una persona mui presumida en sus adornos, i que pone mucha atención en sus vestidos ó en los de las demás, da lugar á sospechar que no tiene otro mayor mérito, ó que ella misma no conoce otro. Los magníficos adornos, dando á los pequeños injenios altanería, soberbia, desdén i un cierto tono de suficiencia, quitan al carácter i al entendimiento lo que añaden al cuerpo i á la figura. Si esto es así, ¿no se puede decir que ellos hacen perder en lugar de dar, i que se hacen por consiguiente mas dignos de desprecio que de estimación?

Dirijiéndose á un rico desdeñoso, un poeta le dice:

Ahora que has adquirido grande hacienda,
Si me dices adios es con desprecio.
Cuando uno llega á ser mas rico que otro,
¿Tiene derecho para ser mas necio?

—

Nunca, niña, te guies
Por apariencias;
Huye del que hace necio,
De su grandeza
Pomposo alarde,

Que siempre es orgulloso
Quien ménos vale.

—

No vanidad tu alma cobre
Si caudal tu casa ostenta;
Que será doble la afrenta
Si desciendes á ser pobre.

III.

Buenas compañias.

Un poeta persa, Saadi, espresa por el siguiente apólogo cuál es la influencia de las buenas compañias.

«Estando paseando, dice, vi á mis piés una hoja medio seca, que exhalaba mui suave olor. La tomo i respiro su aroma con delicia. Tú que exhalas tan dulce perfume, le dije, ¿eres la rosa? Nó, me respondió, no soi la rosa; pero he vivido algún tiempo con ella; de esto proviene el dulce perfume que exhalo.»

Otro poeta ha dicho, hablando de las buenas compañias:

Acompañarte procura,
Con niñas de honra i de punto,
Que aunque seas tú quien fueres,
Como las otras te juzgo.

IV.

Las solteras.

Una mujer, aunque no se case, puede ser mui útil en el mundo; sus necesidades son menores, i no tiene que cuidar á un marido ni á los hijos. Libre de las penas inherentes al matrimonio, puede consagrarse enteramente á los cuidados que debe á la ancianidad i á las enfermedades de los que le dieron el ser; puede, si tiene luces, instruir á la juventud pobre, i guiarla en el ejercicio de las virtudes. Una jóven apreciable por su ánimo piadoso, sensible i caritativo, es un consuelo que reserva la Providencia para los seres que padecen. Para desempeñar tan noble tarea no hai necesidad de que sea rica. El oro prodigado al infortunio por la mano de una fria piedad, ¿puede valer tanto como la bondad compasiva que consuela i abre á la esperanza los corazones abatidos por la desgracia?

Si durante muchos años sentis vuestra alma inclinada á huir del mundo i á consagrar vuestros dias al servicio de Dios, * el homenaje mas puro que podeis ofrecerle es entregaros á una de esas órdenes fundadas para alivio de la desgracia. ¿Qué empleo mejor para una alma piadosa, que abrazar un estado en el cual os constituis á la vez hija de los ancianos sin asilo, enfermera de los pobres, i madre de los huérfanos?

Mas, para seguir un impulso tan laudable, guardaos de dejar á vuestros padres sumidos en el dolor i el abandono. La naturaleza i la relijión están de acuerdo para mandaros preferir los deberes de hija tierna i virtuosa, á aquellos mismos cuyo cumplimiento seria tan dulce á vuestra piedad.

V.

Hortensia.

Yo conozco una señora que tiene una hija, llamada Hortensia, la mejor del mundo, pues jamas ha hecho mal á nadie, ni aun á los animales**. Vió un dia, estando de paseo, que unos muchachos iban á echar al rio un perrito que llevaban atado con una soga; i aunque era feo i estaba cubierto de lodo, sin embargo, Hortensia tuvo compasion de él, i dió una moneda á los muchachos para que le diesen el perro. Preguntóle entonces su criada: «¿Para qué quiere Ud. ese perro tan despreciable?—Así es, dijo Hortensia; pero tambien es desdichado, i si lo abandono yo, nadie tendrá compasión de él.» Mandólo lavar, i metiéndolo al coche, lo llevó á su casa. Burlábanla todos con el perro; mas esto no impidió que Hortensia conservase el pobre animalito. Habrá ocho dias que, estando en su cama ya medio dormida, saltó á ella el perro. i á toda prisa le tiraba la manga, ladrando tan fuerte que la obligó á despertar. Tenía en su cuarto una lamparilla á cuya luz pudo observar que el perro, cuando ladraba, miraba hácia debajo de su cama. Llena de miedo, Hortensia se levantó al punto, i abriendo la puerta dió voces á los criados, que por fortuna no estaban todavia dormidos. Acudieron pronto, i encontraron debajo de la cama á un ladrón con un puñal, el cual confesó que su intención era matar á esta señorita tarde de la noche i robar-

*El estado relijioso
Con vocación es dichoso.

**Quien maltrata á un animal
No muestra buen natural.

le sus halajas. De esta manera la compasión á su perro agradecido le salvó la vida. Sin embargo, esto no debe ser un motivo para que os ocupeis tanto de ese animal, que lo paseis frecuentemente con él; i puedo aseguraros que es bien desagradable para la jeneralidad de los hombres el ver á ciertas niñas con esos *quiltros* en las faldas, besándolos i esponiéndose á que les trasmitan sus enfermedades. Esto revela falta de educación i poco juicio en una mujer.

VI.

La señorita Farge.

En 1801, hallándose llenas las cárceles de Chartres, en Francia, fué necesario poner una turba de bandidos en el subterráneo de una iglesia, donde no tardó en declararse una enfermedad contajiosa i mortal. A ella sucumbieron varios presos, sin que nadie osase penetrar en aquel abismo de muerte. La señorita Farge tuvo valor para bajar allí sola, pues nadie habia querido acompañarla. Se vió, pues, en la precisión de inducir á algunos de aquellos criminales á que la secundasen en los cuidados que ella prodigaba á sus compañeros enfermos.

A pesar de su asidua solicitud en aquel subterráneo infecto, consagraba tambien parte de su tiempo al servicio de las otras prisiones. Ella dirijia los trabajos de la cocina, de la roperia; vijilaba en la enfermería, en la botica; su caridad, su actividad, bastaban para cuidar mas de doscientos de aquellos infelices enfermos.

He aqui, amables niñas, un bello ejemplo de abnegación i de caridad. Esta sublime virtud no se practica, pues, solo con los buenos, sino que tambien extiende su mano á toda clase de personas, sin distinguir relijión, edad ni sexo.

VII.

Elvira.

Una niña llamada Elvira, no solo incurria mui á menudo en un exeso de curiosidad, sino que tenia el vicio de tocar, revolver i escudriñar todo lo que veía capaz de escitar sus curiosos deseos. Ya habia conocido por su propia esperiencia cuán peligrosa podia ser en algún caso esta mala costumbre, i mas de una vez habia llevado un fuerte coscorrón en la cabeza, al abrirse de improviso una puer-

ta, detras de la que ella se hallaba escuchando ó atisbando por la cerradura.*

Todavia peor fué lo que le sucedió un dia, en que, habiendo encontrado abierta la puerta de un pequeño gabinete, donde su padre tenia reunídas sus colecciones de objetos de historia natural, á cuyo estudio era sumamente aficionado, se puso á revolverlo i manosearlo todo. Aconteció, pues, que encima de la mesa habia una cajita cerrada i Elvira se acercó á ella i la abrió sin precaución alguna. Inmediatamente salió una linda maríposa que, desplegando sus matizadas álas, empezó á revolotear por el jardin. Absorta se quedó la niña al ver una mariposa tan bonita; pero, conociendo al instante la indiscreción que habia cometido, trató de pillarla para volverla á la caja. Lo que logró con esto fué espantar á la mariposa, que se fué del jardin. Llorosa la niña i sintiendo su falta, tuvo el buen pensamiento de ir en el acto á confesársela al papá, i solo esa franca declaración con visos de arrepentimiento, pudo librarla del castigo, porque su padre sentia mucho la pérdida de la mariposa, que era de una especie mui rara i preciosa.

La curiosidad es la falta
Que en la mujer mas resalta.

VIII.

Clorinda.

Hace dias que á eso de las seis de la tarde, al pasar por la plaza de la Victoria una niña de ocho años llamada Clorinda, le salió al encuentro otra niña de su edad, diciendo con voz llorosa:

—Señorita, ¿me dá Ud. un pedacito de pan por el amor de Dios? tengo mucha hambre.

—Dios mio! respondió Clorinda, toma, que casualmente traigo un bollo que me ha comprado mamá; pero ¡qué pálida estás! ¡cómo lloras!

—Es que hace mucho tiempo que estoi aquí, replicó la niña devorando el bollo; tenia miedo, mas aguardaba á que pasase una niña como Ud.

*No procureis informaros
De los negocios ajenos;
Sin parecer misteriosa
Disimulad bien los vuestros.

—¿No tienes mamá que te cuide?

—Mi madre murió hace un mes, i mi padre me trajo aquí esta mañana; pero me dijo que le esperara, no ha parecido; sin duda me ha abandonado, porque ayer dijo á una vecina que se iba de Buenos Aires.

—Mira, dijo Clorinda, yo tengo un papá mui bueno i una buena mamá: ven á mi casa i ellos te cuidarán: luego que te vistan como yo, iremos juntas al colejio, i serás mi hermanita, ¿no es verdad?

Y la encantadora niña tomó de la mano á la pobre abandonada, encaminándose á su casa en compañía de una sirvienta que no habia hecho mas que oir i callar. Luego que vió á su madre, le dijo:

—Mamá, te traigo una niña á quien su padre ha abandonado de intento; ¿quieres que se quede en casa? Tú eres mui buena para conmigo, i ya ves, con lo que me dán todos los dias habrá lo suficiente para las dos.

Los deseos de la jenerosa niña han sido satisfechos, como debian serlo, por su padre i su madre, honrados artesanos á quienes el trabajo i la economía suministran lo necesario para vivir con comodidad. La abandonada niña, vestida con los trajes de su hermana adoptiva, va á ser enviada al colejio; i á juzgar por la sencilla gratitud que manifiesta, puede creerse que el honrado matrimonio que la ha recojido no tendrá que arrepentirse de su jenerosidad.

IX.

Eduvijis.

No hay cosa que tanto guste en las niñas, ni que tanto prevenga en su favor como el esmero que algunas ponen en manifestarse corteses i bien educadas.* A este desvelo debia la niña Eduvijis el estar bien quieta en todas las visitas, tertulias ó concurrencias aun de personas mayores, i el ser citada como modelo á las otras niñas de la misma edad. Por supuesto, siempre se presentaba con el vestido aseado, la cara i las manos limpias, conociéndose el cuidado que en esto ponia, cuando iba por la calle ó se sentaba en alguna visita.** En ninguna parte se conoce tanto la urbanidad i

* La instrucción i cortesía
Son prendas de gran valia.

** En sitios de concurrencia
Preséntase con decencia.

finura de una persona como en la mesa,* i por esta razón, callando otras recomendables prendas de Eduvijis, referiré solo lo que hizo un dia que la convidaron á comer fuera de su casa.

Al verse en medio de una reunión de elegantes convidados, redobló su atención, procurando observar cuanto ejecutasen. No se fué á encaramar en el asiento que mas le gustaba, sino que esperó á que, colocados todos los sujetos en sus respectivos asientos, le designase el suyo el dueño de casa. Bien colocada en su silla, desdobló su servilleta, puso á la derecha el tenedor i la cuchara i empezó á servirse de ellos, sin manosear ni hacer ruido.

Comia con delicadeza, sin atascarse la boca ni mascar á dos carrillos, sin manifestar ansia ni mirar los platos ajenos. Cuando tenia que beber, tragaba primero la comida y se limpiaba la boca, tomando el vaso con una sola mano, aunque con precaución.

Asi llegó con toda felicidad hasta los postres, creyendo que nadie la observaba, mas no sucedió así; porque el dueño de casa, que hacia los honores de la mesa, habia estado, al disimulo, observando sus movimientos, i notando entónces que Eduvijis dirijía ojeadas de complacencia hácia la fruta que habia sacado, sin atreverse á tomar ni á pedir nada, á pesar de la tentación, escojió una pera esquisita que, mondada i partida por él, sirvió en un plato á la niña, haciendo con motivo de este obsequio un elojio públíco de las prendas de Eduvijis.

Buen porte i nobles modales
Abren puertas principales.

—

La niña bien educada
Por do quiera es estimada.

X.

El Premio de la honradez

En el dintel de una puerta cochera de una calle de Paris, en una tarde de Agosto de 1878, estaba sentada una mujer como de 30 años de edad, teniendo á su lado un rapazuelo de cuatro á cinco años i á su frente un cesto de flores, que ofrecia á los transeuntes;

* En la mesa i en el juego
La educación se ve luego.

desgraciadamente los ramilletes, arreglados sin arte, no parecian ser de fácil consumo.

Asi es que á pesar de los ofrecimientos que ella no cesaba de hacer á cuantos pasaban, el número de los ramos no disminuia, i la pobre mujer parecía estar sumamente afligida por ello; en cuanto al niño, indiferente como todos los de su edad, brincaba alegremente, sin preocuparse del pesar de su madre.

Como á las once de la mañana, un caballero que daba el brazo á una encantadora señorita de dieziocho años, se paró delante de la escasa exhibición i comenzó á elejir entre los ramos; pero no habiendo encontrado ninguno á su gusto, volvió á colocarlos en el cesto i siguió su camino, sin notar dos lágrimas que bailaban en los ojos de la ramilletera.

Entre tanto la señorita, cuyo rosado semblante, cabellos con reflejo de bronce florentino i sombrero de viaje sin adornos, denotaban su orijen británico; la señorita, decimos, conmovida con la muda desesperación de la vendedora, sacó furtivamente de su bolsillo un pequeño papel, se lo dió al niñito, i siguió al caballero, que era su padre.

—Toma, mamá; ¿qué es esto? preguntó luego la criatura á su madre, mostrándole el papel que acababa de abrir.

—¿Dónde encontraste ese papel? preguntó la mujer, espantada al reconocer que aquel era un billete de 50 francos.

—Fué esa Señorita la que me lo dió.

Y la ramilletera corrió á entregar á la señorita el billete, la que, finjiendo no comprender, la repelió con la mano i quiso continuar su camino. Miéntras tanto, el caballero, habiendo oido la esplicación de la ramilletera, tomó el billete i abrió su cartera para guardarlo.

La jóven, viendo entonces á la desgraciada mujer en riesgo de perder su limosna, dirijió á su padre una mírada suplicante i le dijo algunas palabras á media voz; este sin embargo, con esa impacibilidad que caracteriza á sus compatriotas, puso el billete de á 50 francos en su carteria, i en seguida, tomando otro de á 500 francos, i pasándoselo á la mujer le dijo;—Mi hija os dió 50 francos porque sois pobre; yo decuplico la suma porque sois honrada. ¡Que Dios le ayude, buena mujer!

XI.

El lujo.

Si es permitido á ciertas familias el llevar vestidos ricos i magni-

ficos, es mas digno de estimación el quedarse un poco inferior á su posición social. La modestia i la honradez, queridas niñas, serán siempre para las mujeres el mas bello i mas noble adorno. Este era el de la virtuosa esposa del rei de Francia Enrique III. En medio del lujo mas desenfrenado de la corte, no se distinguia sino por la sencillez de sus vestidos.*

Pasando un dia por la calle de San Dionisio, entró en la tienda de un mercader de sedas. Encontró allí á la mujer de un presidente de los tribunales vestida magnificamente, i mui preocupada en la elección de telas riquísimas; la reina la observó algun rato en esta ocupación; i viendo que no atendia que ella estaba en la tienda, se acercó á la dama, i le preguntó quién era. La presidenta, que se veia sin comparación mucho mejor vestida que la reina, i que tenia todos sus sentidos ocupados en considerar la belleza de las telas que tenia delante de los ojos, le contestó ásperamente que se llamaba la presidenta tal. Entónces sonriéndose, la reina le dijo: «*Presidenta tal, estais mui engalanada para una mujer de vuestra calidad.*» La presidenta, sin apartar la vista de las telas, replicó: «*Pero no es á vuestra costa, madama*»....... Uno del séquito de la reina advirtió á la presidenta que respetase á quien hablaba.

Entonces levantó los ojos al rostro de la reina, i habiéndola reconocido, se arrojó á sus piés pidiéndole perdón. Se apresuró á levantarla la reina, despues le hizo con dulzura una corta amonestación sobre las consecuencias del lujo, i le dió testimonios de su benevolencia.

La causa mas común de la ruina de muchas familias es que arreglan sus gastos segun su vanidad, i no segun sus medios; segun su ambición i no segun su riqueza. El lujo, amables niñas, es hijo de la presunción, conduce á la pobreza por caminos brillantes i agradables; pero son solamente los locos los que lo siguen.

Sendero de precipicios
Es el lujo en la mujer,
Por donde va á perecer
En la llama de los vicios.

—

Sea tu porte adecuado
A tu haber, clase i estado.

—

*En cualquier rango i edad
Viste con honestidad.

El lujo, gula i pereza
Conducen á la pobreza.

XII.

El adorno de las mujeres.

Madama Dacier era una mujer mui instruida i célebre por sus obras. Un sábio aleman que las habia leido i que las apreciaba en mucho, fué á visitarla á Paris, i le presentó un álbum, rogándole tuviera la bondad de escribir en él alguna cosa. Al ver en el album las firmas de los mas célebres literatos de Europa, dijo madama Dacier que no se atrevia á poner el suyo entre tantos nombres ilustres. No se desanimó el aleman, i cuanta mas resistencia se le ponia, mas instaba. En fin, cediendo la señora á tantas instancias, tomó la pluma i escribió su nombre con la siguiente sentencia de un autor griego: «El silencio es el adorno de las mujeres.»

Un célebre poeta, espresando el mismo pensamiento de madama Dacier, ha dicho:

Un profundo silencio siempre ha sido
De las mujeres el mas bello adorno.

XIII.

La oración.

Cornelia era la alegría i el orgullo de sus padres. El talle de la jóven era bello como un rayo de luz, i sus mejillas frescas i sonrosadas como un capullo de rosa que se abre por primera vez al rocío de la mañana; pero, sobre todo, su alma era tan pura como una mañana de primavera que anuncia á los floridos valles un hermoso dia.

Cornelia no habia esperimentado aun las amarguras i aflicciones de la vida, i los dias de su juventud eran tranquilos i serenos. Pero, por desgracia, se enfermó su madre de sobreparto, i tuvo que guardar cama por largo tiempo, pues la fiebre era tan intensa que trastornaba su razón. La jóven velaba por la noche al lado de la enferma, á quien prodigaba los mas esquisitos cuidados, poseida de la mayor angustia. El sétimo dia de la enfermedad, la calentura era mucho mas intensa, i todo era silencio, i todos lloraban á escondidas persuadidos de que se acercaba el último momento de la pobre madre.

Mas por la noche vino un sueño reparador, que con el reposo devolvió la vida á aquel cuerpo desfallecido. Cornelia, sentada en la cama al lado de la madre, escuchaba en silencio la respiración de la enferma con el corazón lleno de angustia i de esperanza. Al amanecer abrió la madre los ojos i dijo: «estoi bien, i espero restablecerme.» Tomó algun alimento, bebió un poco i se quedó dormida de nuevo. Entónces se inundó el alma de Cornelia de indecible alegría, i la joven sale del cuarto, atraviesa los campos i sube á la colina cuando aun duraba el crepúsculo de la mañana. Ajitada de los encontrados sentimientos de temor i de esperanza, vino la aurora á teñir con su color sonrosado el rostro de la joven, que permaneció un momento reflexionando acerca de la animación recobrada por su madre despues del sueño reparador, i de las angustias que habia esperimentado. Pero, siéndole imposible contener por mas tiempo encerrados en su corazón estos sentimientos, dobló las rodillas sobre las flores de la colina, inclinó la cabeza i mezcló sus lágrimas con el rocío del cielo.

Despues de un momento de relijiosa contemplación, levantó su cabeza i volvió á la habitación de su madre: i entonces estaba Cornelia mas bella i hermosa que nunca porque habia hablado con Dios.

En cualquier tribulación
Alza á Dios tu corazón.

XIV.

El juego de los colores.

Un padre, temeroso de Dios, tenia cuatro hijos, buenos i dignos de aprecio, los cuales constituian su alegría i sus delicias.

Cuando el padre regresaba á cása, fatigado por el trabajo i el calor del dia, salian gozosos á recibirle, le secaban el sudor que corria por su frente i le referian con singular amor lo que habian aprendido durante el dia, ó lo que habian habládo, i el padre se complacia en escuchar la narración de sus inocentes juegos é injeniosos pensamientos.

—Padre, hoi hemos hecho el juego de los colores, le decian una tarde cuando salieron á recibirle i le habian conducido á la enramada del jardín.

—¿I qué colores habeis elejido? preguntó el padre, cuando se hubieron sentado.

—Yo, dijo Alberto, el mayor de los hermanos, he elejido el encarnado; pues este color es el del amor, de la caridad

—Bien, pues, contestó el padre; i con la caridad, es decir, el amor á Dios i á los hombres, la vida sería dulce, pues no faltan á á la tierra belleza i magnificencia para recrearnos, sino la injenuidad i el amor recíproco de los hombres.

—I yo, dijo Guillermo, he elejido el azul, que, como la clara bóveda del cielo despejada de nubes, es el color de la serenidad.

—Bien, querido Guillermo; pues no hay cosa mas agradable para nosotros que el hombre de alma apacible.

—Yo, dijo Juanita la hermana, he elejido el verde; pues nuestro Padre celestial ha vestido de verde la esperanza de los aldeanos, el jermen de los frutos del campo.

—Bueno, hija mía, por eso es tambien verde el color de la esperanza; i ¡cuán infeliz sería el hombre sin esperanza!

—I yo, dijo Federico, el menor de los hermanos, he preferido el blanco, pues el blanco es el color de la pureza, i la pureza i la virtud son el ornato de la infancia.

—Vuestra elección, queridos hijos, añadió el padre, ha sido acertada. Doi, sin embargo, la preferencia á la de Federico; porque el blanco es el fundamento i la suma de los demas colores, i la inocencia es la fuente de todas las virtudes i de la dicha.

Conservad, pues, hijas mias, la inocencia del corazón i la serenidad: al hombre inocente siempre le sonrie la dulce esperanza i brilla en sus ojos la calma i el amor de Dios.

XV.

Adela.

Adela Callet, nacida en Besanzon, era hija de un militar sin fortuna. En su infancia la educó con esmero la señora Ducormier, maestra de costura blanca en París, quien le enseñó su oficio.

Habiendo llegado Adela, gracias á su bienhechora, á ser una escelente obrera, se estableció en su ciudad natal, donde ganaba honrosamente su vida.

Supo que la señora Ducormier acababa de caer enferma. Todo lo abandonó por acudir donde ella estaba. Desde aquel momento fué decayendo cada dia la salud de la enferma. Sufrió un violento ataque al pecho que le hacia esperimentar frecuentes sofocaciones, en términos que se inhabilitó para trabajar i entregarse á ninguna ocupación seria.

El peso del establecimiento i los quehaceres de la casa recayeron

sobre Adela, que, en su viva i afectuosa gratitud hácia la enferma, le prestó los servicios que exijia su situación.

Como la enfermedad se prolongó por mucho tiempo, llegó un dia en que la señora Ducormier no tuvo como satisfacer sus necesidades; vióse obligada á vender casi todos los efectos unos tras otros. Todos los objetos de comodidad de la casa desaparecieron, i todo presentó luego el aspecto de la desnudez y de la miseria.

Adela proveyó á todo; no se desanimó ni con los sacrificios que estaba obligada á imponerse diariamente; no abandonaba el trabajo sino para cuidar á la enferma, ise levantava mui á menudo de noche para procurarle el alivio que exijia su situación.

A veces la enferma, sientiéndose mejor, queria ponerse de nuevo á trabajar; pero el mal estado de su vista era la causa de que Adela se viese forzada á deshacer lo que su maestra habia hecho i á empezarlo de nuevo. Verdad es que para esto se ocultaba de ella aguardando á que se quedase dormida para no causarle pesar.

La pobre enferma, durante los ocho meses que precedieron á su muerte, no dejó un momento su lecho. Adela no quiso consentír que la llevaran al hospicio, agotó sus propios recursos i empeñó sus muebles para subvenir á los gastos necesarios.

Lo que hace admirable esta abnegación es que no duró algunas semanas, algunos meses, sino doce años consecutivos sin que el celo de aquella virtuosa joven hubiese desmayado un solo instante.

XV.

La señorita Detrimont.

Pudiera decirse que la señorita Detrimont lo que se dijo de aquellas santas hermanas:

> El enjugar el llanto
> Es en la tierra su única esperanza,
> I no quiere mas gloria
> Si los dolores mitigar alcanza.

A principios del año último, en el pueblo de San Remijio Borrecourt, en Francia, una enfermedad epidémica con todos los caractéres del tifus, se habia declarado, sin sáber como, en una çasa que habitaba una pobre familia compuesta de once personas. En seis dias la abuela i seis de sus nietos habian sucumbido. Un mes despues murió la madre; i otros dos de sus hijos le sobrevivieron con siete á ocho dias de intérvalo. Jaime Vasselin, jefe de esta familia desgra-

ciada, quedaba solo con cuatro hijos, i todos cinco estaban atacados del mal que habia ya sacrificado seis víctimas á sus propios ojos.

Aterrados con tantas muertes i tan súbitas, i que tan rápidamente se habian sucedido, los parientes, los amigos, los vecinos, no osaban acercarse á Vasselin i a sus hijos: abandonados de todos, parecian los infelices condenados á padecer sin esperanza de socorro. «No queremos nosotros ir á buscar la muerte», era la respuesta de todos cuantos la autoridad local hablaba para que llevasen algun alivio, i cuidasen de aquellos desgraciados. La señorita Celestina Detrimont habitaba en un pueblo vecino, é informada de tales sucesos por la voz pública, fué á ofrecerse al alcalde de San Remijio para dar á los restos de esta desdichada familia los socorros que de todas partes se le negaban. El alcalde acepta enternecido este ofrecimiento; pero cree de su deber no ocultarle el peligro que va á correr. «Ya sé á lo que me expongo, respondió ella; pero no puedo dejar que perezcan cinco infelices: cuando se sirve á Dios ó á sus pobres, no debe temerse la muerte;» i despues de haber difícilmente consentido en precaverse con algunos preservativos, fué á encerrarse en una casa infestada, en donde yacian amontonados Vasselin i sus cuatro hijos. Uno de estos murió. La señorita Detrimont le amortajó con sus propias manos, i le llevó al patio de la casa, único lugar á donde las jentes se atrevian á acercarse. Por fin, sus activos i constantes cuidados secundaron la eficacia de los medicamentos que se le enviaron, i tuvo la dicha de arrancar de una muerte segura á Vasselin i á los tres hijos que le quedaron.

Esta acción tan bella como jenerosa no es el único hecho de esta clase en la vida de la señorita Detrimont. Gran número de acciones semejantes, conocidas tan solo del cielo i de los desgraciados á quienes ella socorria, acaban de ser sacadas de la oscuridad en que gustaba ocultarlas. Veinte i seis años hace que se consagra de este modo al alivio de los desgraciados.

XVI.

Aseo i amor al orden.

La mujer ha sido principalmente criada para vivir dentro del círculo de su familia i para llevar el gobierno interior de la casa, i esta es la razón porque es mas estimada i respetada la que mejor cumple con los deberes domésticos. De la misma manera que las buenas obras previenen en favor del que las hace, el aseo en los vestidos i el buen

orden de una casa dan una idea altamente favorable de la mujer que la dirije.*

Si á un hombre le diesen á escojer entre dos jóvenes, la una instruida en el canto, en el baile i hasta en las bellas letras, pero desaseada i poco cuidadosa, i la otra que, no teniendo mas conocimiento que el de sus deberes, se presentase siempre con aseo i esmerada en el arreglo de su casa, no vacilaría un momento, á menos de ser un fátuo, en inclinarse à favor de la última.

Bueno es que las jóvenes brillen tambien por sus conocimientos; cuando su edad i su educación les permitan ya entrar en la sociedad, pero es preferible que estimen mas que los vanos inciensos del mundo la tranquilidad doméstica, i cuanto pueda contribuir á que sean el orgullo de sus padres, la gloria i la prosperidad de sus familias.

Hai muchas niñas que se creen aseadas porque á la hora de recibir visitas ó cuando salen à la calle se presentan limpias i bien compuestas, aunque en la casa anden desaseadas, sin peinarse i hasta sin haberse lavado á veces. Esas tales se engañan á sí mismas mas bien que á los demás, pues el desaliño i el desorden se convierte en ellas en costumbre, i tarde ó temprano descubrirán este feo defecto á los mismos á quienes quisieron ocultarlo con mas esmero.

El poco aseo i amor al orden arguye en las niñas, ó poco aprecio de sí mismas ú holgazanería, i ¡ai de aquellas en quienes pasen á ser un hábito estos dos vicios!

No creais que os sirva de escusa para no asearos i peinaros inmediatamente que os levanteis, el decir que teneis que entregaros á los quehaceres domésticos, pues, aun prescindiendo de que las ocupaciones de vuestro sexo, como son principalmente el coser, bordar i zurcir la ropa, no echan á perder los vestidos, ¿qué cuesta ponerse uno malo cuando tengais que dirijir ó ayudar por vosotras mismas á limpiar la casa, i quitárselo, lavarse i vestirse de nuevo luego después de quedar todo limpio i arreglado?

Si el aseo i el amor al orden asientan tan bien á las niñas de padres ricos, ¿cuánto mas no brillarán en las de condición humilde? Nunca debeis olvidar que vuestros padres, cualquiera que sea su posición, no pueden ni deben compraros nuevos trajes i adornos todos los dias, porque tienen obligaciones mas premiosas á que acudir i de cuyo exacto cumplimiento depende á veces su reputación i crédito, i que la niña que por dejación les obliga con frecuencia á nuevos gastos, al paso que mina sordamente su poca ó mucha fortuna,* se atrae

* Toda mujer hacendosa
Es una joya preciosa.

* Mujer que gasta sin tasa
Es la ruina de su casa.

su desafecto i hasta el desprecio de los estraños á quienes creyó deslumbrar con la riqueza de sus vestidos i por el modo de presentarse en el mundo.

No cabe duda, hijas mias, en que todos los estremos son viciosos i deben por lo mismo evitarse; pero si debieseis pecar por estremadamente descuidadas ó por nimias i estremadas en el aseo, preferiria que fuese lo último, pues los males que de esto nacen son nada en comparación de los muchos i perniciosos efectos de la neglijencia i desaseo.

No debeis, sin embargo, entender por compostura i aseo el pintarse los carrillos, como jeneralmente lo hacen las mujeres de vida relajada; ni tampoco el ensolimanarse ó ponerse en el rostro otras aguas que tan mal asientan á las morenas como á las blancas. El color no entra para nada en el bien parecer ni en la hermosura, la cual consiste en las facciones i en la espresión de éstas. Una morena puede ser tan agradable i tan hermosa como una blanca, sobre todo si es instruida i virtuosa. Ademas, ese *soliman ó crema* que acostumbran ponerse ciertas mujeres, es la causa de los dolores de muelas de que padecen i de la pérdida de la dentadura que tanta falta hace i que tanto debe cuidarse i asearse.

Esta ridicula costumbre mujeril, nacida en los tiempos de ignorancia del bello sexo, va ya desapareciendo mediante la educación é instrucción que recibe hoi la mujer, la cual comprende mui bien que con tales aliños, mui léjos de agradar, se atrae el ridiculo i el desprecio de los hombres sensatos i del mundo.

Andar aseado i limpio
Conviene, pero no sea
Tanto que en estremo toque:
Huye de influencias nuevas,
En el vestir lo mas llano
Es lo que mejor asienta,
Que quien se engalanó mucho
Nunca fué hombre de prendas;
El aseo i compostura
En juventud i en vejez,
Al hombre dan robustez
Salud, despejo, hermosura.

XVII.

La madre.

Nada iguala al cariño de una madre; i cuando ésta es instruida i

virtuosa, sus hijos han conseguido la herencia mas apetecible. Esta singular felicidad habia cabido á la linda Emilia, niña de unos nueve años, i á Cárlos i Roberto, sus hermanitos. Todas las tardes la madre de estas afortunadas criaturas se complacia en enseñarles alguna cosa útil. Miéntras los dos niños leían un cuentecito moral que les habia señalado su solicita mamá, ésta daba á su hija una lección mas séria.

—Hija mia, le decia, habrás observado que hoi he reprendido á tu primo Anselmo por la crueldad que ha demostrado dando muerte á aquel lindo pajarito.

—Pues Roberto ha tomado el otro dia un nido que se hallaba oculto bajo el follaje que hai cerca de la pared de la huerta.

—Roberto hizo mal. Los animales que no son perjudiciales al hombre no deben matarse. Esto prueba por lo ménos un mal corazón. Los pajaritos no sufren ménos las penas físicas que nosotros, i es una crueldad causárselas sin motivo. El niño cruel con los animales está mui propenso á serlo con sus semejantes.

—Yo le dije, replicó Emilia, lo mal que hacia en privar de la vida á aquellos lindos pajaritos. No padecian ellos, sino sus padres, que eran otros pajaritos. No puede Ud. figurarse, mamá querida, cuánta lástima me daba verlos volar de rama en rama, indicando sobradamente con su arpada lengua lo mucho que sentian por verse privados de sus hijitos.

—I tienes razón, Emilia; ya ves cuán sensible me seria el perderos. Pues bien, los animales no sienten ménos á sus hijos.

En esto los dos niños dejaron la lectura, é interrumpieron á su mamá de esta manera:

—¿Con qué Ud. no quiere que tomemos nidos?

—Yo no quiero os ejerciteis en la escuela de la crueldad. El que se hace insensible con tales costumbres, va adquiriendo un hábito pernicioso, que tal vez le allana la senda del crimen.

Los niños prometieron entonces á su mamá no volver á causar el menor daño á los animales inocentes, i la linda Emilia continuó leyendo la poesía de Villegas que diera oríjen á esta digresión, i que dice así:

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Víle mui congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia;

Ya cansado callaba,
I al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguia,

I saltando en la grama
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
I que le respondia
El rústico: no quiero.

XVIII.

La leona agradecida.

Cuando los españoles fundaban la ciudad de Buenos Aires en 1535, llegaron á carecer absolutamente de alimentos, porque los que se atrevian á buscarlos fuera de la población, perecian á manos de los indios. Esta circunstancia obligó al gobernador á prohibir, bajo pena de muerte, que se traspasasen los límites defendidos de la nueva colonia.

Una mujer apellidada Maldonado, á quien los crueles rigores del hambre le parecieron ménos soportables que el tratamiento de los bárbaros, burló la vijilancia de los centinelas i se salió de la ciudad. Buscando albergue, la noche misma de la fuga entró desprevenida en una caverna que le deparó su destino. Apenas hubo dado el primer paso, cuando descubrió una leona formidable. El pavor i la admiración se apoderaron de su alma: aquel infundido de un miedo natural, i ésta de sus halagos inesperados. Sufria el animal los dolores de un trabajoso parto: el sentimiento que la ocupaba le hizo olvidar por este instante los de su fea condición: toda temblando i en ademán de pedir socorro, se acercó á la mujer i despidió en su idioma unos jemidos capaces de estremecerla.

La Maldonado ayudó á la naturaleza en esos momentos dolorosos en que no parece sino que, á pesar suyo, echa á luz un ser, á quien jenerosamente da la vida. Llena la leona de reconocimiento, se tomó el cuidado de conservar sus dias, trayendo á la caverna mucha presa, que dividia entre sus hijos i su benefactora. Duró este cuidado lo que tardó la naturaleza en dar á sus cachorros la fuerza necesaria para buscarse por sí mismos el sustanto. Viéndose la Maldonado sin apoyo, salió de su retiro en busca de alimento; pero no tardó mucho en caer en manos de los indios.

Corriendo el tiempo, la rescataron los españoles i la llevaron á Buenos Aires. Gobernaba todavia el tirano Galán, cuya crueldad no se daba por satisfecha mientras no hollaba las leyes de la naturale-

za que respetaron los bárbaros i fieras. Como si no estuviese bien purgado el delito de la fuga con tantos sustos i aflicciones, la condenó á que, atada á un árbol fuera de la ciudad, muriese á los rigores del hambre, ó fuese pasto de animales devoradores. A los cuatro dias siguientes fueron varios españoles á saber el destino de esta victima. ¡Cuál seria su sorpresa cuando encontraron á sus piés una leona i dos leoncillos que cuidaban de su vida! Eran éstos esa familia deudora de sus beneficios, i con quienes habia pasado en tan grata compañia. Retirada la leona, dió bien á conocer en su aire de mansedumbre la seguridad con que podian los españoles acercarse á desatarla. Asi lo hicieron, llevándose á la Maldonado i una lección con que los brutos enseñaban á los hombres á ser clementes i agradecidos. La leona i sus leoncillos siguieron algunos pasos la comitiva, dando aquellos las señales de ternura que sabe sacar del pecho la amistad. Los soldados refirieron fielmente al gobernador todo lo sucedido, Avergonzado éste de ser inferior á las bestias, dejó con vida á una mujer á quien el cielo tan visiblemente protejia.

Hé aqui, niñas mias, el bello ejemplo que nos da el bruto mas feroz que existe sobre la tierra. Si un león es tan reconocido á los beneficios que se le dispensan, ¿con cuánta mas razón no debemos serlo nosotros que poseemos virtudes morales i un alma racional?

No temo exajerar, hijas mias, al asentar que la ingratitud es un crimen. Los pueblos mas sabios de la antigüedad, como los persas, los lacedemonios, los atenienses, admitian demanda en juicio contra los ingratos.

Huid, pues, niñas mias, de este vicio degradante á la especie humana, i procurad que la gratitud, esa noble virtud, pose siempre en vuestros infantiles corazones.

Se aprecia al reconocido,
I se odia la ingratitud;
Que agradecer es virtud
I vicio el ingrato olvido.

—

Gratitud siempre al favor,
Es un deber justo i grato;
I por eso el hombre ingrato
Es un monstruo que da horror.

—

No olvides nunca un favor,
Ni recuerdes los agravios
La gratitud es de sabios,
De ignorantes el rencor.

XIX.

Honrarás á tu padre i á tu madre.

En el conocimiento perfecto de nuestra santa relijión encontrareis todas las bases de la virtud, esto es, el amor de Diós, el respeto á los padres, á la autoridad soberana, á las leyes de nuestro país, á la propiedad del prójimo. Ella os enseñará que la caridad cristiana nos manda amar i tratar bien á nuestros semejantes, socorrer á los pobres en sus necesidades, respetar i consolar á los ancianos * i cuidar á los desvalidos i á los enfermos. Tambien os enseñará cuanto importa huir de la pereza, de la habladuria i de la murmuración, que es su consecuencia; sabreis el odio que debemos tener á la calumnia i con cuanto ahinco debe evitar una jóven modesta los pasatiempos que la separan del cumplimiento de sus obligaciones.

Seguid, pues, aprendiendo lo que enseña la relijión; i al paso que estudieis la historia del antiguo i nuevo testamento, grabad en vuestro corazón, tanto como en vuestra memoria, las palabras del Evanjelio, cumpliendo exactamente con los deberes que nos impone nuestra santa madre la iglesia. Las sabias instrucciones que se os han dado acerca de este punto tan importante al enseñaros el catecismo, os proporcionan todos los medios necesarios para trabajar en bien de nuestra alma, siguiendo el camino de una vida tranquila i feliz, porque la felicidad es siempre la recompensa de la virtud.

No debemos respetar á nuestros padres en la niñez i juventud solamente, sino durante toda la vida. Cuanto mayor sea nuestra edad tanto mas sagrado es este deber, porque tiene mayor influencia nuestro ejemplo.

No hai dignidad ni posición social, por brillante que sea, que pueda dispensarnos de este deber.

Mientras vivimos al lado de nuestros padres, debe manifestarse este respeto por una contínua atención en agradarles, por una deferencia sin límites, i por los mas asíduos cuidados.

Si vivimos léjos de ellos, es menester escribirles con frecuencia, informarnos de su salud, darles parte de todo, no hacer nada importante sin consultarlos i visitarlos con la frecuencia posible.

No basta que los honremos nosotras mismas; debemos hacer que nuestros hijos i nuestros criados les tengan el mayor respeto; debe-

* Es en la tierra el anciano
Viva imajen del Señor;
Por eso quien le venera
Al venerarle ama á Dios.

mos hacer que nuestros hijos los honren tanto como nosotras mismas.

Si somos mas instruidas que nuestros padres, no por eso debemos enorgullecernos i creernos superiores á ellos. Valdria mas ser completamente ignorantes que adquirir una instrucción que corrompiese nuestro corazón, haciéndonos hijas desnaturalizadas é ingratas.

Sucede á veces que una jóven, por un enlace ventajoso ó por un favor especial de la Providencia, se eleva por su condición: llega á ser rica, poderosa. Entonces debe tener la mas grata satisfacción en poder participar á sus padres de las ventajas que disfruta: este deber ha de ser para ella un placer el mas puro, el mas delicioso de todos los placeres.

Dicese que algunas hijas desnaturalizadas que llegan á ser ricas, se avergüenzan de los vestidos groseros i de la pobreza de sus padres. No creo en la existencia de tales monstruos, ó si existiesen, serian en bien corto número, i causarian á las personas honradas desprecio i horror.

XX.

La viuda Anais.

Miembro de la Sociedad de Salva-vidas del Havre.

Vivia hasta hace poco en la ciudad del Havre, una pobre mujer, llamada *la hermana de la caridad del pobre*, i jamás se habrá dado un título mas merecido.

Durante mas de 60 años, la viuda Anais, se dedicó á prodigar los mas solicitos cuidados á las clases menos afortunadas de la sociedad. Solo su misión de caridad i de abnegación, realizada en un centro tan modesto, ha podido quedar casi ignorada durante medio siglo.

Para que tanta virtud fuera conocida i apreciada de todos, ha sido preciso que la vida de la enfermera del pobre se apagase, i su cuerpo se viera postrado en el lecho del dolor.

La ciudad de Hecamp fué acometida de una cruel epidemia. Entonces se vió á Madama Rosa Anais asistir de casa en casa mas de 30 enfermos, sin tomar el menor descanso.

Terminada esta calamidad, la población, toda entera, acordó conceder á la viuda una pensión, como una prueba de admiracion i reconocimiento, por los socorros que con tanta abnegación habia prodigado al pobre.

Esa pensión no hizo mas que alentar en esta mujer, su deseo de aliviar los sufrimientos de su humilde clientela, pues continuó en tan loable misión durante diez años.

Como no podía menos de suceder, Rosa Anais fué agraciada con el título de miembro de la «*Sociedad de Salvamento del Alto Rhin*,» y condecorada con una medalla de honor de la «*Sociedad de fomento del bien*,» establecida en Paris.

Rosa Anais fallecio á los 79 años el 7 de Julio de 1877, i su muerte causó en el Havre una profunda impresión.—A su entierro asistió la «*Sociedad de salvamento*» de la ciudad del Havre. El cortejo iba escoltado por aduaneros i jendarmes. Los cordones del carro fueron llevados por las autoridades de Hecamp, i la misa *de requiem*, fué dicha por el Deán de la Iglesia de la Santísima Trinidad.

En el número 181 de «*El Correo de Ultramar*,» correspondiente al mes de Agosto de 1877, se rejistra el retrato de la noble anciana, cubierto su pecho de medallas i cruces, con que las sociedades de beneficencia, quisieron premiar su ardiente caridad (1).

XXI.

Razonamiento de una madre.

El matrimonio, hija mia, es un estado de cuidados i sacrificios; i

---

(1) En los paises civilizados, la *asociacion* es la gran palanca para remover todos los obstáculos, para curar todos los males sociales.- Solo con espíritu i tendencias relijiosas i humanitarias, existen en Inglaterra las siguientes sociedades:---Sociedad para preservar la vida de los hombres contra toda clase de accidentes, el agua, el fuego etc.;--para garantir del incendio las vidas de las personas sorprendidas por esta calamidad; --para recojer los náufragos;--para prevenir los malos tratamientos á los animales, nuestros auxiliares en la vida, en compensación de los servicios que nos prestan;--de mejora de la suerte de los labradores;--para propagar la instrucción en las clases industriosas;--para mejorar el estado sanitario del pueblo en la capital;--para inspirar el gusto del aseo al pueblo, abriéndole en los cuarteles populosos i pobres, casas de baños gratuitos, ó casi gratuitos, con lavaderias, secadores calientes, en donde la mujer indiferente i el hombre sin ropa blanca de remuda, pueden por dos sueldos bañarse en agua tibia, lavar, secar su ropa i la de su familia;---para facilitar á los obreros i á los mercaderes de menudeo, los medios de cerrar temprano sus talleres ó sus bodegones, i pasar la prima noche entretenidos en lecturas sanas, i entretenimientos domésticos, útiles á sus costumbres i á su salud;--de templanza, para prevenir en el pueblo el abuso de los licores embriagantes, i suprimir así la miseria i el embrutecimiento, consecuencia de la borrachera. Los miembros de esta sociedad, para dar el ejemplo al pueblo, se abstienen ellos mismos de vino i de cerveza, sujetándose á privaciones, que solo el sentimiento relijioso puede esplicar;--para la estinción del vício, fundada por *Wilberforce*, el emancipador de los negros. Gasta sumas considerables para la propagación por la prensa de la moral i del sentimiento relijioso en las clases pobres ó

sin el sentimiento que todo lo hace llevadero i fácil, es mui difícil cumplir sus deberes juntamente con los de la virtud. Las obligaciones son sin duda recíprocas; pero las mujeres somos llamadas á cuidados particulares. Habiéndonos dado la naturaleza mas gracias, mas amenidad i mas delicadeza que á los hombres, nos enseña que toca á nosotras poner las atenciones, las complacencias i los respetos en este comercio, del cual sacamos en cambio los frutos de la protección i de los trabajos mas importantes de los hombres. La fortaleza es su herencia; la dulzura es la nuestra; i la fuerza no resiste á la dulzura. Obedezcamos para reinar, i sujetémosnos á las pequeñas cosas para gozar de las grandes. Quehaceres mui serios nos ocupan. El cuida-

---

ricas de la gran Bretaña;--para la tutela moral i relijiosa de los hijos de los sentenciados i da las mujeres perdidas. Sociedad con un inmenso capital para la educación, mantenimiento i educación de los hijos ilejítimos; --para recojer las mujeres enfermas ó desechadas de las casas sospechosas;--para la conversión de las mujeres estraviadas; para el asilo de mujeres que, habiendo cometido faltas, quieren volver á mejor vida i á prácticas relijiosas;--para ofrecer refujio á mujeres ó niñas expuestas, por su edad i su escasez, á las tentaciones del vicio;--para la supresión de las casas infames;--para suministrar un hogar i trabajo á las mujeres virtuosas i á los sirvientes sin colocación; -para enseñar su relijión i un oficio á las mujeres arrepentidas;--para la protección gratuita por medios legales de las mujeres perseguidas ó maltratadas por los que tienen autoridad sobre ellas, i que abusan;--de aprendizaje gratuito para los presos jóvenes, castigados por delitos correccionales;--para la extinción del crímen por medio de la instrucción i de la propiedad, propagadas en las clases mas habitualmente criminales;--para la reforma de las prisiones, i la construcción por suscrición de prisiones correctivas i casas de trabajo. --Cinco ó seis sociedades para la reforma de las costumbres de las mujeres presas.--Sociedad para apoderarse á la espiración de la condena, de las personas castigadas por una primera falta, á fin de impedir las reincidencias, i ponerlas en el camino de las buenas costumbres i del trabajo;--para prevenir la mendicidad, por medio de socorros inmediatos i contínuos á domicilio;--para visitar regularmente las familias menesterosas de cada parroquia ó de cada barrio;--de informe para ilustrar la caridad privada, sobre las personas que por medio de cartas solicitan limosnas;--para abrir asilo de noche á los individuos que se encuentran desprovistos de alojamiento i de fuego durante el invierno; -para establecer dormitorios i cocinas económicas, para los obreros que momentáneamente se hallan sin hogar;--para suministrar á las familias pobres de obreros el pan i el carbón, á precio i sin ganancia para el vendedor al menudeo, en todos los barrios de Lóndres;—para buscar i visitar á todos los estranjeros de cualquiera relijión que sean, i á cualquier pais que pertenezcan, para socorrerlos en su abandono;--para leer al pueblo la santa Escritura; --para las viudas sin apoyo i sin recursos;--para los presos por deudas; para los marineros estropeados ó inválidos etc., etc., i como 100 sociedades mas

do de agradar, que se cumple con las atenciones delicadas, debe ser nuestro primer objeto.....

Desde el dia en que vas á casarte, cesa mi autoridad. No te aflijas, hija mia: tu madre no será mas que tu amiga; pero una amiga tierna, consoladora i talvez útil.

Es una dicha para tí el que yo conozca los límites de mi poder. Si yo pretendiese exijir de tí una cosa contraría á la voluntad de tu marido, no vaciles, porque á él es á quien deberás obedecer, á ménos que el honor * i la virtud te lo prohibiesen.

Acostúmbrate, hija mia, á esta idea de obediencia, pues sostiene el alma en las ocasiones en que un marido se enoja. El que tú has elejido tiene mucho entendimiento, mucha cortesía, mucha estimación i afición á tí para tomar jamás el tono imperioso de señor; pero deberás tener presente este tratamiento, que es un motivo mayor para tu cariñosa gratitud.

XXII.

Rasgo sublime de patriotismo.

En un pueblo de la jurisdicción de Pataz, sobre la ribera oriental del Marañon, departamento de Trujillo, llegó, en 1821, una proclama del jeneral San Martin á manos de una anciana al parecer helada ya por el tiempo. Mas, ¡cuánto engañan las apariencias! Hallándose esta respetable matrona en un territorio dominado por las armas españolas, á trescientas leguas de los libertadores, no vacila en poner al jeneral San Martin una carta, en que, despues de desahogar su pecho del vivo amor patrio en que se abrasaba, le dice: «Sé, que te * faltan hombres i cabalgaduras: tengo un hijo único i cinco caballos; con éstos i su trabajo me procuraba la subsistencia: en adelante, miéntras tú libertas á mi país de sus opresores, la buscaré yo. Ya va á emprender el viaje, para ponerlos, con su persona, á tu disposición. Esta es la órden que lleva, i va resuelto á no descansar hasta no encontrarte. Admítelos, pues; empléalos en el servicio de la patria, que es á cuanto aspiro.»

A los diez i siete dias do camino, por sendas escusadas i fragosas, logró el jóven comisionado presentarse en el cuartel jeneral, que estaba entónces en Supe, pueblo situado treinta leguas al norte de Lima. San Martin le recibió con su acostumbrada afabilidad; mas

---

* Lo que es opuesto al honor
Debe inspirarnos horror.

Las lenguás aborijenes, usadas por un gran número de los habitantes del Perú carecen del equivalente de *usted.*

cuando supo el objeto de su venida se enterneció, le abrazó, le colmó de favores i pudo persuadirle á que regresase á consolar á su anciana madre. La persona que nos ha comunicado este rasgo sublime, ha leido la carta, i presenció la entrevista del joven con el jeneral patriota, que no se insertó entonces en los boletines del ejército por no comprometerla con los españoles, que la habrian hecho sufrir infaliblemente.

XXIII.

Una buena hija

En 1806 habia en Buenos Aires un caballero inglés que conoció á una esclava, á quien cobró aprecio, tanto por su intelijencia en el servicio, como por sus buenos sentimientos, mui superiores á los que en jeneral poseiau esas míseras víctimas de nuestra codicia en otro tiempo. Por último, le ofreció los quinientos pesos en que estaba tasada para que se libertase. Ella le dió las gracias, y le manifestó uue no podia hacer uso del dinero en su favor; mas insistiendo aquel en que aceptase su oferta, y estrechándola á que declarase el motivo de su resistencia, le dijo, bañada en lágrimas: «¿Podré yo gozar de los beneficios de la libertad, mientras mi madre sea esclava?»—«Haz, pues, uso de este dinero para libertar á tu madre, le contestó sorprendido el estranjero: tómalo i cumple tan sagrado deber.» Entónces admitió los quinientos pesos, i, enajenada de gozo, voló á ponerlos á disposición de su ama. En consecuencia quedó libre la madre i esclava la hija, no por falta de jenerosidad de parte de su señora, sino porque estimaba tanto sus buenas cualidades que á ningun precio queria perderla; y así era tratada en la casa, no como criada, sinó como compañera.

XXIV.

La mentira.

En esta lección os hablaré de la mentira, vil esclava de todos los crímenes: i sino mirad lo que hace un ladrón cuando quiza lleva consigo el objeto robado: grita i protesta *mintiendo* que no ha cometido el robo. ¿Qué dice el mas execrable asesino manchado aún con la sangre que ha derramado? Si ha tenido tiempo de arrojar el arma homicida, grita i protesta *mintiendo* que no ha sido él quien ha hecho la muerte.

No hai severidad que pueda llamarse escesiva cuando se trata de correjir en las niñas el defecto de la mentira; pues la verdad se acompaña siempre con las virtudes morales i cristianas, al paso que la mentira es la compañera de los crímenes mas detestables. Si á causa de vuestra poca edad cometeis faltas, confesadlas luego con injenuidad i franqueza, pues vuestra confesión será un testimonio seguro del deseo que teneis de enmendaros. No hagais como aquellas niñas que mintiendo ocultan su falta, no ya por el temor de ser castigadas, sino con la dañada intención de hacer nuevas travesuras. Los padres que son tan buenos como los vuestros, están siempre dispuestos á perdonar á sus hijos cualquier falta espontáneamente confesada; pero cuanto mas amen los padres á sus hijos, tanto mas deben ser severos é inflexibles en castigar á los que pretenden ocultar una falta cometiendo otra.

El vicio infame de la mentira, de que se sirven las niñas para ocultar al principio sus defectos, se convierte luego en la perniciosa manía de inventar historietas enteras. Así es como se hacen impostoras, á las cuales castigan las leyes con todo rigor porque frecuentemente turban la paz de la sociedad. Los padres i preceptoras deben, pues, castigar con tanta severidad á las niñas que forjan cuentos, por inocentes ó entretenidos que sean, como á las que dicen mentiras con la intención de disculparse *

En los primeros años de la vida es cuando pueden desarraigarse los vicios capaces de acarrearnos las mayores desgracias, i no hai la menor duda de que en esta edad se conseguirá arraigar profundamente la virtud en el corazón de las niñas, procurando inculcarles los preceptos de nuestra santa relijión, i dándoles al mismo tiempo las advertencias i castigos que no deben descuidar los buenos padres.

Los vicios son de todo punto comparables á la mala yerba que pulula en el terreno mas bien cultivado. ¿No habeis visto á vuestro abuelito, que varias veces escarda las amelgas de su huerta? I ¿sabeis por qué se toma tan á menudo este trabajo? porque le es mui fácil arrancar la mala yerba cuando brota; pero si vuestro abuelito aguardase á quitarla cuando estuviese crecida, acaso deberia valerse del azadón para desprenderla de los guijarros i piedras en que se hubiesen enredado sus largas raices. Acude á quitar la mala yerba cuando es tierna, la arranca entonces sin mas instrumento que sus

* Carece de probidad
La que falta á la verdad

—

La que miente aun en chanza,
Solo inspira desconfianza,

manos, i la echa á un lado: lo mismo sucede con los vicios, que en los primeros años pueden arrancarse con mucha facilidad del corazón de las niñas; í ¡desgraciadas de aquellas en quienes se dejan crecer por largo tiempo!

Es la lengua mentirosa
Como flecha venenosa,
Ya del arco desprendida,
Aspid en el labio asida
Y escondida entre la rosa.

—

En no mentir pon cuidado,
Que el que miente es despreciado.

—

En la boca mentirosa
La verdad es sospechosa.

XXV.

Los chismes.

Los chismes, niñas mias, son una especie de enfermedad que ataca especialmente á vuestro sexo, i sobre todo á las mujeres de limitado talento o que han recibldo una educación poco esmerada, i que obliga á los hombres á tratarlas con desconfianza.

Por lo común se empieza á ser chismosa desde niña y sobre defectos ajenos que se creen de poca monta. ¿Qué mal puede haber, preguntais, en que se diga esto ó aquello? ¿Por ventura no lo sabe todo el mundo? Mas yo os contestaré: ¿qué bien os resulta de publicarlo? Si no lo sabian las personas con quien hablais, ¿porqué decírlo? i si lo sabian, ¿por qué gastar el tiempo en palabras ociosas? Una vez que os hayais acostumbrado á murmurar de cosas leves, no sabreis absteneros de hacerlo en otras graves; no tendreis ninguna conversación en que no lastimeis la reputación de alguna ausente, * i sereis semejantes á esos muchachos sin educación que no saben jugar sin aporrearse ó tirarse piedras. No se queje la que ha llegado á contraer este horrible defecto si no tiene amigas; pues ¿quién querrá serlo de la que á nadie perdona? ¿quién irá á fiarse en la que se divierte en publicar las faltas de otros?

Por Dios, hijas mias, que nunca se diga de vosotras que teneis

* No adules á los presentes,
Ni hables mal de los ausentes,

semejante vicio; antes al contrario, si alguna vez os hallareis en conversación en que se hable mal de otro, se repitan palabras que un tercero dijo de vosotras, defended á la persona á quien se acusa, aunque no la conociereis, ó despreciad los chismes que os den.

En cierta ocasión presentaron los judios á Jesús una mujer acusándola de un pecado mui grave, por el cual, segun la lei, debia morir apedreada; mas él se entretenia en escribir con el dedo en la arena sin hacer caso de lo que le decian. Insistieron aquellos en su acusación, i el Señor les respondió: «El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera la piedra.» Entonces los que acusaban á aquella pobre mujer se fueron cada uno por su lado, llenos de confusión, dejándola sola con Jesucristo. Ved en este ejemplo como debeis portaros vosotras cuando, con razón ó sin ella, se hable mal de otra persona en vuestra presencia.

Evitad, pues, los chismes, sinó por su fealdad, al menos por vuestro propio interés; y no olvideis jamás la siguiente sentencia del Espiritu Santo, en que se compara al chismoso con la leña, pues es bien cierto que asi como ésta aumenta el fuego, así en la casa de aquel nunca faltan contiendas: «Asi como faltando la leña se estingue el fuego, asi tambien apartando al chismoso cesarán las contiendas.»

Jamas imprudente labio
Consigue honor por hablar:
Saber, oir i callar. . . . . .
Es el camino del sabio.

—

Los chismes y la mentira
De Dios provocan la ira.

XXVI.

Obligación de las niñas para con sus hermanos.

Después de vuestros padres no hallareis, hijas mias, amigos mejores que vuestros hermanos o hermanas: amadlos, pues, y el Señor llenará de bendiciones vuestros primeros años.

Nadie siente mas lo dulce que es tener hermanos, que la niña que tiene la desgracia de carecer de ellos. ¡Es tan triste, hijas mias, no encontrar cerca de si, en el seno mismo de la familia, un corazón de nuestra edad con quien unir el nuestro!

El amor fraternal embellece los juegos infantiles i hasta aumenta el cariño que debemos á nuestros padres· ¿Cuál de vosotras, al di-

vertirse persiguiendo a una mariposa, no experimentaría doble placer si le ayudase á tomarla su hermanita? ¿Cuál, si tiene que arreglar un ramito para su mamá, no se complacerá en que un hermano le ayude a elejir las flores¿

Cuando al sentir el frio las golondrinas emigran de un país en busca de climas mas templados, tienen que atravesar á veces largos espacios de mar donde les es imposible pararse, a no ser que encuentren alguna embarcación en el camino. Entonces las mayores sostienen en su vuelo á las mas pequeñas, que a no tener quien las auxiliase, caerian cansadas en el agua. Imitad en esto á las golondrinas, amandoos, sosteniéndoos i ayudándoos unas á otras.

Sed induljentes con vuestros hermanos si cometen alguna falta, mucho mas que lo seriais con los estraños; i en ningun caso vayais a decir á vuestros padres, si no os lo preguntan: «mi hermanito ha hecho esto o aquello:» antes el contrario, disculpadles en cuanto sepais. El delatar las faltas de un hermano prueba mal corazón, y en vez de cautivaros de esta manera el aprecio de los que os dieron el ser, os hareis odiosas á sus ojos.

La que sea mayor entre vosotras procure servir de ejemplo á las demás, tanto en el amor i obedíencia á los que le dieron el ser, como en la aplicación i demás virtudes; i la que sea menor cuide de imitar á la que sabe mas i es mas buena que ella, no apartándose nunca de sus consejos:

Si uno de vuestros hermanos o hermanas es mejor que vosotras i por consiguiente mas amado de vuestros padres, en vez de mirarle con envidia i de aborrecerle por esto, como lo hacen algunas niñas de mal corazón, procurad ser buenas como él; i vuestros padres, que tienen amor para todos sus hijos, os premiarán lo mismo que a aquel con sus caricias. De lo contrario, la envidia os haria aborrecibles, como el gusano venenoso que muere con gusto con tal que pueda marchitar la rosa que le daba sombra.

Las débiles cañas se burlan de la fuerza del viento mientras están al abrigo de un árbol, pero puede faltarles éste, i ai de ellas entóncés si no están unidas¡ Aprended, hijas mias, de este ejemplo. Amaos mútuamente mientras vivis á la sombra de vuestros padres, á fin de que, si por desgracias os llegasen éstos a faltar, podais, unidas por el amor fraternal, resistir mejor á las desgracias que os sobrevengan.

Bello grupo de hermosas estrellas
Siendo tallo de un mismo rosal,
Son las niñas que nunca en querellas
Ultrajaron su amor paternal.

¡Oh, feliz la que siente el consuelo
Que derrama el cariño de hermano!
¡Es tan dulce en áspero suelo
Estrechar en la nuestra una mano!

Escuchar este nombre de hermana
Que tan grato resuena al oido,
Que disipa la angustia tirana,
Que mitiga el doliente jemido!

El decir sangre tuya es la mia.
Nuestro ser al ser mismo debemos,
I una mano en el mundo nos guia,
I el amor de una madre tenemos!

Respetad ese lazo sagrado
Con que Dios al nacer nos unió:
¡Ai del niño que el nombre ha injuriado
Del que padre á su padre llamó!

XXVII.

Una madre es la fortuna de su hija.

En 1859 la oficina de las mensajerias nacionales del Rosario presentaba un espectáculo interesente, a lo que dió lugar lo siguiente. Una niña, hija de una pobre mujer que ejercia el oficio de lavandera, volvia de Córdoba al Rosario con una pariente suya, a quien la habia confiado su madre.

En la dilijencia conoció á un caballero rico, que, encantado de la hermosura, la gracia y amabilidad de la niña, recibió un placer en hablar con ella durante todo el camino. María (este era su nombre) gustaba á nuestro viajero tanto mas cuanto que era el fiel retrato i la viva imajen de un hijo que habia perdido hacia algunos años.

I en efecto, la semejanza era notable, tenia la misma fisonomía espresiva, las mismas facciones finas i regulares, el mismo modo de mirar dulce y lleno de intelijencia.

Entre tanto el coche habia llegado á la oficina, los viajeros saltaron a tierra, i la primera persona que divisó María fué su madre, a quien no habia visto hacia seis meses. Correr hácia ella, arrojarse a su cuello y colmarla de caricias, todo esto fué obra de un instante. En cuanto al caballero que durante todo el camino habia llenado de atenciones á la niña, se hallaba totalmente olvidado; pero

éste no habia perdido de vista a aquella, i únicamente se mantuvo á cierta distancia para que pudiese dar libre curso á su ternura filial. Luego, cuando el ardor de sus mutuos abrazos se hubo calmado, acercóse a la madre, i despues de cumplimentarla por tener una hija tan intelijente, le dijo:

«Señora, he formado el proyecto de hacer dichosas á Ud. i a Maria, i de asegurar a ambas una posición brillante para el resto de sus dias. Poseo nn buen caudal; pero ¿qué son las riquezas cuando ningún afecto viene á embellecer la vida?. . . . . . Privado hace mucho tiempo de una esposa a quien adoraba, de un niño que era mi esperanza mas querida, estoi solo, aislado i arrastro una existencia triste i desgraciada. . . . . . Necesito una persona que se interese por mí, un apoyo para mi vejez, y este apoyo lo encontraré en Maria: sus preciosas cualidades, la bondad de su corazón i la amenidad de su carácter no me dejan duda alguna acerca de esto. Permítame Ud., señora, que adopte á su hija; que yo mismo cuide de su educación i que me ocupe de su porvenir. Yo le tengo el afecto de un padre; i se me trasmite Ud. el derecho i autoridad de tal, le aseguro que no tendrá de que arrepentirse: un donativo de seis mil pesos que voi a hacerle inmediatamente, i además la seguridad de que Maria será mi heredera muerto yo, pueden hacer á Ustedes mas dichosas que lo que son hoi.»

Estas promesas eran mui seductoras para una pobre mujer que hasta entónces habia vívido con escasez, i sin embargo titubeaba· porque nunca consiente una madre en separarse de su hija sin una lucha dolorosa. . . . . .Llorando i no sabiendo qué partido tomar, interrogaba con la vista á su pariente: ésta le aconsejaba que admitiese las proposiciones del jeneroso caballero, i los curiosos que había atraido aquella interesante escena, unian sus instancias á las suyas, repitiéndole que iba á labrar la felicidad de su hija.

Conmovida con las súplicas de su pariente i las personas que le instaban á que aceptase, talvez iba á ceder la madre, cuando la niña puso fin á su incertidumbre arrojándose á sus brazos, asiéndose á ella i no queriendo dejarla, como si su intención fuése decirle: «léjos de tí ¿qué me importan las riquezas? ¡Una madre es la fortuna de su hija!. . . . .»

Una madre en la vida
Es el emblema
Del amor de los cielos,
Su providencia;
Cáliz bendito,

Que recoje tu llanto,
Llora contigo.

El caballero, vivamente conmovido, fué el primero en retirar su proposición; pero queriendo dejar á la amable niña pruebas de su munificencia, le aseguró una pensión por toda su vida de quinientos pesos anuales, con la cual podrán pasar ella i su madre dias mas felíces i tranquilos.

XXVIII.

Carlota.

Carlota, hija del coronel N........era una niña bonita, amable i cariñosa. Apenas contaba doce años i las gracias de que la naturaleza la habia dotado eran el encanto de sus padres; pero un defecto terrible oscurecia todas sus buenas cualidades. Este defecto era *la indiscreción*. Apenas oia ó veia alguna cosa, al instante la contaba á todos sin reparar á quién, dónde i cuándo hablaba. Así era que todos le temian en la casa, huian de ella, i cuando estaban hablando alguna cosa i la veían acercarse, decian: «*silencio, que hai moros en la costa.*» Carlota se desesperaba i por lo mismo no se corrijió jamás. Seria mui largo el contaros, queridas mias, todos los disgustos que esperimentó esta niña curiosa é indiscreta; será suficiente que sepais el mas terrible de todos para demostraros cuantas degracias acarrea un defecto que, á primera vista, parece de poca importancia.

El año de 1840 fué para Buenos Aires una época de terror i de sangre. El tirano Rosas que se habia hecho Dictador del país, enviaba al destierro i al suplicio á todos los que suponia sus enemigos. El coronel unitario N., padre de Carlota, fué uno de los proscriptos. Condenado últimamente al cadalso, tuvo tiempo de huir i se escondió en la casa de un jeneroso amigo. Si Carlota hubiese sido discreta, habria podido gozar la satisfacción de estar al lado de su padre; pero éste, que conocia lo lijera de lengua que era su hija, se privó del placer de estrecharla contra su corazón; i hé aquí, hijas mias, el primer resultado de la indiscreción, hacer sufrir á un padre.

El coronel N. no quiso tampoco que su hija supiera el sitio en que se hallaba escondido, i esta misma ignorancia despertó en Carlota el deseo de saberlo, no tanto por amor como por satisfacer su malvada curiosidad.

Un dia llegó á su casa un hombre con una carta para su mamá,

Carlota sospechó que era de su padre. Atenta i curiosa, observó que aquel hombre se encerró en el gabinete de su mamá, i corrió á escuchar lo que pasaba adentro.

Con el oido pegado á la cerradura conteniendo la respiración i sin perder una sílaba del emisario, oyó distintamente que su padre se hallaba en casa del jeneral T.

Satisfecha su curiosidad, estaba loca de alegria; pero, incapaz de callar nada, corrió á contárselo á otra niña, hija del jardinero de la casa, haciéndole prometer que no lo diria á nadie.

¡Ai, hijas mias, qué error cometió Carlotal no fieis á nadie vuestros secretos, sino á vuestros padres i á vuestro confesor. *Acordaos de que secreto entre tres no lo es. El secreto es de Dios i de dos.* ¿Quieres que tu secreto esté bien guardado? Empieza por guardarlo tú misma. *

Si Carlota hubiese tenido presente estas máximas, no habria confiado su secreto. La niña del jardinero se lo contó al hijo de un vecino, éste á otro, i de boca en boca llegó á oidos de un espía que lo puso en conocimiento de la terrible *Sociedad popular Restauradora.*

El coronel fué preso la siguiente noche por una partida de asesinos al mando del famoso Cuitiño.

Carlota se arrepintió de su indiscreción al contemplar el funesto resultado de su falta, pero ya era tarde.—Su padre fué fusilado en la plaza del Retiro.

Carlota, huérfana, atormentada incesantemente de remordimientos, murió á los tres años consumida por la ictericia; i pocos momentos ántes de espirar, pronuncio con voz débil estas amargas palabras: «El mas verdadero arrepentimiento no puede remediar el mal irreparable que he causado. . . . . . ¡funesta curiosidad! funesta indiscreción!»

Asi, queridas mias, recordad siempre la historia de la desgraciada Carlota; tened presente que dicha una vez una palabra, querer recojerla es lo mismo que pretender recobrar en medio de su

* Al que descubre un secreto
No lo encuentro tan culpado
Como aquel que siendo suyo
No ha sabido reservarlo.

—

Si tuvieses encerrado
Tu secreto i en tu pecho,
Por sabio serás juzgado,
Pues has contigo acabado
Hecho que pocos han hecho

carrera una bala que ha salido de un fusil. Sed prudentes, hijas mias; no sorprendais jamás conversaciones ajenas, porque muchas veces el que escucha su mal oye.

Recordad esta sabia máxima: *Antes de hablar piensa. Despues atiende á quién, dónde i cuándo hablas.*

Quien quiera bien acertar,
Hablar debe con mesura,
Despuás de considerar
Persona. tiempo i lugar,
I materia i coyuntura·

La niña que no ponga
Freno á la lengua,
No tema las desgracias
Que le sucedan:
Pues las palabras
No pueden recojerse
Ya pronunciadas.

XXIX.

Patriotismo de una señora arjentina

En 1810, habiendo llegado el primer ejército auxiliar de Buenos Aires á un punto de las inmediaciones de Córdoba, en que debia mudar caballos para pasar adelante, se presentó al jeneral en jefe, don Antonio Balcarce, con el número suficiente de estos animales, la viuda del maestro de posta, i le dijo: «Señor jeneral, acepte U. S. estos caballos para el servicio de la patria.» Aquel jefe, sabiendo que ellos constituian todo su patrimonio, elojió su desinterés; pero al mismo tiempo le hizo ver que las circunstancias no exijian semejante sacrificio, i dió orden al comisario para que le pagase. «Pues bien, replicó, ya que U. S. no los necesita por ahora, considérelos siempre como propiedad pública; disponga de ellos cuando la salud del pais lo exija; yo les cuidaré mucho con este objeto. Llévelos U. S. hasta donde guste; pero le ruego que no me confunda con la jente mercenaria, y no me agravie ofreciéndeme dinero.»

Asombrado de este rasgo de patriotismo, quiso el jeneral persuadirla que sus deberes de madre de familia merecian la preferencia sobre todos los demás. «*No*, le contestó, *mis bienes, mis hijos, mi persona, todo pertenece á la patria: todo lo debo á ella, i todo lo sacrificaré gustosa por su felicidad i por su gloria.*» A esta elocuente

exposición de sus bellos sentimientos no habia respuesta que dar; se le concedió lo que solicitaba; i al frente de sus peones tuvo ella la satisfacción de trasportar el ejército gratuitamente hasta la segunda posta. Un testigo de vista, persona de todo crédito, que nos ha favorecido con la relación de este pasaje, no ha podido, por desgracia, acordarse ni del lugar de residencia, ni del nombre de aquella buena patriota.

XXX.

La hija de Milton.

Milton, el sublime poeta ingles, ya viejo i ciego, se veia reducido á la mayor indijencia; pero en medio de sus infortunios le quedaban su esposa todavia joven, i tres hijas hermosas como ánjeles, que con sus cuidados i sus caricias hacian olvidar su desgracia al ilustre poeta Jenny, que era la mayor, proveia álas necesidades de la casa, i á fuerza de trabajo i actividad no carecian sus padres de algunas comodidades.

Jenny tocaba divinamente el clavicordio, * talento mui raro en una época en que la música habia hecho mui pocos progresos en Inglaterra. Además, se hallaba dotada de cuantas ventajas pueden dar mérito á una jóven: quince años, mucha gracia, lindo rostro, carácter escelente, notable intelijencia, tales eran los dotes de la hija de Milton, á quien sus preciosas cualidades i su extraordinaria habilidad como tocadora de clavicordio habian escitado el interés de algunos miembros de la aristocracia inglesa.

Dos ó tres familias de las mas ilustres de Lóndres, le habian confiado la educación musical de sus hijas, entre las cuales se contaba la del duque de Rochester. Heredero este señor de uno de los nombres mas bellos i de una de las mejores fortunas de la Gran Bretaña, parecia que su protección debia ofrecer muchas ventajas á Jenny; pero con todo, la mezquina retribución que le daba el duque no pasaba de dos guineas al mes.

¡Por dos guineas ser esclava todos los dias, durante numerosas horas, de las exijencias de dos niñas caprichosas, mui vanas i mui orgullosas; condenarse á empezar veinte veces el mismo fragmento, sin poder obtener algunos minutos de silencio i atención de sus petulantes discípulas! Sin duda convendreis en que es una existencia mui poco digna de envidia.

(*) Instrumento de cuerdas de alambre.

Iba, pues, todos los meses á recibir de manos del mayordomo del duque de Rochester su corto salario, i lo llevaba á su familia alegre i satisfecha.

Un dia el mayordomo, ya viejo i que algunas veces era mui distraido, puso tres guineas en la mano de la joven, en lugar de las dos que se le debian con arreglo al ajuste que se habia hecho.

Ya estaba Jenny en la calle, cuando conoció semejante equivocación. ¿Debia volver atrás, dar parte de aquel error al mayordomo del duque, i devolver lo que habia percibido indebidamente?

«¡Por un duro mas ó ménos, decia la joven, el duque no será ni mas rico ni mas pobre, al paso que mi familia recibirá mucho bien con este pequeño aumento!»

I pensaba con alegría en el placer que podia proporcionar á su padre i á sus hermanitas.

Pero bien pronto tomaron sus reflexiones un jiro mas grave i serio: acordóse de los principios de honor i probidad en que habia sido educada, i se avergonzó de haber concebido el pensamiento de apropiarse lo que no le pertenecia.

En seguida, los sofismas con que ántes procuró paliar una conducta poco delicada, se presentaron á su mente i permaneció indecisa entre las sujestiones del amor filial i la rectitud de la conciencia. Larga i porfiada fué la lucha; pero al fin salió triunfante la conciencia.

Jenny tomó, pues, el camino del palacio del duque, i aunque saltándosele las lágrimas, puso en la mesa una guinea, diciendo al mayordomo.

«Se ha equivocado vd. dándome tres guineas en vez de dos.» Hecho este gran sacrificio, la joven se sintió descargada de un peso enorme, i volvió á su casa alegre como de costumbre.

Esta lealtad, esta delicadeza de una joven de quince años que resiste á las sujestiones de la miseria i tal vez del hambre; que resiste á las inspiraciones mucho mas poderosas de la ternura filial, i solo escucha la voz de su conciencia; esta conducta revela un corazón noble, i nos alegramos de hallar semejante rasgo en la familia de uno de los jenios mas brillantes de la Inglaterra.

XXXI.

Maria.

Maria nació en Teruel de Francia, i era hija de un jornalero, hombre honrado i laborioso, que cuidaba especialmente de la educacíón de su familia.

La joven servia de criada en una casa inmediata, donde tenia algunas gratificaciones.

Supo que su madre, de cincuenta años de edad, se habia enfermado, i no podia andar sino con el auxilio de una muleta. Entonces renunció la posición ventajosa que ocupaba, i volvió al lado de su madre para no abandonarla jamás. «*Quiero estar al lado de vd., dijo: servir por servir, ¿no vale mas servir á mi madre que á personas extrañas?*

Pronto se enfermó cruelmente el padre i quedó poco menos que ciego. María cuidó de él como habia cuidado de la madre; sacrificó sus economias i vendió un terreno pequeño, que con la casita que habitaban, eran su única propiedad. Las personas caritativas socorrian á esta excelente joven cuyo amor filial admiraba á todo el mundo.

El padre murió al cabo de diez años, i Maria le lloraba amargamente. Un vecino le dijo con este motivo: «Esto ha sido un bien para él i para tí. ¡Sufria tanto! I tú tendrás del mal el ménos!

—Esos que así me hablan, contestó María, creen consolarme, i me causan un gran dolor ¡no saben cuánto amaba yo á mi padre!... En fin, Dios le ha dado su recompensa, i á mí no me olvidará.»

María quedó sola con su madre; hilaba, hacia otros trabajos i consagraba la mayor parte del tiempo al cuidado de la pobre enferma.

La madre, que hasta entonces podria arrastrarse con el auxilio de la muleta, quedó completamente ciega, i sin que la parálisis le permitiese movimiento alguno: era menester levantarla, sentarla i acostarla. Durante veinte años, María no pasó una sola noche sin levantarse de la cama. Parece cosa increible los cuidados que prestaba á su madre.

Esta mujer era mui piadosa; así es que pasaba el dia entero con el rosario en la mano. La víspera de la Asunción dijo á su hija: «Mañana es dia de la Virjen de Agosto, quisiera ir á la iglesia.»

En mejor posición i con mejores medios de trasporte, otros hijos, aun de los mas afectos á sus padres, hubieran objetado la dificultad de llevar á la iglesia una persona tan enferma. Pero María respondió con prontitud: «*¿Quiere Ud. ir á la iglesia? Bien, madre mia, irémos; sí, yo acompañaré á Ud.; puede Ud. estar tranquila.*» I tomando su mano, se la besó; porque siempre le hablaba con dulces caricias i las mas tiernas atenciones.

Al dia siguiente, colocó á su madre en una silla y la llevó así hasta la iglesia, á fuerza de tiempo y de trabajo. La joven tardó en llegar al templo tres cuartos de hora, cuando no distaba de su casa sino minutos.

A la vuelta, que tuvo lugar de la misma manera, Maria, llena de alegria, dijo: «*Ha rogado Ud. á Dios, madre mia? ¿Está Ud. contenta? ¿No se ha cansado Ud.? ¿no es verdad?*

Este penoso paseo se repitió despuès, siempre que la buena mujer lo deseaba.

Maria guardaba para sí el pan negro que recojia, i compraba pan blanco para su madre, asi como leche i otros alimentos. La joven no comia mas que papas.

Un dia le dieron una torta, i al cabo de cierto tiempo aun tenia parte de ella en casa.

Preguntándole la persona que se la dió, cómo no la habia concluido, contestó:

—*La conservo para mi madre: le doi un pedacito á cada comida, por que le gusta mucho.*»

—¿I tú no has comido de ella?

—*Seria una maldad quitar una ración á mi pobre madre, á quien le gusta mucho. . . . . . justo es que haga yo en su obsequio cuanto pueda.*

En medio de lo enfermedad, la pobre mujer está tan aseada, se le asiste tan bien, i se le cuida con tal solicitud, que causa admiración.

Algunas veces se impacienta i se pone de mal humor, de modo que es dificil complacerla; pero la dulzura i la amabilidad de Maria no se desmienten nunca. A los que la visitan les dice:

«*¡Ah, si la hubieran conocido Uds. en otro tiempo! ¡era tan buena mujer! ¡ha trabajado tanto para educar á su familia en tiempos tan difíciles! ¡era tan bondadosa i tan buena! ¡Si ahora está de mal humor, después de tantos años de enfermedad no es culpa suya, sino delsufrimiento! ¡Ah! ¡Dios la recompensará!*

Tambien será grande ante Dios la recompensa de esta buena i excelente hija. tan digna de citarse como modelo.

Del cielo con bien colmado
La bendición obtendrás,
Si honor i sustento das
A quien la vida te ha dado.

XXXII.

La nietecita Lazarillo

En los arrabales de Buenos Aires se veía sentada al pié de un árbol una vieja ciega, i a su lado una nietecita que nunca se separa-

ba de ella mas de dos ó tres pasos para acercarseá recojer el centavo que ofrecia la caridad del trrnseunte. Yo habia visto mas de una vez á estas pobres criaturas sin poner mucha ateución, cuando cierto dia paseándome por aquel sitio con una señora i sus dos hijos, notamos que la vieja ciega tenia á la nietecita entre sus dos brazos, i parecia enseñarle una lección que la niñita repetia con docilidad. Esta lección era interrumpida de cuando en cuando por un beso de la vieja, ó por una caricia de la niña. Interesónos este cuadro y nos acercamos.

Buena mujer, preguntó la señora con quien yo iba, ¿es tuya acaso esa niña?

—Es mi nieta, respondió la pobre ciega, es la hermana de otros cinco niños, el mas pequeño de los cuales solo tiene seis meses.

—¿I qué hacen su padre i su madre?

—Su padre es soldado, la madre da de mamar á su último hijo, i trabaja con la aguja; mas es tan poco lo que gana para una familia tan numerosa. Yo, la vieja abuela, que he perdido la vista hace treinta años, i que ya para nada sirvo, pido limosna para no ser demasiado gravosa. Vea Ud. ahí á mi Luisita que me acompaña, i me guia hace quince meses, aunque todavia no ha cumplido cinco años.

Me parece bien, dijo la señora; mas, ¿cómo puedes ir segura con una niñita tan poco esperimentada?

—Mi querida señora, ella cuida de mí mui bien, sin separarse un momento, i jamás, yendo con ella, me ha sucedido novedad alguna. No me he visto en el caso de reprenderla en lo mas mínimo. Cuando la llamo algunas veces, porque creo que se ha apartado de mi, la siento á mi lado que me responde abrazándome.

—¡Pobrecita! mas, ¿sabes que tiene una cara preciosa que anuncia mucha intelijencia?

—Así me han dicho, querida señora mia, pero ai! nunca he visto ni á ella ni á su madre!........Al pronunciar estas dos últimas palabras, dos gruesas lágrimas corrieron de los ojos cerrados de la vieja.

—¿No la hacias repetir una lección hace poco? instó la señora.

— Sí, la enseñaba á rezar; es todo lo que puedo enseñarle. Pero el año que viene procuraré pasarme sin ella á fin de que pueda ir á la escuela: i en verdad que será esto para mi un gran sacrificio.

Durante esta conversación, los dos niños de mi amiga habian permanecido mudos i los ojos fijos en la nietecita, que nos miraba con buen semblante, risueña i satisfecha. La hija de la señora, toda conmovida, se acercó á su mamá i le dijo al oido mui bajito: mira el vestido roto i los piés descalzos de esa pobre niñita! Si lo permitie-

seis, con uno de mis trajes de algodón podria hacerle su madre uno mas bueno.

—Lo apruebo, i mañana se lo traerémos con un par de zapatos.

La amable niña saltó de contento i se dió prisa á anunciar esta buena noticia á la nieta de la vieja. Mientras tanto, su hermano habia sacado de su bolsillo algunos centavos destinados para comprar juguetes, i se oyeron caer en el vacillo de hojalata de la vieja. Estos beneficios inesperados hicieron que la cara de la nietecita despidiese rayos de alegría, i que se pusiese á recitar sus oraciones con las manos levantadas al cielo como un anjelito.

Nos retiramos, i tomando yo la mano de los dos hijos de mi amiga les dije:—¿Qué pensais, amigos mios, de lo que acabais de ver? ¡Qué existencia la de esta pobre nietecita! ¡Casi desnuda, mantenida con pan duro, privada de todas las dulzuras de la vida, ve frecuentemente en las manos de los niños que pasan por delante de ella, ó golosinas, ó juguetes que podian escitar sus deseos, que juegan juntos corren libremente, en tanto que ella no puede separarse de su abuela ciega! Pues, sin embargo, tan niña todavia, se somete á todas esas privaciones, llena todos esos deberes con constancia, con resignación, con contento, sin que nunca haya que hacerle reconvención alguna; i lejos de quejarse, de llorar, de impacientarse, al menor beneficio que se le promete, su primer pensamiento es dar gracias á Dios. ¡Oh! mis buenos amigos, no olvideis nunca á esta nietecita, i pensad en ella siempre que os veaís tentados de formar deseos indiscretos, o de faltar á algunos de vuestros deberes, cuando estais colmados de todos aquollos bienes de que carece esa pobre niña!

XXXIII.

Los zapatos de Hortensia, madre de Napoleón III.

Retirada la emperatriz Josefina, esposa de Napoleón I, al palacio de Malmaisón, trataba á cuantos se acercaban á ella con tal dulzura i bondad, que sus damas, como jóvenes i curiosas, le rogaron un dia les señalase sus diamantes, de que se hablaba mucho en toda la Francia. Acojiendo la emperatriz con complacencia semejante deseo infantil, mandó pusiesen en medio de la cámara una gran mesa, sobre la cual estendió todas las joyas que contenian sus cofrecitos.

Las camaristas abrieron tantos ojos deslumbrados con tantos brillantes i piedras preciosas como realzaban tan ricos adornos; pero la emperatriz, luego que se divirtió un rato con la admiración de las jóvenes, les dijo con seriedad.

—No envidieis este lujo, que en manera alguna constituye la felicidad. Yo aprecio mas un par de zapatos viejos que tengo guardados, que cuantos diamantes encierran mis cofres.

Al oir esto, las camaristas no pudieron disimular la risa, porque creyeron que era una broma. Entónces Josefina repuso:

—No hai que reírse, pues, lo repito, el regalo que me ha causado mas placer en toda mi vida es un par de zapatos de cuero, i voi á deciros por qué.

Cuando dejé la Martínica con mi hija Hortensia para venir á Francia, estaba mui léjos de ser rica: el pasaje en el buque que nos trasportaba habia consumido la mayor parte de mis recursos, i apenas pude comprar lo indispensable para un viaje tan largo.

Hortensia, vivaracha, alegre, que sabia mui bien las danzas de los negros, i cantaba imitando perfectamente sus cadencias i sus jestos, divertia mucho á los marinos, los cuales no la dejaban, conversando con ella á todas horas. Luego que yo me dormia, la niña subia al puente, i allí era objeto de la admiración jeneral, repitiendo sus habilidades con gran satisfacción de los marinos.

Un contramaestre ya viejo la quería muchísimo, i cuando sus ocupaciones se lo permitian, se solazaba con su amiguita, la cual lo amaba hasta rayar en locura.

A fuerza de correr, bailar i saltar, los zapatos de mi hija se rompieron enteramente; i sabiendo que no tenia otros, á la par que temiendo no la dejara yo subir al puente, me ocultó esta corta desgracia; de suerte que un dia la vi venir con los piés ensangrentados, i le pregunté asustada si estaba herida.

Ella no me respondió.

—¿I esa sangre?

—No es nada mamá, yo te lo aseguro.

Entonces traté de reconocer el mal i descubrí que los zapatos estaban hechos pedazos, i que se habia destrozado un pié con un clavo.

Nos hallábamos á la mitad de la travesía, i hasta llegar á Francia no habia medio de procurarse un par de zapatos nuevos. Aflijida yo profundamente al considerar el sentimiento que iba á causar á mi pobre Hortensia, obligándola á permanecer en nuestra mezquina habitación ó camarote, no hacia mas que llorar sin encontrar remedio á mi dolor.

En aquel momento llegó nuestro amigo el contramaestre, i se informó con franqueza algo brusca de la causa de nuestros *lloriqueos*. Hortensia sollozando, apresuróse á decirle que no podia subir al puente porque habia roto los zapatos, i yo no tenia otros que darle.

—¡Bah! dijo el marino, ¿no es mas que eso? Yo tengo en mi baúl un par, i ahora mismo voi á traerlos. Ud. los arreglará á la forma de los piés de la niña, i yo coseré la cosa lo mejor que pueda. Pardiez! navegando es preciso acomodarse á todo, porque los regalos son buenos para tierra. Con tal que haya *lo necesario* á bordo, lo demás es pedir cotufas.

Sin darnos tiempo á responderle, fué á buscar los zapatos, i nos los presentó con aire de triunfo; habiéndolos aceptado Hortensia con grandes demostraciones de alegría.

Nos pusimos á trabajar, yo cortando i él cosiendo con ardor, i antes de concluirse la tarde, ya mi hija podia entregarse de nuevo al placer de saltar, bailar i divertir á toda la tripulación.

Aquel momento fué tan dulce para mi que nunca lo he olvidado. Mi reconocimiento hácia el viejo marino era sincero, i muchas veces me he acusado á mí misma por no haber preguntado el nombre de familia del contramaestre, conocido á bordo únicamente con el nombre de Santiago. Hubiera sido para mi altamente satisfactorio hacer alguna cosa por él luego que la fortuna me fué favorable.»

Este relato, hecho con encantadora modestia i admirable sencillez por una emperatriz, interesó vivamente á sus camaristas quienes se alegraron mucho del deseo que habian tenido de ver los ricos diamantes de Josefina.

XXXIV.

Docilidad, trabajo, conducta en el colejio.

El deber en que estamos de obedecer á nuestros padres, nos impone el de ser dóciles i trabajar i estudiar con celo.

Nuestros padres nos envian al colejio tan pronto como nos hallamos en estado de recibir alguna instrucción, i esto lo hacen por nuestro bien; porque sin ella nadie puede prometerse buen éxito en sus empresas: la instrucción por si sola nos prepara para ocupar útil i agradablemente nuestros ratos de ocio, i nos preserva por fin de los malos hábitos á que nos espondria la ociosidad en los días de descanso. Es, pues, casi tan necesaria como el alimento que nutre i el aire que se respira.

Para que disfrutemos de este beneficio, nos envían nuestros padres al colejio.

A él debemos concurrír con satisfacción i alegria, porque la niña, aunque joven para comprender las ventajas de ser instruida, sabe que debe hacer la voluntad de sus padres. Esto debe ser motivo suficiente para hacerle inspirar afición al colejio.

¿Qué debe hacer la niña, que quiera portarse en él de manera que satisfaga los deseos de sus padres?—Hélo aquí.

Debe ir al colejio por el camino mas corto, sin desviarse ni entretenerse. Procurará llegar un poco antes de la hora señalada, completamente aseada en su persona i vestidos.

Estará en la clase con aire modesto i tranquilo, sin correr, ni precipitarse; tomará asiento en su lugar, evitando que sus movimientos desordenen á sus compañeras.

Durante las horas de clase, no debe ocuparse mas que de su instrucción, ni pensar en otra cosa. Escuchará atentamente las esplicaciones de su profesor, procurando sacar provecho de ellas.

Desempeñará, sin distraerse, la tarea que se le señale, i estudiará las lecciones con gusto i fervor.

No debe reirse ni charlar con sus vecinos i menos permitirse juegos ni burla alguna

Del mismo modo debe conducirse cuando está lejos de la profesora, como cuando ésta se halle á su vista.

Luego qué haya terminado la clase, vólverá á casa de sus padres sin separarse del camino que se le ha mandado seguir.

La buena discipula es modesta, pero tiene una confianza noble en su directora. Si no comprende alguna cosa, pide permiso para hablar, i una vez conseguido expone aquello que le ofrece duda.

No tiene vanidad ni orgullo, porque conoce que son vicios detestables; no se burla de aquellas condiscipulas que no adelantan lo que ella; no se cree superior á ella, ni habla de los triunfos que consigue. *

Tiene emulación ** i desea hacer tanto ó mas que las otras; pero

* Nunca delante de muchas
Parecer mas sabia quieras,
Que el hablar con majisterio
Hace á las otras ofensa;
I aunque sepas mas que todas,
Será menester que entiendas
Que de ello no has de hacer caso,
Para que bien quista seas;
Que no es sabio el que presume,
Porque yo ser mas quisiera
Con humildad ignorante.
Que entendida con soberbia.

—

** Una recta emulasión
Nos guia á la perfección,
Si seguimos con prudencia
Del bien la sagrada ciencia.

—

no es envidiosa: *** cuando ve que sus compañeras le llevan alguna ventaja, no siente las amarguras de la envidia, sino que redobla sus esfuerzos para llegar á igualarlas, cuando no á exederlas.

Es benévola con sus condiscipulas i no pierde ocasión de darles gusto en todo lo que es honroso i licito. No habla fuera de clase de las faltas que hayan cometido en ella, de las espresiones que han merecido, ni de los castigos en que incurriesen. Tampoco habla en la clase de lo que han hecho fuera de ella ó en la casa paterna: no es murmuradora ni chismosa.

Evita todo motivo de riñas de palabra ó de obra. Se divierte i juega amistosamente con todas, cuando ha llegado la hora de hacerlo: mas evita las malas compañias, **** i no contrae amistad particular sino con las mas virtuosas: huye con cuidado de las niñas malas i aun de las aturdidas, porque el aturdimiento i la irreflexión pueden conducir á la desobediencia i á todos los vicios que de ella se orijinan.

Da buen ejemplo á todas i especialmente á sus amigas: delante de ellas nada dice ni hace que no pueda ser referido á sus respectivos padres.

Respeta i ama á su profesora; recibe con docilidad sus preceptos i consejos, i se muestra reconocida á sus cuidados.

Jamas murmura de su severidad i no pone en duda su imparcialidad i justicia; i si oye que se habla desfavorablemente de ella, la defiende con el celo de una hija i el calor de una amiga.

Observando esta conducta, la niña aprovecha las lecciones de su profecora i es la gloria y alegria de sus padres.

XXXV.

Emilia

Emilia era hija de un honrado artesano de Paris, i ya desde sus primeros añes habia anunciado una viva intelijencia i una sensibi-

*** Es la envidia un roedor,
Que destruye silencioso
La complacencia i reposo
Hasta en la dicha mayor.

—

**** De las malas compañias
Los halagos seductores
Venenos son que emponzoñan
Los mas puros corazones.

Deten el paso no sigas

lidad profunda. Una ronrisa de Emilia consolaba a su madre de todas sus penas, i reanimaba el valor abatido de su padre. Fué una época tremenda en la que nació esta niña; la guerra, despues de la revolución, continuaba mas en«arnizada i sangrienta que nunca.

El Consulado comenzaba, i Napoleón pidió al instante su juventud á la Francia. Mientras que los padres estrechaban a los hijos con dolorosos abrazos, ellos se lanzaban contentos para ir contra el enemigo i llenos de ambiciosas esperanzas. La muerte hacia tanto estrago en sus filas, que cada dia eran necesarios nuevos enganches, i llegó el momento en que ni el titulo de padre i esposo podia eceptuar á nadie del común destino: en este dia la Francia entera lanzó un jemido de dolor.

El padre de familia, bañando con sus lagrimas el restro de su hija, la entregó con amarga sonrisa á los cuidados de su esposa querida.

«Adios, adios para siempre», esclamó al partir; i esta despedida le costó la vida á su esposa, porque á pocos meses Emilla ya no tenia madre.

En los primeros dias, algunos amigos dela familia se habian encargado de ella, hasta que cierto dia un coche habia parado delante de la casa de sus nuevos padres, una señora se habia presentado, les habia dicho unas pocas palabras, i se la habia llevado al colejio de la *Lejión de honor*, en San-Dionisio.

Ciertamento que si la igualdad debia reinar en alguna parte, era entre aquellas niñas que todas recibian la misma educación, pudiendo todas considerarse como huérfanas, pues que la muerte les arrebataba cada dia, á la una un padre, á la otra un hermano adorado. Mas ¡ai! el necio orgullo con su séquito de distinciones sociales habia sábido introducirse en aquel asilo, i la hija del jeneral acojia con desdeñosa sonrisa o mirada de protección a la hija del coronel; mientras que ésta apenas se dignaba hablar á la hija del oficial, figurendose cada una de ellas qee la modestia y humildad son virtudes buenas......para los pobres no mas. Asi, en las horas de recreo se formaban grupos de las señoritas de un mismo *rango,* i alli trataban hasta de batallas i conquistas, porque el furor bélico habia tambien invadido aquella pacifica morada. Otras veces hablaban de su dinero, de su familia, i del brillante porvenir que les esperaba en el mundo.

Entre tanto la pobreEmilia se paseaba sola en los jardines del

Aquellas que se desbordan,
Sepárate pronto de ellas,
¡No sea que te corrompan!

colejio, porque estaba sola, sin familia, sin rango que esperar. Buscaba en el estudio una distracción á sus penas, i gracias á un trabajo obstinado, conquistó entre sus compañeras un puesto que no debia ni á la casualidad del nacimiento, ni á ninguna cosa accidental. Numerosos premios la recompensaban cada año de su celo incansable. La directora del establecimiento la queria como hija propia, sintiendo interiormente la fatalidad que parecia perseguir á un ser tan débil i tan digno de una suerte feliz. Formáronse un dia grupos mas numerosos i mas animados que de costumbre; las conversaciones eran mas vivas, i todos los semblantes manifestaban la alegría. Una reflexión penosa venia do vez en cuando á entristecer a algugunas de aquellas jóvenss; pero era un relámpago que desaparecia pronto, seguido de locas esclamaciones i gritos de júbilo. Las pensionistas estaban entreteniéndose con les sucesos del dia, cuaudo una de ellas llegó corriendo mui azorada.

—«¿No sabeis la noticia?» esclamó desde lejos, así que la pudieron oir. «Un jeneral está en el locutorio; sí, un jeneral nombrado en el campo de batalla. Yo no he podido saber su nombre; pero viene comisionado para traer las banderas tomadas á los rusos, i ha pasado á ver á una de nosotras.» ¡Oh! ¡cómo todos los corazones palpitaron en aquel momento! Esperaban todas que seria un pariente ó un amigo, i se acercaron con ansiedad hácia la puerta, para estar prontas en cuanto oyesen pronunciar su nombre. Una sola se retiró mui triste, i ésta era Emilia Volvió á abrir su libro para disipar la melancolía que la oprimia; mas en vano procuraba contraer su atención en la pájina abierta delante de sus ojos, porque su espíritu estaba léjos de allí, creia ver á su desdichado padre, oir de su boca aquella triste despedida: *Adiós para siempre*......«Verdad es, decia, su despedida debia ser eterna».......i esta idea casi la desesperaba.

En esto sintió pasos precipitados, i escuchó.....Es hácia su habitación á donde se dirijen.

«Niña, preguntan por ti en el locutorio, dijo una voz.»

¡Por mi!......Se levanta pálida y trémula, mas con la esperanza en el fondo del corazón, vuela al locutorio; pero madama Campan, la directora de la casa, le sale al encuentro, i le dice profundamente conmovida: «Hija mia, si vuestro padre á quien creeis muerto, no lo estuviese......Si viniera......Si se hallase ahora en el. . . .

—¡Mi padre! ¡Mi padre! ¡Oh! por favor, señora, no me engañeis, yo me moriria!......I ¿á dónde está mi padre? Yo quiero verle, abrazarle......¡Hace tantos años que me falta este consuelo!. . . Al decir estas palabras, se le presenta un oficial con un brillante uniforme de jeneral, i su pecho cubierto de cruces i medallas. Emilia

retrocede por un movimiento involuntario, no atreviéndose á creer en tanta dicha.

Este solo instante hizo olvidar á la hija del soldado quince años de dolores i de lágrimas.

La Providencia parece que quiso premiar la humildad de Emilia i la resignación con que habia sufrido tanto tiempo el arrogante desdén de sus compañeras, cuya soberbia i necio orgullo fueron bastante mortificados con tan inesperado suceso.

XXXVI.

Obligaciones de las niñas para con sus profesoras.

Las personas que os enseñan son, niñas mias, como unos segundos padres que cuidan de alimentar vuestro espíritu, de perfeccionarlo i de embellecerlo, haciéndoos útiles á vosotras mismas i á los demas. Honradlas por los muchos beneficios que en vosotras derraman.

A vuestra edad, el corazón es como un pedazo de blanda cera en que se puede grabar así lo bueno como lo malo, tanto lo hermoso como lo feo. Vuestras profesoras son las que imprimen en él los buenos sentimientos, las que, por decirlo así, engarzan en el mismo, como diamantes en un collar, las virtudes, las que lo ennoblecen, las que lo purifican, las que lo vuelven hermoso. Ellas son las que graban en él esa belleza mas duradera que la del rostro i que hace estimar mas que ella. Ellas son las que al pasar por el borde de un precipicio cubierto de flores, os dan la mano para que no caigais en él. Ellas son, en fin, las que ponen en vuestras manos la antorcha que debe iluminaros cuando algún dia marcheis solas ó tengais que guiar á otras por el sendero de la vida. Pensad, pues, si tantos i tan grandes favores merecen ser agradecidos i recompensados con el amor, la aplicación i el respeto.

Los pajaritos que alimentais en vuestras casas cantan más, i os acarician i festejan con mas ternura cuando los cuidais con mayor esmero. Aprended, pues, vosotras de los pajaritos.

Las rosas crecen mas lozanas i tienen mas perfumes para la mano que las cuida i riega. Imitad, pues, á las rosas.

En vuestra tierna edad en que no se conoce bien aún el motivo porque se obra con vosotras de esta ó de aquella manera, se mira jeneralmente con cierto desaire á las personas que nos educan, porque se ven á veces en la triste precisión de castigar. Este es un error en que no quisiera quo incurrieseis vosotras, porque destruye en gran parte o cuando ménos retarda los efectos de la educación. No estimar á las profesoras porque os corrijen i contrarian en cier-

tos casos, es lo mismo que si una niña, estando enferma, aborreciese al médico porque se ve obligado á darle bebidas amargas para volverle la salud. *

Cuando seais mayores i os podais presentar en el mundo con la educación ya terminada, conocereis mejor los buenos resultados de las reprensiones de vuestras directoras i las bendecireis por ellas. Entonces comprendereis cuánto os amaban i se interesaban por vosotras en el instante mismo en que os imponian algún castigo. Entonces conocereis con cuánto sentimiento lo hacian, i que padecian mas ellas por vuestras faltas que vosotras por tener que sufrir sus correcciones.

Jeneralmente os parece que querriais mas á vuestras profesoras si os tratasen con mas cariño ó fuesen menos soveras; mas ¡ai de vosotras si asi lo hiciesen! Entregadas entonces á vosotras mismas, como ciegos sin guias, i no reconociendo mas norma que vuestros caprichos, que renovariais á cada minuto, i que no podriais satisfacer las mas veces, os hariais insufribles á los demás, i os encontraríais al entrar en el mundo sin haber aprendido nada, con un carácter indócil i exijente, i siendo objeto de escarnio i de desprecio para las personas bien educadas.

Vuestras profesoras, especialmente si sois buenas i estudiosas, os aman como á hijas: amadlas vosotras como á madres.

¡Es tan poco lo que exijen de vosotras en compensación de lo que os dan! Créense mas que recompensadas con un poco de amor, de respeto i sobre todo de aplicación; i una vez que es tan fácil á vuestro tierno corazón amar, que os sienta tan bien el respeto i que la aplicación produce tan buenos resultados i que os embellece tanto, ¿cuál de vosotras dejará de complacer á sus profesoras, de recompensarlas por el interés que se toman? No lo sospecho, niñas mías, de ninguna de vosotras, pues creo que poseeis un buen corazón i que sabreis cumplir con vuestros deberes.

¡Que la lectura de la siguiente poesía sirva para conservar en vuestro tierno pecho los sentimientos que he procurado inspiraros en esta lección!

El ave paga con cantos
I con juegos i caricias
Al que tierno la alimente

* El que tus faltas reprende
A tu bien futuro atiende.

—

Ama i presta tu atención
Al que te diere instrucción.

I que la cuida i la mima.
La flor con mas rico aroma
I con hojas mui mas lindas
Recompensa al jardinero
Sus desvelos i fatigas;
Así vosotras también,
Cual la flor i el ave, oh niñas,
Sed con vuestras profesoras
Dóciles i agradecidas.
Ellas son como una antorcha
Que en las tinieblas os guian;
Ellas os tienden la mano
Al caminar entre espinas,
I ai! de la que las desprecia
I no las respeta altiva
Pues le faltará la antorcha
En el medio de la via,
Del precipicio en la orilla!
No permita Dios que nunca
Tales seais, niñas mias;
Honrad vuestras profesoras,
Dóciles i agradecidas,
I cual el ave i la flor
Sereis en belleza ricas,
I amadas sereis de todos
Cual la flor i el ave, oh niñas.

XXXVII.

Temor filial, sumisión, obediencia.

Pues que amamos á nuestros padres, debemos temer disgustarlos, es decir, debemos temerlos.

Temer á nuestros padres es evitar con cuidado todo lo que puede causarles disgusto, es arreglar nuestras acciones i palabras de manera que sean siempre dignas de su aprobación.

Así, el temor de la hija no es el temor de la esclava. La esclava teme el castigo que puede imponerle su señor; i la hija teme el descontento que puede causar á sus padres.

En esto consiste el temor filial: este temor no solo se concilia perfectamente con el amor i la ternura, sino que es inseparable de ellos, porque la que ama sinceramente á sus padres, tiembla aflijirlos.

Si nuestros padres son demasiado induljentes con nosotras, no de-

bemos abusar de su induljencia; i si están dispuestos á dispensar nuestras faltas, no debemos por esto dejar de temerlos. Por el contrario, la demasiada induljencia, que proviene de su gran bondad, debe ser para nosotras un nuevo motivo para evitar todo lo que pueda causarles disgusto.

Es menester por tanto ser sumisas.

Ser sumisas á los padres es conformarse á su voluntad sin murmurar, antes bien con placer.

La niña debe oir i sufrir con docilidad i ternura cuanto viene de sus padres: consejos, exhortaciones, advertencias, reprensiones i castigos.

La severidad de los padres para con sus hijas es una prueba de su amor, están encargados de dirijirlas por el buen camino: este es un deber i un derecho suyo. La naturaleza, la patria i la relijión, les imponen ese deber; justo es, pues, someterse sin reserva á su voluntad.

Es preciso oir sus reprensiones con corazón dócil; no diré sin orgullo é insolencia, porque es evidente que la hija que se mostrase orgullosa é insolente para con sus padres, seria digna del mas profundo desprecio i del mas severo castigo.

No debe responderse á las reprensiones sino con la sincera promesa de no volver á merecerlas. Es menester en esta parte una resolución firme i duradera. No basta decir: «no lo haré mas,» sino no hacerlo.

Los padres se ven frecuentemente obligados á castigar á sus hijas. Cuando las castigan lo hacen por su bien i por efecto de la ternura de que están animados. Si no emplean todos los medios que están en su poder para correjirlas, será una prueba que no las aman como deben. La niña, pues, á quien castigan sus padres, no debe buscar medios como sustraerse del castigo; no debe irritarse contra ellos, ni dudar de su ternura, sino que debe ver en el castigo una nueva prueba de amor, i recibirlo con resignación i con resolución firme de no hacerse acreedora á él otra vez.

El castigo no debe aflijir á la niña por la pena que le causa, sino por el disgusto que ha producido á sus padres, i el dolor que esperimentan cuando se ven precisados á castigarla.

Debe hacer todos los esfuerzos posibles por ahorrarles este dolor; i cuando por desgracia no lo ha conseguido, i los padres la castigan por su bien, debe dar las gracias como de un nuevo beneficio.

La niña que teme á sus padres i que les está siempre sumisa, ya es obediente, es decir, que ejecuta todo lo que sus padres le ordenan, i que evita todo lo que le prohiben.

No basta obedecer exactamente; es preciso obedecer con gusto, es

decir, no basta someterse á los mandatos de los padres con repugnancia, sino que deben considerarse como buenos, justos i sabios, i conformarse á ellos con placer. Porque los padres en sus mandatos i prohibiciones obran por la ternura que nos profesan i por nuestro interés bien entendido. *

Como debemos tener una satisfacción en la obediencia á nuestros padres, debemos manifestar esta satisfacción por la prontitud i buena voluntad con que ejecutemos lo que se nos prescribe.

La niña que ejecuta lentamente lo que se le manda, que obliga á repetir dos ó tres veces las órdenes que se le dan, i que manifiesta mal humor al cumplirlas, es un ser mui desagradable: da motivo á dudar de que tiene buen corazón.

La obediencia debe ser completa, es decir, debe obedecer á los padres en todo i por todo, lo mismo en las cosas lijeras que en las importantes, escepto en lo que se opone á la lei de Dios. Porque, propiamente hablando, no hai desobediencia lijera. La desobediencia es un gran mal por sí misma cuando es reflexiva, i siempre es culpable por poco importante que sea el objeto; solo tiene escusa cuando procede de olvido ó descuido.

Pero el olvido i el descuido son una falta que debemos también evitar. La desobediencia acarrea á la niña consecuencias funestas. No puede juzgar bien de las cosas; no sabe lo que es bueno ó malo, ni lo que es útil ó peligroso; no sabe preveer las consecuencias de sus acciones. Los padres, por el contrario, tienen prudencia i razón; saben lo que puede serles útil ó nocivo en el presente i en el porvenir. Conocen las consecuencias buenas ó malas de lo que hacen. Á ellos toca dirijirlas constantemente; á ella someterse á sus órdenes sin reserva i sin pedir esplicaciones. Ellos no deben darle esta esplicación, porque ella no la comprenderia.

Siempre que los padres ordenan ó prohiben alguna cosa á sus hijas, lo hacen por el bien de éstas, que deben persuadirse que es un mal lo que se les prohibe, aunque no lo comprendan, i deben abstenerse de ejecutarlo con relijioso cuidado.

Hai niñas que sin desobedecer directamente inventan escusas para no conformarse á la voluntad de sus padres. Esto es lo que se llama *eludir* una orden ó una prohibición. Guardémosnos bien de estas indignas escesas, porque pueden acostumbrarnos al disimulo i á la hipocresía, que son vicios odiosos.

* Los mandatos de tus padres
Obedece con placer:
Su voluntad sea tu guia,
Pues solo anhelan tu bien.

Obedezcamos siempre franca, completa i alegremente. Así quedará nuestra conciencia tranquila i evitaremos los innumerables males que trae consigo infaliblemente la desobediencia.

Sigamos constantemente
Los paternales consejos,
Sin querer en nuestro orgullo
Sobreponernos á ellos.

Los que nos han sustentado
Con tanto amor i desvelo,
¿No deberán, por ventura,
Correjir nuestros defectos?

¿Quién mejor podrá esplicarnos
De la vida los tropiezos?
¿No es siempre el bien de los hijos
Su mas constante deseo?

XXXVIII.

La primera comunión

Era el dia 28 de Mayo: hacia un año día por dia que la señora de C. habia dejado su quinta; i los baúles, las maletas i las cajas obstruian el patio i anunciaban el próximo regreso. Sin embargo, todo estaba en calma y tranquilo. ¿I por qué? por la hora avanzada en que esto sucedia.

Solo en la extremidad del patio brillaba una luz. ¿Quién velaba allí todavia? No era ciertamente el cuidador ó la cuidadora, puesto que estaban en un profundo sueño, ni los criados de la señora C., ni la señora misma, puesto que no debia llegar hasta el día siguiente. Rosa, la joven Rosa que velaba sola en un cuarto bien separado de los demás. ¡I no tenia miedo i estaba tranquila, mui tranquila, hasta parecia contenta! ¿I por qué? porque se hallaba en paz con su conciencia; porque estaba segura que Dios velaba por ella; porque estaba próxima en fin, á su primera comunión; i ocupada en este sério acto i en las dulces exhortaciones que un buen cura le hiciera, ningún otro pensamiento la asaltaba.

El dia siguiente era, pues, el gran dia para esta piadosa niña; dia que debla recordar toda su vida, dia de completa felicidad, dia único; i para participar de la alegría de su querida ahijada, la señora de C. debia llegar también en aquel dia.

Pero ¿qué hacia Rosa en una hora tan avanzada de la noche? Oraba, sí, i sentada al lado de una mesa, con la cabeza apoyada en una de sus manos, miraba atentamente un papel. Dulces lágrimas corrian por sus mejillas; pero su fisonomía parecía serena i su aire revelaba felicidad. Sí, Rosa era verdaderamente feliz; las lágrimas que inundaban su rostro manifestaban esta misma felicidad, porque eran lágrimas de felicidad. Tal vez alguna de las niñas que esto leyeren esperimentarán algun dia la misma emoción, i entonces juzgarán mejor la que esperimentaba Rosa en el momento á que nos referimos.

En efecto, el papel que tenia en la mano era carta de su madrina, carta tierna, en la cual la señora de C. le daba todos los consejos de una buena madre, i la exhortaba á que conservase siempre aquella pureza de conciencia, aquella paz del alma que Dios solo puede dar. Decíale tambien cuán satisfecha se hallaba de su conducta hasta aquel dia, cuánto la amaba i cuán contenta estaba de ser su madrina. Rosa acababa de leer esta carta i por eso estaba tan conmovida, por eso dulces lágrimas surcaban sus mejillas.

Pero en aquel momento dejó la mesa en que se hallaba i se propuso acostarse. Dejemos á esta dichosa niña dirijir aún al cielo la última plegaria; dejémosla dormir tranquilamente i no turbemos los suaves ensueños de una alma inocente hasta la mañana del próximo dia!.....¡mañana, dia de gozo i de felicidad!.....¡mañana, el dia mas feliz de su vida!

¡I cuán hermoso es en efecto el dia de la primera comunión! ¡Cuán feliz es la niña que por la vez primera ocupa un lugar en el banquete de los ánjeles! ¡I qué noble altivez revela el rostro de la madre que conduce á su hija querida á tan delicioso banquete!

Ayer aun esta preciosa niña pasaba como desapercibida en la casa; hoi su presencia impone recojimiento i hasta respeto. Ayer, tímida niña, imploraba de rodillas la bendición de sus padres; hoi virjen pura i radiante, parece les trae en cambio una porción de las divinas gracias de que está inundada su alma.

Tocaba Rosa este momento de felicidad. El sonido de las campanas que anunciaban la augusta solemnidad, habíale despertado mui de mañana. Prosternada, escuchaba con relijioso silencio estos sonidos precursores de la augusta ceremonia que le esperaba.

Cuando la señora de C. entró para vestirla, la encontró aún en este suave recojimiento. Dejóse la niña adornar por su buena madrina, que la miraba con el orgullo de una madre. ¡Cuán hermosa parecia entónces Rosa! La serenidad de su alma reflejaba en su semblante, i hacia aún mas atractiva su amable fisonomía.

Concluido su tocado, i luego que sus parientes i amigas estuvieron reunidos á su alrededor, luego que hubo recibido su bendición, i después de levantar aún su alma á Dios, marchó acompañada de cuanto le era caro en el mundo. La elegante sencillez de sus vestidos atraía todas las miradas; la modestia de su continente, la calma i dulzura de su fisonomía le proporcionaban por todas partes sinceros elojios.

Rosa, sin embargo, que habia separado su vista del espejo, temerosa de que un lijero sentimiento de orgullo viniese á alterar su inocencia, no oía tampoco estos elojios: el lenguaje de la tierra se le habia hecho estraño, i solo comprendia el de los ánjeles que residian en el cielo. Con tan bellas disposiciones llegó á la iglesia, i al arrodillarse delante del altar se creia aún en su cuartito. Solo cuando el *Veni Creator* resonó en sus oidos, i cuando todas sus compañeras la rodeaban, salió del éxtasis en que se hallaba. Pero el momento solemne habia llegado: todas las virjenes con los ojos bajos, las manos juntas i el continente modesto, se dirijian con paso tímido hácia la santa mesa donde iban á recibir á su Dios. Rosa marchaba la primera: la primera tomó parte en el banquete sagrado; la primera se vió iniciada en las alegrías celestes.

Un profundo silencio sucedió á este solemne acto, terminado el cual, santos cánticos se alzaron en el templo i anunciaron á todos los asistentes que el Salvador del mundo habia bajado aún otra vez á la tierra. Rosa acababa de recibir á su Dios.

Lo que entonces pasó por su alma no puede pintarse con el lenguaje de los hombres. Esta pura i dulce intimidad de la criatura con su Criador no se esplica, se siente.

¡Todos debemos haber conocido esta sublime felicidad! ¡Desgraciado de aquel que no haya sabido comprenderla!

¡Qué consuelo, qué alegría,
Venir Dios á visitarme;
Venir en persona á honrarme
Por su amor i su bondad!

¡Ai, Jesús, mi dulce dueño!
Ven, mi amor i mi consuelo;
Ven! mi gloria, ven mi cielo;
Ven en mi alma á descansar!

Yo te adoro i te venero
Rei augusto i soberano
Que por un prodijio raro
Has venido en mí á habitar,

De mi corazón las llaves,
I de mi alma te presento;
Recíbelas, dulce dueño,
Te juro fidelidad.

XXXIX.

Primeras impresiones falsas de la niñez

Las falsas nociones de las cosas, las preocupaciones jerminan con extremada facilidad en el cerebro de las niñas, i las mas locas supersticiones, las opiniones mas absurdas se graban en ellas como en blanda cera, dejando tan duraderas i permanentes impresiones que no se borran sus huellas aun después de haber entrado en la edad de la razón.

Entra en el plan que nos hemos propuesto en este opúsculo el establecer ideas exactas i verdaderas sobre todas las cosas, aun cuando parezca estraordinario el que queramos comunicarlas tales á lectoras niñas.

La mayor parte de estas vienen á los colejios con la cabeza atestada de cuentos con que sus amas, madres ó abuelitas las entretenian para dormirlas, ó con que criados ignorantes procuraban distraerlas.

Cuando la jóven perfectamente ilustrada. por sabios consejos i buenos estudios, llega á reirse con lástima i desprecio al recuerdo de las necedades con que la dormian cuando niña, ya algunas veces ha contraido sin saberlo una especie de conmoción nerviosa en su imajinación, que debilita la rectitud de su juicio, atenúa su fuerza moral i le inspira, á pesar de su buen sentido, una especie de pusilanimidad, que le cuesta mucho vencer después en la adolescencia.

¿Cuál es la niña en cuyos oidos no han resonado por primeros acentos las absurdas palabras de las amas i criados, asustando su tierna imajinación con necios terrores i supersticiones?—El terror es el medio de que ordinariamente se valen con las inocentes criaturas aun antes de que sus débiles miembros tengan fuerza para sostenerlas.....

¡Si haces eso, llamo al *cuco, al perro negro,* i te llevará! ¡Los duendes, las brujas vienen!......segun la naturaleza de superstición de moda en cada lugar. No es esto solo: apen as las niñas saben leer, les enseñan cuentos de brujos, de májicos, etc.

En fin, llega la niña á los diez ó doce años, i como estas falsas im presiones se han fortificado por la edad, afirmándolas los menore accidentes, se hallan sujetas á infundados i continuos temores.

Así, vemos á muchos niños de ambos sexos que por adelantada que se halle su razón, i á pesar de tener cerca de doce años no se atreven á acostarse solos en un cuarto apartado, ni aciertan á dormirse sin luz, ni entrar en un cuarto á oscuras.

Compárense estas organizaciones deterioradas por falsas ideas con las de los niños de las aldeas i del campo, á quienes no han tenido la intención de criar mejor, pero de los que no han tenido el tiempo bastante para imbuir en falsas ideas. A todas partes van de noche como de día, con luz ó sin ella. Tienen miedo al león, porque saben que es un animal peligroso; pero no le tienen miedo cuando están en casa con sus padres, ó están armados. Saben que ordinariamente el león huye á los ladridos del perro. Los aldeanos no les han enseñado á temer i á temblar, porque ya desde muy temprano guardan en el campo los ganados i de noche; no les han hablado de peligros quiméricos, no temen, i para llegar á su nivel es preciso que el niño de las ciudades trabaje sobre si mismo largo tiempo para afirmar su débil organización.

Escuchad lo que dice uaa respetable autora, que ha consagrado sus talentos á la instrucción del bello sexo: «Un poco de reflexión, niñas mias, basta para no dar crédito á estas historias. Es cierto, que, si Dios quiere, podrá hacer que se aparezcan los muertos, como lo hizo con Samuel; pero tambien es verdad que no hace milagros sin justa causa. ¿Creen Uds. sencillamente que Dios, que es la misma sabiduria i la misma bondad, permita á una alma volver al mundo para hacer cosas ridiculas, tirar de la ropa á una persona que duerme, desvelarla i hacer otras frioleras que solo son dignas de risa? Ello es que las historias que vulgarmente se cuentan sobre el particular son falsas. Solo escojeré uno entre los varios ejemplos que sobre este asunto pudiera recordar.

«Un caballero que habia ido á Alemania, enviado por su reí para entender en asuntos de grande importancia, volvia á Francia en posta con cuatro sirvientes, i le sorprendió la noche en un lugar en donde no habia una mala posada. Preguntó á un aldeano si podria alojarse en el castillo, i éste le respondió: está abandonado, i un solo arrendatario, cuya pequeña casa está de la parte de afuera del castillo, se atreve á vivir cerca de él; porque adentro se aparecen por la noche fantasmas que maltratan á los vivos. El caballero, que no era miedoso, respondió al aldeano: yo no me espanto de duendes ó fantasmas, soi mas malo que ellos, i para hacértelo ver, quiero que mis sirvientes se queden en el lugar i dormir yo solo en el castillo. Su intención era, sin embargo, no acostarse; porque habia oido siempre hablar de apariciones de muertos i deseaba ver

los. Mandó enceder una buena lumbre; tomó pipa i tabaco i dos botellas de vino i puso sobre la mesa cuatro pistolas cargadas. A media noche oyó un gran ruido de cadenas i vió aparecer un hombre de una estatura mucho mas alta que la ordinaria, que le hacía señas para que fuese hácia él. El caballero se puso dos pistolas en el cinto, una en la faltriquera i, tomando la última en la mano derecha, asió la luz con la izquierda. En esta disposición siguió al fantasma, que bajó por la escalera, atravesó el patio i se entró por un pasadizo; pero habiendo llegado el caballero á la estremidad de él, le faltó de repente la tierra debajo de sus piés i cayó en un hoyo. Conoció entonces el desacierto que hobia cometido, pues por la hendidura del tabique desunido que lo separaba de una caverna, vió que habia caido, no en poder de los espíritus, sino de una docena de hombres que á la sazón tenian sus conferencias sobre si le debian matar ó no; i por sus razonamientos conoció que eran monederos falsos. El caballero, viéndose como ratón en trampa, levantó la voz i pidió á aquellos hombres licencia para hablar, i habiéndosela concedido, les dijo: «Señores, el haber venido aqui os hace ver que soi intrépido; pero al mismo tiempo os manifiesto que soi hombre de honor, pues no ignorais que un pícaro por lo regular es cobarde. Os doi palabra de guardar secreto este suceso i os lo prometo por mi honor: no cometais un crimen matando á un hombre que jamás ha tenido la intención de haceros mal. Por otra parte, considerad las consecuencias de mi muerte; yo llevo conmigo cartas de importancia que debo entregar al rei en mano propia, i tengo en ese lugarejo cuatro sirvientes: creed que se harán tantas dilijencias para averiguar lo que ha sido de mí que al fin se descubrirá.» Estos hombres, habiéndole escuchado, decidieron que era forzoso fiarse de su palabra i le dejaron ir; despues de haberle hecho prometer con la mayor formalidad que contaria cosas asombrosas de aquel castillo. Efectivamente, al otro dia dijo que habia visto en él cosas capaces de hacer morir de espanto á un hombre, i Uds. bien comprenden que no mentía. Hé aquí una historia de muertos aparecidos bien tramada, i de la que nadie osaria dudar despues de haberla confirmado en cierto modo, un hombre de esta clase. Tal es el orijen de esas maravillosas historias qne causan tanto terror á las niñas, aun cuando parezcan las mas ciertas; pues si se examinan con atención, se encontrará que la malicia ó la debilidad de los hombres han fomentado estos cuentos.»

XL.

Miss María Carpenter

En 1806, en Bristol, vió la luz primera María Carpenter, hija de

un pastor (sacerdote), de la secta unitaria (1), maestro de escuela, i hermano del actual archivero de la Universidad de Lóndres; i á la verdad, no en vano la adormecieron en su cuna los cantos de los asistentes á la escuela (2), ni dejaron de grabarse en su mente las primeras impresiones de este movimiento especial i singular que en aquellas se nota, pues mui pronto demostró una verdadera pasión por la enseñanza, gracias á la cual i al talento de que la naturaleza la dotó, hallóse ya mui joven, casi niña, al frente de una escuela de señoritas de su ciudad natal. Pero, como Madama de Sevigné, *sentia frio en su casa* (3), i en vez del descanso i la espansión, necesario el uno i propia la otra de la adolescencia, entregábase con frecuencia al ejercicio de toda especie de actos de caridad, singularmente con los niños pobres i abandonados, que pululaban por las calles de Brístol. —Volver á su casa con dos ó tres pequeñuelos, muertos de frio, hambrientos, desnudos, sucios, i enviarlos luego á sus familias, ó á una de las escuelas de beneficencia, aseados, vestidos, confortados, era su mayor afán i alegria.—Poco á poco su corazón fué mas exijente: no le bastaba recojer niños abandonados por sus padres i sin hogar, esto era poco: anduvo buscando esas muchachas i rapazuelos que andan vagabundos por las calles, duermen en los banquillos de los paseos ó se cobijan en las hornacinas de los edificios públicos, i que dispertando su malicia antes que la reflexión i anticipando el vicio á la naturaleza, son mui pronto criminales por el abandono en que viven, por la holganza de que no saben salir, por la miseria que los rodea, i los recojia con maternal afecto, los reconvenía, los halagaba i ni uno solo dejaba escapar, aumentando el continjente de las escuelas que fundara primero en Bristol i luego despues en Londres.

---

(1) Es sabido que en las distintas sectas protestantes, los sacerdotes (pastores), son casados.

(2) En las escuelas de todos los paises civilizados el *canto en común* está puesto en práctica, como medio de suavizar las costumbres, dulcificar los sentimientos, de calmar las pasiones i de civilizar á los pueblos. No solamente esas escuelas se hacen notables entre todas las otras, por sus resultados i buen porte, sino que en estas mismas escuelas, los alumnos de canto, se distinguen entre sus condiscipulos por su mayor aplicación, suavidad de maneras i benignidad.—Bajo cualquier aspecto, pues, que se mire: moral, normal, económico i nacional, la enseñanza del canto es útil. El célebre filósofo Herder, decia: «Una reunión de cantores, es una reunión de hermanos,» i Mainzer dice: El niño que ha aprendido á cantar canciones de escuela, sabrá un dia cantar los cantos de guerra, los cantos de la patria.

(3) Espresión feliz, con que se espresa la noble impaciencia de hacer el bien.—Las *cartas de Madama de Sevigné á su hija*, á mas de ser un modelo de estilo epistolar, servirán siempre eficazmente á formar el juicio i á elevar el carácter moral del bello sexo.

Allí cuidaba no solo de su educación relijiosa, sino de que obtuvieran la enseñanza de artes ú oficios con que pudieran atender á su subsistencia, i gracias á este caritativo celo i á esta asiduidad, muchos i muchos son los asilados que hoi viven honradamente i bendicen á su protectora, pues sin ella la carrera del crimen era su único porvenir vergonzoso. El primer paso estaba ya dado; la iniciativa de esta gran obra de beneficencia social, de esta empresa de salvamento de un gran número de muchachos abandonados i vagabundos, estaba planteada.

Joven aun pasó á la India, i allí fué donde se desarrolló con vigor todo el carácter i la inclinación de Miss Carpenter. Fundó en Benegala, Madras, Bombai i Calcuta, escuelas de reforma para los jovenes, á imitación de la que habia fundado en Bristol, i abrió colejios de enseñanza para Señoritas.—El rigoroso invierno de 1866, fué una época memorable para aquellas ciudades, pues en todas partes estaba la hija del pastor de Bristol para socorrer, animar i tender su mano.

Como si lo hecho no fuera bastante satisfacción á la espansión del amor que sentia hacia sus semejantes, abogó por la reforma de las prisiones en 1864 en una notable obra, titulada «*Nuestros condenados*,» en que evidencia las necesidad de convertir las cárceles en talleres de trabajo i de industrias que mejoren i moralicen, demostrando la importancia que para la mejora de los condenados tienen los empleados aptos, probos, celosos i caritativos i la necesidad de tender á aquellos la mano de la caridad, cuando recobran su libertad i vuelven al mundo de los peligros, los azares i las pasiones.

La muerte de esta mujer ilustre, que solo vivia i solo suspiraba por hallarse en los centros donde su amor al bien podia multiplicarse, i su corazón comunicarse con seres que necesitaban calor, vida i protección, acaeció en 1877 i fué casi un luto nacional en Inglaterra. Todo el pueblo de Bristol en masa acompañó con lágrimas el féretro de esta heroina de la caridad. «*La Ilustracion*» inglesa se apresuró á dar á conocer los notables rasgos de su fisonomia.

XLI.

Varios efectos de la buena ó mala conducta.

El que ha vivido mucho, ha tenido mucho tiempo de observar; i me complazco en comunicar mis reflexiones á las jovenes. Sé mui bien que la esperiencia ajena muchas veces es insuficiente para guiar á las jóvenes que no tienen ninguna; con todo, frecuentemente el

escuchar las lecciones de personas ancianas, hace evitar grandes faltas, ahorra desgracias, lágrimas, i muchas veces un tardio arrepentimiento.

Conocí dos jóvenes hermanas nacidas en un mismo pueblo, i que entraron á servir á un mismo tiempo: la suerte mui diferente de dos personas tan enteramente iguales por nacimiento, manifiesta los males que acarrea una mala conducta, i prueba que la virtud por sí sola puede conducir á la fortuna, sin necesidad de acontecimientos romancescos. La historieta verdadera que vais á leer, queridas niñas, es interesante i su narración escrita únicamente con el deseo de que os sea útil. Si los consejos que encierra pueden hacer que nazcan en vuestros corazones los principios de virtud, i prepararos una existencia feliz, mis afanes habrán recibido la mas agradable recompensa.

LA VIEJA DE LA CAPILLA

Mui cerca de Versalles, en el paraje en que la montaña de Picardía se hace menos rápida, habia antes de la revolución de Francia, una pequeña capilla de la Virjen, al cuidado de una vieja encargada de adornarla con flores i de encender los cirios, los cuales vendía también á las jóvenes piadosas que acudían á invocar el apoyo de su protectora, i recibia las limosnas en un pequeño vaso de lata que presentaba á los pasajeros. Muchas veces yo misma en mi feliz juventud puse algunas monedas en dicho vaso. Mi aya me hacia acompañar la limosna con una buena reverencia, porque mi madre le habia encargado mucho, no solo que me hiciese dar limosna á los pobres, sino que me acostumbrase á reverenciar á los ancianos.

Mi abuela pasaba el verano en su casa de campo de Ville-d'Avray, i nuestros paseos siempre iban á parar á la capilla de la Virjen, cuya vieja muchas veces me daba rosas i claveles á que era yo mui aficionada.

Un dia no la hallé en su puesto, la creí muerta, i las lágrimas asomaron á mis ojos. Pregunté por ella á la mujer que la habia reemplazado, i me respondio: «No lloreis por la madre Fremont, hermosa señorita; vaya! ella es mui feliz, i se ha marchado de aquí en elegante coche.....Pero es una historia tan larga, que no sabria contárosla. Mirad, dijo á mi aya, el señor cura va seguramente á casa de vuestros padres: él la sabe mui bien. Decidle que os la cuente.

De vuelta á casa, hallé al señor cura á punto de hacer su partida con mi abuela, pues ya estaba desenvolviendo la baraja. Conocia

yo cuán complaciente era conmigo, i así le rogué, lo mismo que á mi abuela, que dejasen el juego para el otro dia, i que nos contase la historia de la vieja que habíamos echado menos en la capilla, i que, según decian, se habia marchado en un elegante coche.

—Con mucho gusto, me respondió el cura, pero id por vuestras hermanitas, i si madama lo permite, añadió dirijiéndose á mi abuela, haced que entren en el salón vuestra aya, la cocinera, i las dos hijas del jardinero, pues son parroquianas mias lo mismo que vos, i deseo que oigan la narración de una historia que puede serles útil.

A tan laudable deseo, siguió la orden de mi abuela que obedeciese al señor cura, i al instante corrí por toda la casa á reunir aquel pequeño auditorio, que se sentó formando un círculo al rededor del señor cura.

—La madre Fremont, dijo él, vivía hace veinte años en el pueblo de Chenet, junto á Versalles, donde era yo cura entonces. Viuda con dos hijas, gozaba de gran comodidad. Su casa era de las mas lindas del pueblo: un bello corral, seis vacas i muchas aves le daban el aspecto de una chacra. Todas las mañanas hacia vender la leche en Versalles, i su gran ganancia consistia en que la buena madre Fremont no tenia que gastar dinero en la compra de alfalfa, cebada i avena para las aves i gallinas, pues poseia mui cerca del pueblo tres fanegas de escelente tierra.

Aquella buena mujer tenia dos hijas; la una de diez años i la otra de once: eran sumamente bonitas, i es de advertir que la misma madre Fremont, á pesar de su edad avanzada, conservaba aún facciones mui agradables. Conocí, pues, á la buena vieja tan feliz como pudiera desear, i cuando por un resto de amor propio que yo le reprendia con mucha frecuencia, pero que perdonaba á la flaqueza humana, presentaha su vaso de lata diciendo: *Mi buen señor, mi buena señora, yo he gozado mejores dias!*......decia la verdad. Vais á oir cómo le sobrevinieron las desgracias.

Desde muchos años un cuñado de su marido pretendia que tres fanegas de los bienes de la viuda Fremont correspondian á su consorte por derecho de sucesión, fundado en una cláusula del testamento del abuelo que daba marjen á sutilezas, i que mui injustamente hizo perder á la pobre mujer la mitad de su hacienda. Para decidir la cuestión, se siguió un largo pleito, las costas fueron considerables, i el resto de las tierras de la viuda se vendió para pagar las deudas que se habia visto precisada á contraer, con la esperanza de salvar el patrimonio de sus hijas.

Una de las vacas murió, ella vendió las otras, i poco después la casa, que no hubiera podido hacer recobrar, i que cada dia bajaba de

valor. Una casa en el campo i sin tierras vale mui poco, i asi fácilmente entendereis cómo la buena mujer se vió sumida en la miseria. Sus dos hijas venian con frecuencia á mis esplicaciones del catecismo. La desgracia i virtudes de sus padres interesaban á todos los vecinos; yo les dedicaba cuidados especiales, pues su hermosura i su miseria me hacian temer que mas tarde cayesen en los lazos de los corruptores de la juventud. La mayor, á los trece años, hizo su primera comunión. Era morena, de ojos mui negros i tez brillante. La menor era rubia, i de un jénero de belleza distinto del de su hermana, pero que no llamaba menos la atención.

Mas ¡ai! cuánta diferencia habia entre las das niñas por lo tocante á disposiciones del alma i del corazón!

En aquella época tan importante de su primera comunión, estuve muy satisfecho de la mayor; pero la menor, que tenia un año menos, i á la cual creí, sin embargo, deber conceder al mismo tiempo la dicha de aquel gran dia, fué el objeto de una edificación jeneral. Yo habia observado durante mis esplicaciones, que el ruido de que á veces tenia que quejarme, salia del lado en que se colocaba Juanita, la mayor de las dos hermanas, i que Teresa, la menor, se quedaba siempre lejos de su hermana, junto á las niñas mas quietas y devotas.

Supe por informes de toda confianza, que todos los domingos, las dos hermanas, por efecto de la diferencia que habia en sus jenios é inclinaciones, pedian licencia á su madre, la una para ir con algunas compañeras devotas á visitar la capilla de la Virjen de Ville d' Avray, i la otra para ir con sus amigas al baile ó á las fiestas de las aldeas vecinas. La buena madre Fremont no dejaba de reprender á Juanita por su afición á los placeres i por el poco interés que se tomaba en las desgracias de la familia; i le citaba á la hermana como un ejemplo que debia seguir.....A los malos no les gustan las comparaciones en que no llevan ventaja, ni las personas que se les proponen por modelo; i Juanita ya no veía á Teresa sino en los momentos de comer ó de acostarse.

Creció la miseria de la pobre viuda i se vió precisada á desear que sus dos hijas entrasen á servir. Una rica propietaría vecina se encargó de Juanita; i Teresa, conocida ya por su devoción, su dulzura i entendimiento, fué pedida á su madre por una dama mui rica que tenia una quinta magnifica cerca de Versalles, i que quiso á Teresa para aya del fruto que iba á dar á luz.

La señora encargada de Juanita se proponia tratarla como si fuese hija suya, pues no tenia ninguna, i toda su familia se reducia á tres niños; i si Juanita hubiese sido buena, la señora, según me lo aseguró muchas veces, la hubiera casado con el hijo segundo. Mas

Juanita no fué de ninguna utilidad en la quinta, siempre queria ir al baile i á las fiestas; i se juntó con malas personas que la sedujeron i la llevaron á Paris, donde pronto se relacionó con aquellas miserables criaturas que son la vergüenza de su sexo.

Comprometida en cierta aventura escandalosa, fué presa por la policía i encerrada con otras miserables como ella en la casa de corrección de Santa Pelajia.

Pasado algun tiempo, un sacerdote adicto á aquel establecimiento me escribió que una jóven enferma de peligro reclamaba mi asistencia, que hablaba de su pasado bienestar, de sus desgracias i sobre todo de sus faltas; que daba muestras de verdadero arrepentimiento, implorando sin cesar la misericordia de Dios, i pidiendo á su madre cuyo nombre me enviaba.

Creí que mi deber como antiguo pastor de aquella culpable joven, era correr al socorro de su alma atormentada i despedazada por los remordimientos: alquilé un carruaje i decidí á su pobre madre á que me acompañase. Entré el primero solo en aquel asilo de vergüenza, de dolor i de arrepentimiento. Juanita, al verme, prorrumpió en llanto, i me dijo: el sonido de vuestra voz, señor cura, calma todos mis dolores, me restituye á las dias de mi inocencia, i me hace ver de nuevo el cielo al cual no osaba alzar los ojos......

Oí sus confesiones; le anuncié aquella misericordia divina que perdona al verdadero arrepentido, i en seguida hice que entrara su madre desconsolada. Juanita estaba en sus últimos momentos, habia reunido todas sus fuerzas para confesarse; vió á su madre, hizo un último esfuerzo para arrojarse á su cuello, i espiró en sus brazos esclamando: ¡Madre mia! ¡Madre mia!......

Os ha enternecido, señoras, nos dijo el cura, la narración de tan pronto i terrible castigo del cielo, que no perdona los vicios sino en el punto de un arrepentimiento muchas veces tardío. Voi á consolaros contándoos los felices acontecimientos que recompensaron la virtud de la joven Teresa.

Esta amable niña, sumisa, solícita i cuidadosa, mereció el aprecio de sus patrones. Habíanla llevado consigo á Santo Domingo, donde tenian ricas posesiones. Encargada del cuidado de los niños, mientras se ocupaba en darles la primera instrucción que podia, aumentó la suya i se perfeccionó en la escritura i el cálculo, estudió su lengua en los libros que le proporcionaba su buena señora, i se hizo una persona querida i estimada de todos.

El administrador de aquel establecimiento habia reunido algunos capitales, i queria retirarse, dejando en su lugar á su hijo único

que habia hecho educar en Francia. Pidió á los patrones que aprobasen el casamiento de su hijo con Teresa, i no solo consintieron, sino pue quisieron dotarla.

El joven administrador, lleno de actividad i mui intelijente en las plantaciones del país, logró la confianza de un propietario cuyas posesiones lindaban con las de sus patrones, i gobernó mas de mil esclavos negros. Estimulado por el afecto que profesaba á su querida Teresa, aspiraba á una gran fortuna que pudiese hacerla completamente feliz, y lo consiguió: diez años despues de su matrimonio, heredó de su padre, compró mas tierras, i en la actualidad se halla poseyendo una hermosa hacienda.

Por mas bienes que se disfruten lejos de la patria, no deja de pensarse en ella; i una hija virtuosa no siente los goces de su fortuna mientras sabe que su madre está en la miseria.

Así es que la buena Teresa no pensaba sino en su querida patria, i en su desgraciada madre. Ya le habia enviado dinero, aumentando las remesas á proporción que crecia su fortuna; pero la larga guerra entre Inglaterra i Francia impedia toda comunicación con las colonías, ninguna de las cantidades remitidas llegó á manos de la viuda Fremont, i Teresa no rebibió de ésta contestación alguna. La buena hija esperaba la paz con la impaciencia de un corazón que funda en ella sus mas gratas esperanzas.

En este intermedio, la viuda Fremont, imposibilitada ya para trabajar, habia venido á pedirme la plaza de guardiana de la capilla de la Virjen, que estaba vacante por muerte de la antecesora.

Nunca las mayores riquezas de la tierra han podido causar á los ambiciosos una alegría semejante á la que sintió la buena vieja cuando le concedi el triste privilejio de vivir de la piadosa caridad de los fieles en este asilo, objeto de la veneración de su amada Teresa.— Señor cura, me decía, ved ahí el escalón de piedra en que se arrodillaba mi anjel, mi Teresa; ved allá los jarros que guarnecia de rosas. ¡Cuántas velas ha hecho arder en este candelero! Yo la estoi viendo aquí, me parece que la oigo, se me figura que respiro su aliento. Si vive, aquí es donde pediré al cielo que derrame sobre esa piadosa hija todo el bien que ella merece; i si ya no existe, rogaré á Dios para que su alma goce de las recompensas celestiales.

Seis años hacia que la madre Fremont cuidaba de la capilla, cuando la paz dió ocasión á Teresa para venir á Francia é informarse por sí misma de la situación de su madre.

Dirijióse al pueblo de Chenet con sus dos hijas, que queria poner en un colejio de Paris, i allí supo las desgracias de su madre i el lugar donde debia hallarla. Sin detenerse, volvió á subir al carrua-

je, i corrió a la capilla de la Virjen. La buena Fremont viendo parar un coche, se adelanta con el vaso de lata en la mano para recojer algunas monedas de limosna, cuando un criado negro que iba á la trasera del carruaje fué vivamente llamado desde el interior por una voz que sonó en el corazón de la pobre limosnera.

Luego vió abrirse la portezuela i arrojarse á sus piés una dama i dos señoritas, gritando á un tiempo: ¡Madre mia! . . . . . .Madre mia! . . . . .Abuela mia! . . . . .Esta sorpresa podria haber sido demasiado fuerte para la buena vieja; pero los golpes de alegría rara vez son funestos.

Cosa de media hora pasó entre abrazos mezclados con dulces lágrimas de placer i espresiones del sentimiento que causaba á Teresa el estado en que se hallaba su madre, i la deplorable suerte de Juanita. Finalmente, Teresa, tomando de la mano á sus dos hijas, fué á postrarse con ellas delante del altar que tantas veces había adornado con flores i dió gracias de todo corazón á la Virjen protectora, implorándola para sus hijas.

A tan interesante espectáculo se habia agolpado la jente. Teresa encargó el vaso de lata á una pobre mujer que solia acompañar á la viuda Fremont, i después, ayudada por su criado, colocó á la madre en el carruaje i mandó al cochero que tomase el camino de la parroquia. Allí me ha hecho depositario de una obligación de quinientos francos de renta para la conservación de la Virjen, i me ha rogado que concediese la plaza de su madre á la vieja que le ayudaba á consolarse allí de sus desgracias; es la misma que os ha hecho saber la marcha de la buena Frèmont. Ya tenia intención de contaros este interesante suceso, añadió el señor párroco, porque la historia de dos hermanas igualmente dedicadas á servir, i de las cuales la una halló en aquel estado suerte tan feliz, i la otra un fin tan deplorable, debe ser una provechosa i eficaz lección de moral para todas las personas de vuestra casa que se hallan aquí reunidas.

XLII.

Cuadro de una familia del pueblo.

Lo que se halla mas á menudo en París, cuando uno quiere tomarse la molestia de visitar los arrabales i entrar en la morada de las jentes del pueblo es una familia como la que voi á presentar en el siguiente cuadro.

Una mujer que frisa apenas en los treinta años de edad, habita en el arrabal de Saint-Antoine, la buhardilla mas pobre de una modesta casa.

Esta mujer es viuda hace tres años de un honrado ebanista, que no le dejó mas bienes que tres hijos de corta edad. No tardó en tener que ganar para el alimento i educación de sus cuatro hijos.

Los de París se casan sin poseer mas fortuna que sns brazos i su salud. Regularmente ejerce también la mujer algun oficio ó profesión. Cada uno trabaja por su lado, i creen que ganarán siempre lo que les basta para ser felices; tanto más cuanto que siempre se casan por amor i no por miras de interés. Esta clase de matrimonios ya no suelen efectuarse mas que entre las clases proletarias. Pero lo que mas pronto resulta de estos lazos, son los hijos.

Esto cabalmente habia ocurrido en el matrimonio del ebanista. Siete años solamente habíanse deslizado, después de haberse unido á la mujer de su elección, i esta le habia dado ya tres prendas de su amor, i llevaba otra en su seno, sin que esto le produjese el menor disgusto; mui al contrario, haciales enteramente dichosos, porque el marido sabia proporcionarse trabajo, i la mujer, sin desa tender los quehaceres domésticos, hallaba también largos ratos en que poder dedicarse á ciertas labores cuyo producto le permitia mejorar la suerte de sus criaturas, que crecian llenas de alegría i robustez. ¡Cosa extraña! Los hijos del pueblo ostentan en su infancia hermosas mejillas sonrosadas i rebosando frescura, miéntras con sobrada frecuencia, cuesta mil penalidades i cuidados hacer vivir al que nace rico!

A fin de que nuestro ebanista pudiera hallar en el fruto de su trabajo medios suficientes para mantener á su familia, era preciso que se privase de cuantos inocentes solaces i diversiones podian disminuir sus escasas ganancias. Esto hacia, i no por ello era menos dichoso; i aún es de presumir que lo seria más que si se hubiera abandonado á la holgazaneria i á los vicios; pues tanto en el pueblo como en las altas clases de la sociedad, hai almas puras que saben apreciar los goces que no dejan tras sí vergonzosas huellas de disgusto, de deshonor i de remordimientos.

Desgraciadamente la buena conducta, la probidad, el amor al trabajo, no siempre ponen al abrigo de los rigores de la desgracia. Si asi fuera, probablemente se conducirian bien todos los hombres i no habria mérito en ser virtuosos.

El honrado ebanista, atacado de una grave enfermedad, producida por el exceso del trabajo, murió pocos dias antes que su esposa diese á luz su cuarto hijo.

Esta desdichada perdió un esposo á quien adoraba, i quedó sin recurso alguno para mantener á sus cuatro hijos de los cuales el mayor solo tenia siete años.

Para muchas mujeres hubiera sido este infortunio un motivo de desesperación, de desaliento, de ese desaliento que conduce á funestas i criminales consecuencias; pero la viuda del ebanista miró á sus hijos, de quienes era el único amparo i comprendió toda la extensión de los deberes de una madre. Recobró fuerza de alma, ahogó su dolor, reprimió su llanto, i llenó su fantasía de un solo pensamiento: procurarse el trabajo suficiente para ganar el pan de su familia. Este era, en su concepto, el mejor modo de honrar la memoria de su marido.

Hai en el pueblo, en ese pueblo tan calumniado por algunos imbéciles ó malévolos, almas nobles i fuertes, á quienes las penas, las privaciones, el trabajo mas rudo no son capaces de amilanar, i que aceptan sin quejarse, todas las miserias que el cielo les envia, como si merecieran toda la crueldad del infortunio.

Un valor heróico suele coronar siempre con el buen éxito sus empresas. A fuerza de trabajo la pobre viuda logra su objeto. Madruga al nacer el dia, trabaja hasta las altas horas de la noche, junto á una lámpara denegrida por el humo, que apenas alumbra sus labores. Constantemente sentada junto á una ventanilla, su ájil mano mueve la aguja con sorprendente lijereza. Ha llegado á adquirir la habilidad de coser más i mejor que dos diestras costureras i asi es que nada les falta á sus hijos. A fuerza de trabajo, repito, de orden, de cuidados, de economía, encuentra recursos para dar al interior de su humilde morada, un aspecto de limpieza i arreglo que se parece mucho á la comodidad.

Para esta mujer, para esta digna madre, no hai fiestas, no hai paseos, no hai domingos, no hai descanso i con todo, ni una leve queja sale de sus labios.

Después de tres años de la muerte de su esposo, vuelve la sonrisa á sus labios cada vez que contempla á sus hijos, i aun siente que es dichosa en la tierra.

La familia se compone de tres niñas i un niño. Este es el mas joven. La hija mayor acércase á los diez años, i quiere ya trabajar i se felicita de poder en breve ayudar á su madre.

En las casas de los pobres es un placer para los hijos, una dicha ayudar i consolar con el trabajo á sus padres.

Es una gloria, es un honor, al cual se aspira con ahinco, así como en las clases ricas de la sociedad aspiran los mozalbetes al placer de brillar en los paseos sobre un soberbio alazán i las niñas desean el momento de casarse.

En casa de la viuda del ebanista, los hijos no tienen mas pensamiento que el de amar á su madre, i quisieran hallarse ya en estado

de probarle su amor. Entrad en casa de esta laboriosa mujer i contemplad el cuadro que se presenta á vuestros ojos.—A un es joven i bella esa mujer, que pasa su vida trabajando sin cesar; pero ya no se acuerda de ello, i ha olvidado enteramente que puede aún agradar. Sin embargo, algunos hombres han querido hacérselo comprender; pero no les ha escuchado, ó enseñándoles á sus hijos, les ha dicho: «Ahí teneis los únicos objetos á quienes debo amar.»

Otros sin asustarse de la numerosa familia, le han ofrecido la mano de esposos, y la viuda les ha contestado:—«No, que si tuviese mas hijos, usurparían parte de la terneza que debo únicamente consagrar á los de mi difunto esposo.»

Tal es la mujer que habilita una buhardilla del arrebal de Saint—Antoine. Trabaja sin cesar; pero también canta para divertir á sus hijos.

La niña mayor, á quien ha enseñado ella misma á leer, da lección de lectura á su hermanita de siete años de edad; la otra que apenas ha cumplido los cinco, escucha la lección por ver de conservar algo de ella en la memoria, i el niño mas pequeño, que solo tiene tres años, salta al rededor de sus hermanas, diciendo que quisiera ser grande i trabajar mucho para comprar cosas bonitas á su mamá.

Y no se crea que este asilo aunque modesto, anuncie miseria; no, todo respira aseo i está en el mayor orden, sin que se note una sola mancha, una sola rotura en los efectos que sucesivamente se limpian i remiendan, con cuidado i habilidad.

El domingo se levanta la viuda mas temprano, para lavar i á planchar los vestiditos de su tierna familia, á quien lleva á paseo, i la madre se goza i se cree la mas feliz de las mujeres cuando los transeuntes elojian la hermosura de aquellos inocentes i tiernos hijos, la limpieza i hasta elegancia de sus vestidos. La buena madre tiene orgullo, en que sus hijos no inspiren compasión; i atribuyendo su dicha á la Providencia les lleva á la iglesia de *Notre-Dame*, á cumplir con los deberes de la relijión i dar gracias á la inmaculada Virjen, por las mercedes que recibe de su infinita misericordia. Cuando llega la hora de la comida, la viuda da á cada uno de sus hijos su pequeña ración de pan, suficiente; pero justa i de ninguna manera sobrante. Apesar de esto, si algún pobre llama á la puerta de la viuda i mendiga el socorro, que no siempre dan los ricos, jamás se le desatiende i acercándose la madre á sus hijos, les dice:

«Hijos mios, ese pobre está mas necesitado que nosotros, pues le falta el pan necesario para vivir. Démosle entre todos un poquito, esta será una pequeña privación para nosotros, i para él una limosna

que talvez le salvará la vida. Al oir esto se apresuran aquellos ánjeles á presentar á su madre el pan que cada uno acaba de recibir i iba á saborear con hambre. La viuda quita un pedacito de cada porción i mas de la misad de la suya i la entrega al que há implorado su caridad.

Lejos de quejarse, los hijos se sonrien mirando á la madre.

Hubieras podido darle más del mio,—dice la niña mayor.

Yo no tengo hambre hoi,—añade la otra.

Hasta el niño menor exclama:

¿Porqué no le dabas todo mi pan? Yo no soi glotón. . . . .

¿Verdad que no, mamá? Cuando sea grande yo comeré más.

La viuda abraza á sus hijos, y en medio de su trabajo i de su escasez, no trocaria su felicidad con la mas rica señora de la alta aristocracia.

XLIII

Abnegación de las mujeres de Francia en 1793.

La Francia, esa nación tan adelantada de Europa, pasó á fines del siglo pasado por la mas terrible de las revoluciones políticas, de que haga mención la historia de los tiempos modernos.

El partido que se enseñoreaba del poder, había declarado guerra de esterminio á sus adversarios, i multitud de ciudadanos perseguídos por sus opiniones, declarados *fuera de la lei* i puestas á precío sus cabezas, no encontraban donde ocultarse, pues serían consideradas como sus cómplices, las personas que respetando su desgracia, i llenando los deberes que impone la caridad cristiana, les ofreciesen un asilo.—Entonces se vió á muchas mujeres de ánimo levantado i noble corazón, arrostrar el peligro i la rabia de los verdugos, dando pruebas de una sublime abnegación en favor de los oprimidos.—He aquí algunos de los hechos mas notables de esa época.

I.

En la ciudad de Brest entró un desconocido en casa de Madama Ruvilly, para pedirle un asilo i salvarse de la persecución. Era un anciano de 80 años. Nacida con una alma compasiva ella no se informé de su existencia, ni examinó el peligro que le traía consigo; era desgraciado i esto era suficiente. Se apresuró á ocultarlo, prodigándole los mas solícitos cuidados. Dos dias despues de esto, el anciano se despide para salir. Madama de Ruvilly que habia tenido la delicadeza de no interrogarlo, le manifestó su sorpresa. El

anciano le declara entonces que es sacerdote, i que entregado por este solo nombre á la persecución, teme que su permanencia allí la atraiga tambien sobre ella.

—Permitid, prosiguió el viejo sacerdote, que, alejándome de vos, os libre del peligro de haberme recojido, i me ahorre á mí mismo el pesar de arrastraros en mi ruina.

—Pero, ¿adónde, á qué lugar os retirareis? le dijo madama Ruvilly.

—Dios proveerá.

—¡Qué! esclamó ella ¿no teneis asilo i quereis que os deje partir? ¡No! Mientras mas expuesto os veais, mas me interesa vuestra suerte. Esperad, por favor, esperad en esta casa un momento mas tranquilo.

El anciano rehusó, i á pesar de la más viva resistancia, ella salió vencedora en este combate de jenerosidad.

Madama Desmarets, hermana de Madama Ruvilly, se encontraba entonces en casa de esta última, i fué testigo de esa escena conmovedora i guardó secreto. Pero los tiranos tienen siempre los ojos abiertos, i pronto sorprendieron las huellas de esta acción jenerosa. Modama Ruvilly se glorió ante sus jueces del bién que habia hecho, i solo se aflijió al ver á su hermrna condenada también por no haberla denunciado. Estas dos mujeres sufrieron la pena, orgullosas de ser castigadas por haber ejecutado una buena acción.

II

Imposible era decirlo todo dentro de los limites que nos habiamos impuesto. A lo ménos hemos tratado de reunir en un solo grupo todo lo esencial, aquello cuya naturaleza obliga á apreciar el alto valor moral i las prodijiosas facultades de las mujeres.

Sabemos ya cuan peligroso era en esa época ocultar á un condenado. La muerte era la recompensa prometida á tan buena acción.

Cuando cayeron los jirondinos (a), Gaudet encontró un asilo en casa de una de sus parientas, madama Bouquet, i llevó consigo á su

---

(a) *La Gironda,* célebre partido de la revolución francesa, que quería dar á la República organización federativa. Los Girondinos desempeñaron un papel importante en la *Asamblea Lejislativa* y en la *Convención.* Habiéndose opuesto á la centralización exesiva de la Convención, y al despotismo de Paris sobre los departamentos, fueron acusados como conspiradores contra la República; Robespierre hizo que los arrestaran: 22 de ellos subieron las gradas del cadalso (31 de Octubre de 1793), i los demás sufrieron una activa persecución, muriendo muchos de hambre ó guillotinados; algunos lograron salvar la vida ocultándose ó emigrando.

amigo Salles. Otros tres amigos de Gaudet descubrieron este retiro i se dirijieron á aquella jenerosa mujer para pedirle un asilo.

—Que vengan todos, respondio madama Bouquet.

Mas tarde Buzot i Petión perseguidos, acosados como bestias feroces, se refujiaron en esa casa hospitalaria. Cuando los infelices proscritos manifestaban á la jenerosa mujer el peligro que corria— «No he vivido lo bastante, les respondia, puesto que os he salvado? La felicidad de consolar i ser útil á los desgraciados, ¿no es bastante grande para ser indiferente á los peligros que puedan seguirse? Y la muerte no es la cosa mas dulce i mas digna de envidia, cuando se ha hecho todo el bien posible?»

El peligro entretanto se hacia inminente. Un antiguo amigo de Gaudet i pariente también de Madama de Bouquet, supo lo que pasaba en su casa, i usó de todos los medios posibles para determinarla á buscar otro asilo para sus huéspedes, i unas veces se valia para conseguirlo de las amenazas i otras de las súplicas. Temiendo por ellos mas que por sí misma, madama Bouquet los hizo evadir. Algunas de estas circunstancias se divulgaron i madama Bouquet fué aprisionada, lo mismo que la familia de Gaudet. Conducida al *Tribunal revolucionario* ella no pudo contener su indignación.

—«Monstruos, esclamó, tigres sedientos de sangre; sí, si la humanidad, si el grito de la naturaleza, si los lazos de familia son un crímen, todos merecemos la muerte!» Cuando se pronunció su sentencia de muerte, madama Bouquet se lanzó hacia el Presidente; pero resistió á este movimiento de cólera, i tranquila ya, subió al cadalso prodigando sus consuelos al padre de Gaudet.

III

No fué aquella jenerosa mujer la única que pagó con su cabeza el cumplimiento de su deber i otras muchas subieron al cadalso por haber rehusado entregar ó denunciar á un proscrito.

Rabaud de Saint-Etienne, puesto fuera de la lei despues del 13 de Mayo, vagaba de asilo en asilo, temiendo siempre el momento de caer en manos de sus enemigos. Una noble mujer, madama Paissac, advertida del peligro que corria este hombre i sin atender á otra cosa que á la voz de su corazón, fué á buscarlo i le propuso que le ocultaria en su propia casa. Rabaud rehusó este ofrecimionto, pero ella insistió de tal manera que el lnfeliz proscrito tuvo que acceder. Informado poco despues el Tribunal del paradero de Rabaud, hizo prender á la victima que había señalado, i sin conmoverse por el sacrificio jeneroso de Madama Puissac, envió á Rabaud su plicio acompañado de su bienhechora.

IV.

Seria imposible nombrarlas á todas; ved no obstante una bella espresión de una amiga en cuya casa habia encontrsdo Condorcet un refugio. El filosófo queria huir con pretexto de que estando fuera de la lei i ocultándose en su casa, ella se exponia al mas terrible castigo.

«Qué, le contestó, i por que vos estais fuera de la lei, he de estar yo fuera de la humanidad?»

Por desgracia Condorcet no quiso convencerse; huyó, i algunos dias despues se encontró su cadáver en los alrededores de Paris. Privado de todo recurso, perseguido como una fiera, cansado i disgustado de la vida, Condorcet mismo habia puesto fin á sus dias.

V

Ah! que los que juzgan tan ligeramente de esta grande i sombria época, piensen en el inmenso peligro que amenazaba á la Francia, y del cual era preciso salvarla á cualquier precio.

La Europa entera estaba coligada contra ella i en las filas de los ejércitos enemigos, que amenazaban sus fronteras, se encontraban franceses emigrados, que todos tenian crueles ofensas que vengar. No habia, pues, que esperar compasión.

Sitiada por fuerzas superiores la ciudad de Verdun se habia visto obligada á rendirse. El jeneral enemigo celebró una fiesta para humillar á los vencidos, i quiso que todas las jóvenes de la ciudad asistiesen á ella. No era posible desobedecer las órdenes del vencedor. Los habitantes cediaron, pues, i todos llevaron á sus hijas á esta fiesta lúgubre. Poco tiempo despuès, las tropas republicanas volvieron á apoderarse de Verdun, i el tribunal condenó á muerte á todas las jóvenes que habian asistido al baile.

Vestidas de blanco, coronadas de flores, marcharon juntas á la muerte: ni una sola se mostró acobardada.

VI.

Pocos dias antes de subir al cadalso madama Laviolette de Journay, se hizo retratar con la mano apoyada en una calavera, i envió este retrato á su marido.—«La fuente de mis lágrimas se ha secado, le escribía; una sola no se me ha escapado desde anoche. La mas sensible de las mujeres, no es suceptible dsningun sentimiento; los afectos que hacian la felicidad de mi vida, han perdido toda su fuerza; nada echo de menos, me siento superior á los males que me rodean i que me abruman, i veo con indiferencia el momento de mi muerte.»

VII.

La mujer de un jeneral La Vendée, madama Lepinay, fué hecha prisionera por un destacamento de tropas republicanas. Una muchacha, criada suya estaba presa com ella en Nántes. Un dia se abrió la puerta i entraron unos soldados que buscaban á la víctima. Pronunciaron el nombre de Madama Lepinay; pero ella no responde, porque está dormida.

El carcelero llama por segunda vez. Creyendo poder salvar á su Señora, la jenerosa joven se presenta en lugar de su ama i se sacrifica pereciendo en el Loira.

VIII.

Frente á las rejas del Luxemburgo está sentada una mujer; la lluvia la inunda, el viento azota sus cabellos; ella está insensible, espera.—Cada vez que se abre la puerta, busca con la vista, despues vuelve á caer en su atonia. Al fin sale un hombre; corre hacia él i le suplica:—«Mi marido está preso i quiero estar con él.—Pero i quién eres?—La mujer del mariscal Monchy.—Vencido por la súplica de la señora, aquel hombre la hizo entrar á la prisión. Algunos momentos después el verdugo contaba en la carreta una víctima mas.

—Vos no estais en la lista, le dijo.

—Mi marido está condenado, luego yo también lo estoi.

En la primera grada de la guillotina, el mariscal resbaló con la sangre i el verdugo hizo un ademán para sostenerlo.

—Dejadme, le dijo, á los 20 años subi al asalto por mi rei; á los 80 sabré subir por mi Dios!

—Viva el rei! gritó la mariscala; que Dios proteja á la Francia!

Pocos segundos después, ya estaba muerta (1).

FIN, DE LA PRIMERA PARTE.

---

(1) Véase el libro de Mr. L. Jourdan, titulado: «*Las mujeres al pié del cadalso,*" del cual hemos traducido libremente i estractado este capítulo.

SEGUNDA PARTE

MUJERES CÉLEBRES DE SUD-AMÉRICA

I.

Antonia Santos.

Esta mártir de la libertad de su patria, nació en Charalá (Nueva Granada)(1), en 1782; pero hacia algún tiempo que residia en la ciudad del Socorro. Admiradora de las grandes acciones, teniendo por lectura favorita las obras de Plutarco (a); compatriota de Galàn, el primer mártir de la patria, Antonia Santos desde sus primeros años, consagró una especie de culto á los mártires granadinos, i se propuso imitarlos. La época la favoreció en su empresa. Corrian entonces aquellos dias gloriosos i terribles en que peleaba sola la América Española contra los representantes de Fernando VII; en que se luchaba con valor i se moría con dignidad; en que Policarpa Salabarrieta ó la Pola, Cáldas, Lozano i otros muchos, habían sabido sellar sus creencias con el martirio. Mientras que Morillo se hallaba en Venezuela i los habitantes de esa República peleaban como libres, se formó en los pueblos de Charalá i Coromoro una guerrilla de patriotas que, junto con las que existian en Casanare, eran las únicas fuerzas de Nueva Granada que, en 1817, sostenian la causa de la independencia. Estas guerrillas imponían serios temores á las autoridades españolas. Antonia Sàntos era el anjel protector de aquellos valientes granadinos; vendió la mayor parte de sus joyas, sacrificó su caudal, reunió armas, municiones i víveres, i en fin, auxilió de todos modos á los independientes. Con frecuencia les escribia, dándoles noticias de los sucesos notables, i escitándoles á que continuasen peleando. Tal era Antonia Santos.

Por desgracia, uno de sus amigos, á quien estimaba mucho i que estaba al corriente de los planes de Antonía, abusó con infamia de la confianza que en él se habia depositado, comunicándolos al gobernador

---

(1) Hoi República de Colombia.
(a) *Vidas paralelas de los varones ilustres de Grecia i Roma,—Tratados de moral.*--La lectura de las *vidas de Plutarco,* es la mas conveniente para templar el carácter de la juventud.

don Antonio Forninaya, que á la sazón gobernaba la ciudad del Socorro. Enfurecido el gobernador mandó aprehenderla.

Conducida á su presencia é interrogada por él, la señora Santos no solo no negó que prestaba auxilios á los patriotas, sino que tambión rehusó nombrar á las personas que auxiliaban las guerrillas i los individuos que las componian, i hacer promesa de dejar de auxiliarlas. Exasperado Forminaya al ver la inutilidad de sus amenazas, ordenó á su secretario qne la hiciese poner en capilla. Al salir del despacho Doña Antonia se detuvo:

—«Señor Gobernador, dijo, no olvide U. mis palabras: su poder concluirá pronto; la sangre derramada clama al cielo. Yo moriré, pero mi sacrificio servirá para producir la caida de la tirania en estas provincias.» Dichas estas palabras salió de la sala tranquilamente.

El funcionario español cayó sobre una silla, asnstado de oir estas proféticas palabras. *Valerosa mujer,* dijo, *será triste que muera. Procvraremos hacer que denuncie á sus cómplices i se salve.*

Doña Antonia fué puesta en capilla. Pocos momentos después el Secretario de Forminaya apareció en ella i de parte de este le ofreció dejarla libre i restituirle sus propiedades, que habian sido confiscadas, si consentia en dar una lista de las personas que prestaban auxilio á la guerrilla de Charalá. La Señora Santos pidió término de dos horas para contestar, inter tanto suplico se hiciese venir á su prisión á su confesor. Una hora después entraba al calabozo el Señor Doctor Torres, sacerdote respetable i virtuoso, i á quien la Señora Santos instruyó de su situación, consultándole si rehusando la propuesta del Gobernador i dejándose matar cometeria un suicidio. La opinión del sabio eclesiástico fué la que debia ser, asegurándole que muriendo por salvar la vida de sus compatriotas, á quienes se le pedia denunciar i á los que Forminaya haria morir indudablemente, no solo no se suicidaba, sino que su muerte era la de un mártir, siendo su accion noble, jenerosa i santa.

El Sacerdote salió, debiendo volver en la tarde á prestar á la condenada los últimos auxilios de la relijión. Una hora despues entró el Secretario.

¿Qué ha resuelto U., Señora? dijo.

—Morir, contestó Doña Antonia.

—¡De veras!

—Si: diga U. al gobernador que se engaña tristemente, si piensa que yo puedo cometer una infamia tan grande como la que me propone. Dígale U. que, aunque mujer i débil, no tengo temor

alguno i no vaciló entre la muerte i la deshonra. Dígale U. que puede ordenar se prepare todo para mi suplicio.

El Secretario, asombrado, salió de la capilla.

Después de haber abrazado á sus criadas por la última vez, hecho sus últimas disposiciones i recibido los auxilios que presta la relijión en estos casos, Doña Antonia se creyó dispuesta para entregar su alma á Dios.

A las 8 de la mañana del dia siguiente, fué conducida á la plaza pública, donde se alzaba el banquillo.

Se oyó de pronto un redoble de tambor, i salió la señora Santos de su prisión en medio de muchos soldados. Su confesor la acompañaba, llevando un crucifijo en las manos. Ella vestia un severo traje negro é iba adornada de sus mejores joyas. Un pueblo numeroso la contemplaba con respeto i dolor, todos sufrian, todos lloraban al ver aquella mujer, hermosa i joven aun, morir prematura i horriblemente.

Al salir de la cárcel volvió Doña Antonia su vista hacia la casa de gobierno. El gobernador que estaba en el balcón con sus sicarios, no pudiendo resistir aquella mirada, que parecia perdonarle su crueldad, se entró precipitadamente.

Al llegar al suplicio, suplicó á los hombres que salieran de la plaza, dejando solo á las mujeres. Su deseo fué cumplido. Poco rato después, solo quedaban las mujeres i los verdugos. La Señora Santos repartió sus joyas entre las mujeres que estaban mas próximas. Luego hizo que se retiraran.

Sentóse en seguida en el banquillo, i por una precaución de sublime pudor, se ató un pañuelo junto á los pies, temiendo que en las convulsiones de la agonia el viento levantase su vestido.—Oyóse despues una esplosión terrible, una espesa nube cubrió por breves instantes á la victima i á sus verdugos; i pasado el estruendo, el humo, el terror, vióse únicamente sobre el polvo de la plaza un cuerpo despedazado. El alma de Antonia Santos habia volado al cielo, donde la aguardaban las de Policarpa Salavarrieta i de Madama Rolland!..

Algunos parientes i amigos de Doña Antonia, recojieron su cadaver i lo enterraron en el cementerio de la ciudad.

II.

Policarpa Salavarrieta

La guerra de la independencia americana fué mui fecunda en hechos heróicos de todo jénero, no solo de parte de sus valerosos hijos, sino tambien de sus ilustres matronas.

Entre las granadinas, la sombra de uns victima ilustre sale de la tumba para escitar la admiración de todas las edades: es la de la virtuosa, de la inmortal Policarpa Salavarrieta.

Esta célebre granadina nació en Guaduas (Cundinamarca), en la última década del precedente siglo. En la lucha que sostuvo su patria para hacerse independiente de la metrópoli española, esta heróica mujer se distinguió por sus sentimientos patrióticos, que ni aun á los enemigos ocultaba, i no es estraño que llegase á ser el blanco de la rabia de aquellos desalmados.

En 1818, sorprendida Policarpa por lor realistas en correspondencia con los patriotas, fué condenada á muerte. La historia refiere que cuando esta mujer verdaderamente extraordinaria, caminaba al fatal lugar donde debia ser sacrificada, exhortó al pueblo, que lloraba desconsolado i triste, del modo mas enérjico: «*No lloreis por mí*, les dice,—*llorad por la esclavitud i opresión de nuestros abatidos compatriotas: sirvaos de ejemplo mi destino; levantaos i resistid los ultrajes que sufris con tanta injusticia.*»—Llegada al patibulo, pidió un vaso de agua; pero, observando que era un español quien se lo traía, se negó á admitirlo, diciendo: «*Ni un vaso de agua quiero deber á un enemigo de mi patria*». Un momento antes de darse la señal de la ejecución, se vuelve á sus crueles verdugos, i con espíritu tranquilo, esclamó: «*Asesinos, temblad al coronar vuestro atentado: pronto vendrá quien vengue mi muerte.*»

Tu predicción se cumplió, ilustre granadina.

Por una coincidencia singular, el nombre i apellido de esta esclarecida joven, se prestan á perpetuar la memoria de su heroismo, en este oportuno anagrama:

Policarpa Salavarrieta
Yace por salvar la patria.

A esta heroina se refieren tambien los siguientes versos:

¡Granadinos, la Pola no existe!
Con la patria su muerte llorad,
Por la patria á morir aprendamos
I juremos su muerte vengar.

Por las calles i al pié del suplicio,
¡Asesinos, gritaba, temblad!
Consumad vuestro horrible atentado,
Ya vendrá quien me sepa vengar.

Y volviéndose al pueblo le dice:
«Pueblo ingrato, ya voi á espirar

Por salvar tus sagrados derechos:
¿Tanta infamia podreis tolerar?

Ni el temor, ni halagüeñas promesas,
Un momento me harán vacilar;
Por la patria gustosa yo muero,
¡Oh qué dulce es por ella espirar!

De mil modos sus manos feroces
Supo el cruel implacable manchar
Con la sangre de mil inocentes,
Que á la patria supieron vengar!

III.

Juana Manso de Noronha.

Ninguno es mas acreedor al glorioso título de filántropo, que el que consagra su vida i sus desvelos á la noble tarea de educar á la juventud menesterosa. En la esfera social hai pocos servicios tan importantes, como los que prestan á la humanidad las personas que se dedican á la enseñanza pública, á este apostolado, á este segundo sacerdocio, que exije mas desprendimiento i abnegación que el que ejerce el mismo Ministro de Jesu-Cristo. Educar á la infancia, servir al hombre de guia en sus primeros años i prepararle para el mundo, es la obra mas santa i meritoria, es la misión mas sublime, es la mayor prueba que se puede dar de caridad, de virtud, de amor á la humanidad, en fin.

Vamos á decir dos palabras respecto de una Señora Argentina, que con mucha justicia merece el nombre de caritativa i de filántropa.—Doña Juana Manso se consagró por muchos años á la educación del bello sexo, i ejerció su noble apostolado con fe i constancia inquebrantables en Buenos Aires, Montevideo i Rio Janeiro.—Después de la batalla de Pavon (17 de Setiembre de 1861), que llevó á la Presidencia de la República al General Don Bartolomé Mitre, este majistrado procuró el regreso de la Señora Manso al Rio de la Plata, i desde entonces hasta su muerte acaecida en 1875, la Señora Manso se consagró en Buenos Aires, su ciudad natal, á servir á los intereses de la educación del pueblo, dirijiendo una escuela de niñas, que era una de las mas concurridas de aquella gran capital, pues llegó á tener cerca de 400 alumnas, i redactando al mismo tiempo, por encargo del gobierno general, el periódico «*Anales de la educación común*,» cuya publicación se habia interrumpido por ausencia del

Sr. Sarmiento, su redactor i fundador. Ultimamente fué visitadora de escuelas en la capital i miembro del «Concejo de instruccion pública,» establecido por el gobierno provincial de Buenos Aires. Publicó también un *Compendio de Historia Argentina*, destinado á servir de texto de enseñanza en las escuelas de su patria.

La Señora Manso poseía una instrucción mui variada, que le daba gran facilidad para espresar sus propios pensamientos por la prensa. Poseía el ingles, i gustaba de leer cuanto caía en sus manos, de lo que en los Estados-Unidos de Norte-América se escribia sobre educación. Era una admiradora de aquellos grandes maestros, i por largo tiempo estuvo en comunicación con la viuda del eminente Horacio Mann.

No satisfecha esta distinguida educacionista con ejercer en Buenos Aires, su misión de propaganda, viajó tambien por los pueblos de la campaña, dando lecturas públicas i organizando sociedades para el fomento de las escuelas i bibliotecas populares. ¡Cuánto no ganarían estos países, envueltos á causa de su ignorancia, en la guerra civil unos i en el fanatismo é intolerancia otros, si cada uno de ellos pudiera contar con media docena de señoras como esta!....

Para que el lector pueda apreciar por si mismo, el celo i entusiasmo de esta respetable arjentina, insertamos á continuación la breve pero interesante carta, que escribió al señor Sarmiento en 1866, encontrándose este publicista en Nueva-York. Dice así:

«Buenos Aires, 24 de Diciembre de 1866.—He visto publicada en «*La Tribuna*» su carta á la sociedad rural. He dado una lectura en Quilmes, i propuesto la formación de una sociedad de escuelas, según sus indicaciones. Este otoño me propongo recorrer los pueblos vecinos, *dando lecturas para promover asociaciones*, i cuento inducir á Chivilcoi á invitar á todas las municipalidades de campaña para un *meeting* con el objeto de promover la educación. Si no lo obtengo, le declaro que aun no estoi dispuesta á morirme de despecho como M. Moreno, ni de pesar como Belgrano, ni de reblandecimiento cerebral como Paz.

«Hemos venido al mundo á luchar para vencer i no para dejarnos morir. Asistí el pasado domingo á la reunión extraordinaria de la sociedad auxiliar de bibliotecas. Juzgue U. de los efectos que en los ánimos va á producir el *informe* pasado por el Rector de la Uniuersidad, que verá U. publicado en «*La Nacion Argentina.*» *Requiescat in pace!*

La biblioteca de Chivilcoi se inauguró vigorosa i continúa recibiendo refuerzos de todas partes.—*Juana Manso.*»

Pero no solo revela esta carta la fé, el entusiasmo i ardoroso em-

peño de esta eminente filántropa, sinó también la elevación de sus ideas en materia de bibliotecas populares. Ella conocia los términos poco liberales del informe á que aludia.

Tal ha sido uno de los mas ilustrados i empeñosos colaboradores que ha tenido la República Arjentina para difundir la educación común en su hermoso territorio. Mujeres como esta, qne por desgracia son bien raras en América del Sur, honran altamente á la nación en que aparecen.

La gratitud del pueblo de Buenos Aires ha elevado un mausoleo sobre la tumba de la señora Manso, que es notable como obra de arte.

IV

Maria Sanchez de Mandeville.

De todas las mujeres célebres de Sud-América, cuya vida se bosqueja en este opúsculo, no hai una sola que merezca ser conocida de vosotras como la de la señora Sanchez, que consagró su juventud i su vida toda á las nobles tareas de la caridad, sobresaliendo por sus esfuerzos en favor de la educación del pueblo.

No nos es posible determinar fijamente la época del nacimiento de la señora Sanchez, solo sabemos que nació dotada de una intelijencia superior, cuando la República Arjentina era todavia colonia de los reyes de España, i que, á pesar de que la oscuridad de su siglo aprisionaba su imajinación, ella presintió los grandes destinos de su patria en medio de la esclavitud á que estaba condenada.

La defensa de Buenos Aires en 1806 en que fué invadida por un ejército inglés, que por sorpresa se apoderó de la capital, i que tanto en esta vez como en 1807 en que repitió su intento, fué obligado á rendirse ante el denuedo de los hijos del Plata, este suceso decimos i la revolución de la Independencia, que estalló el 25 de Mayo de 1810, colocaron á la señora Sanchez en el camino que debia ilustrarla ante sus compatriotas.

Ligada por los vínculos de la sangre ó de la amistad á los héroes de la independencia arjentina, no tardó en empaparse en sus doctrinas, asociándose en las mismas aspiraciones por el porvenir de su patria, adquiriendo esa fuerza de voluntad que inspira la conciencia del deber i de la justicia. El alma bien templada de la señora Sanchez llevó mas de una vez una palabra de aliento, de fé i de esperanza á los que jenerosamente echaron sobre sus hombros la responsabilidad de lucha tan jigantesca; lucha que hizo resonar el nombre arjentino de un ángulo á otro de la América, é hizo que el

de sus próceres se inscribiese en las glorias nacionales de todas las Repúblicas del Continente.

Conquistada la libertad del pueblo i la independencia de la Nación, se emprendió la obra de su organización, i como base de ella, se abrió el cimiento de la escuela. El ilustre Don Bernardino Rivadavia, penetrándose de la elevación de miras de la noble joven, la inició en la idea de formar una *Sociedad*, en cuyas manos maternales queria depositar la educación de la mujer, descuidada por el gobierno colonial. Asociada á él i á las damas mas distinguidas de su época, comenzó la fecunda tarea de difundir la enseñanza primaria, de mejorar sus métodos i de fundar escuelas adaptadas á las necesidades de los nuevos tiempos.—A esta tarea agregó la Sociedad de Beneficencia, la de dirijir los Hospitales de Mujeres, i fundar Asilos de huérfanos, de expósitos i de dementes.

La señora Sanchez llevó su continjente á todos los lugares en que era reclamado su poderoso auxilio. Ella introdujo en las nuevas escuelas el sistema Lancaster, que era entonces el mas adelantado. Ella fundó tambien las primeras escuelas de niñas en la campaña. Para obtener los libros i útiles de aquel sistema i establecer la primera escuela de párbulos, puso á contribución su bolsillo i el de sus amigos; para realizar lo segundo, emprendió penosos viajes por los intransitables caminos de nuestros campos, llevando con sus hijos los enseres necesarios para los establecimientos que iba á fundar.

¡Sublime ejemplo de caridad i de excelso patriotismo!

Si alguna vez se escribe la historia de nuestras escuelas, será una pájina curiosa i digna de estudio, aquella en que estén consignados los esfuerzos que tuvieron que realizar sus fundadores, para obtener maestros que enseñaran á leer, i los útiles necesarios para conseguir este resultado.

Ninguna contrariedad detuvo á la señora Sanchez de Mandeville, que sacaba fuerzas de esta lucha diaria, para contiuuar su obra. Alentada por la esperanza de alcanzar dias mejores, ella infundía confianza á sus dignas compañeras; empero, un obstáculo vino á interponerse en su camino durante veinte años. Don Juan Manuel Rosas destruyó la obra de Rivadavia, i detuvo el paso de las santas mujeres. Durante esa época de luto é ignominia, la señora Sanchez trabajó en silencio, formando parte de las que supieron guardar intacto el honor del nombre arjentino. El corazón de nuestras matronas fué el arca en que se salvó la dignidad nacional en Buenos Aires: el pecho de los proscritos la conservó sin mengua en las playas del extranjero.

Sin los poetas que dispertaban de tiempo en tiempo al pueblo que dormia entre cadenas, cantando como Jeremías sobre las ruinas de la patria; sin las mujeres que alentaban á sus hijos para el sacrificio, como la madre de los Macabeos á los suyos; sin la lucha del sentimiento de lo noble i de lo bello con lo deforme y lo bárbaro, la tiranía estaria hoi de pié i á nosotros no nos sería dado honrar la memoria de los buenos.

Caído Rosas, la Sociedad de Beneficencia volvió á organzarse i á funcionar como en sus mejores dias. Los veinte años que la tiranía ensangrentó al país, solo habian sido para ella un receso.—Presididas las damas que la compusieron por el espíritu de su fundador, i llevando en su seno algunas de las reliquias de los antiguos tiempos, comenzaron sus trabajos. Nuestra ilustre matrona no abandonó, á pesar de sus años, su puesto de honor.

Los hospitales que aquella ha formado, los asilos que ha erijido i las escuelas que fundó, han contado con el apoyo eficaz de esta señora, que pertenecía al número de aquellos buenos servidores de sus hermanos, que no descansan de sus nobles fatigas, sino en el seno helado de la tumba.

Ahora, hé aquí lo que sobre el trato privado de esta benemérita Señora escriba á su muerte un admirador de sus virtudes:

«El trato familiar de la señora Mandeville, su conversación espiritual, variada é instructiva, revelaban la juventud i el frescor de sus ideas, el comercio con los libros i la aspiración estraña en la ancianidad de continuar desarrollando sus fuerzas intelectuales, á pesar de los años i de la vida fatigosa que soportaba.

«Si alguna persona de su época tenia derecho en nuestro país, á manifestarse orgullosa por haber sido honrada con la amistad de todos los hombres de letras, era la señora Mandeville, cuya casa fué el centro de la sociedad más culta é ilustrada.

«El reloj que ha marcado desde la chimenea de su alcoba la hora de su muerte, ha señalado muchas veces á los jueces, á los Diputados, á los Presidentes, la hora de sus tareas, olvidada por la sabrosa plática sostenida con aquella excelente mujer que les hablaba de la patria con la voz entusiasta de los tiempos pasados, de los dias magnos en que el corazón de los hombres no abrigaba otra aspiración que la libertad de la República.

«¡Quién no se sentía atraido por aquella que aninaba coe su palabra los sucesos que ella contempló, i que para nosotros pertenecen al dominio de las tradiciones, transformándose á nuestros ojos en una historia viva!

«¡Quién no amaba aquel corazón que se estremecia de placer, ca-

da vez que el bronce de nuestro Cabildo marcaba una hora más para la libertad, cuyo nacimiento anunció con júbilo, llamando al pueblo á los combates!

«Nosotros que respetamos la sabiduria de los viejos, que comprendemos el sacrificio, que amamos la vida que se consume en el altar de la caridad, profesábamos un cariño que rayaba en admiración á esta mujer tan ilustrada, tan útil, tan buena, tan abnegada!

«Hemos pasado á su lado largas horas, contemplando en ella todos los recuerdos de nuestro glorioso pasado; admirando hombres i sucesos que ella nos evocaba en el campo de la memoria, escuchando de sus lábios tradiciones de familia, advertencias i consejos.

«Cuando penetrábamos en su estancia, nos imajinábamos que la historia habia pedido al tiempo i á la muerte la conservación de aquella existencia, para presentarla como el modelo de las almas templadas al calor de los dias antiguos, de los dias de Mayo.»

La señora Sanchez de Mandeville falleció en Buenos Aires el 22 de Octubre de 1868.—Hé aquí las sentidas palabras con que la prensa anunció su muerte, que tan profunda impresión hizo en nuestra sociedad:

«Aquella mujer que se unió con el corazón á todo lo noble que se ha realizado en este pais durante medio siglo, aquella que inspiró aliento á los defensores de Buenos Aires en los años 1806 i 1807. aquella que rindió sus joyas para comprar armas á los soldados de la revolución de Mayo; aquella que compartió con Rivadavia la tarea de fundar la Sociedad de Beneficencia; aquella que estableció en la campaña de Buenos Aires las primeras escuelas; aquella que dividió su vida entre los pobres i los niños; aquella que estuvo asociada al pensamiento de todos nuestros grandes hombres; aquella que nos enaltecía ante el extranjero, que veia en ella la representación de una sociedad i de una tradición; Maria Sanchez de Mandeville, en una palabra, ha entregado á Dios el espiritu que sustentaba su cuerpo, desfallecido por el peso de los años i las fatigas de la caridad!

. . . .

«La primera Escuela Normal de Buenos Aires, fué establecida por ella, que comprendia la necesidad vital de formar el corazón i de instruir la mente del maestro, antes que educar é instruir la mente i el corazón del discipulo.

Como Presidente de la Sociedad de Beneficencia, como Inspectora de los Hospitales de Mujeres, como fundadora de lazaretos, ella ha demostrado en sus últimos años, que aquel espiritu de los dias de la juventud, no había desfallecido en su corazón.

«El ocaso de su vida ha sido tan brillante como su aurora.

«El cuerpo ha caido vencido por la lei de la naturaleza, que señala al hombre su periodo de luchas i de trabajos, que termina fatalmente por el árbol cuando se marchita, por el hombre cuando las fuerzas físicas se agotan.»

....

El Domingo 25 de Octubre, fueron conducidos al cementerio del Norte los restos mortales de la Sra. de Mandeville, acompañados de un lucido cortejo.—La Sociedad de Beneficencia recibió el ataud á las puertas de la Recoleta. Cada una de las damas que componen esta digna asociación, depositó sobre él un ramo de flores. Conducido á la capilla, rezó las preces de la Iglesia el Dr. D. Martin A. Piñero.

Bendita la fosa, el Sr. D. Héctor F. Varela pronunció algunas palabras, en las cuales dibujó á grandes rasgos el tipo moral de la señora de Mandeville, poniendo en relieve sus importantes servicios i la parte que le cupo en las ajitaciones de nuestra vida política.

El señor Don Santiago Estrada, Inspector de Escuelas de Buenos Aires, habló en seguida, de cuyo bello discurso extractamos lo que sigue:

«En torno de este ataud lloran los pobres, lloran los huérfanos, i los enfermos desvalidos!

«Yo voi á presentaros otros seres que también lloran la muerte de nuestra amiga, i á darle en su nombre el adios de la despedida en las puertas del sepulcro.—Hablo de los niños de las escuelas de Buenos Aires; hablo de todos los que trabajaban en nuestro país por la difusión de la enseñanza.

. . . .

«Las escuelas se han enlutado al circular la noticia de su muerte, porque su ausencia las deja en la orfandad.

«Los que siguen la huella de sus pasos, riegan con sus lágrimas la tierra que va á cubrir sus mortales despojos, porque pierden en ella la historia, la tradición i el consejo de la escuela arjentina.

«Yo voi á repetir aquí, lo que tantas veces os dije, querida amiga, en nuestras horas de desfallecimiento: *«Si hay algun triunfo digno de envidia, es el triunfo que vos vais alcanzar en el cielo i en la tierra.»*—Dios os ha llamado á su seno, porque enseñasteis sus caminos á la infancia. Las jeneraciones formadas en la escuela, levantarán vuestro nombre sobre el olvido i la muerte!

«En nombre de los niños de Buenos Aires i del Departamento de Escuelas, pronuncio el último adiós sobre esta tumba, rodeada por la aureola de la caridad!»

A continuación el Sr. D. José Tomás Guido hizo uso de la palabra,

enalteciendo los méritos i virtudes de la Sra. de Mandeville, deplorando el vacio que su pérdida dejaba en nuestra sociedad.

El Sr. D. Juan Tompson, hijo de la Sra. Sanchez, á nombre suyo i de la familia, espresó su reconocimiento por el honor que acababa de recibir, por aquel homenaje de respeto rendido á la que fué á la par de madre tiernísima, una buena arjentina.

Tal fué, queridas niñas, la manifestacion tributada á la memoria de la Sra. Doña Maria Sanchez de Mandeville. ¿No es verdad que es hermoso ejemplo el que presenta esta Señora, que consagró toda su vida á practicar el bién, que bajó al sepulcro dejando una memoria querida i llorada por todos los buenos?—*Hizo i enseñó*, i por esto fué grande, i se hizo amar i admirar de sus compatriotas.

Una de las alumnas de la Escuela Normal que ella fundó, al saber la muerte de su bienhechora, escribió las siguientes palabras que revelan la gratitud del corazón:—«Me he trasladado con el pensamiento junto al lecho de muerte de nuestra buena Inspectora; su semblante estaba tranquilo; parecia que dormia al són de músicas celestiales! Ha sido tan caritativa!. . . . . .Dios ama la caridad. . . .

«Feliz aquel que como ella deja un largo camino sembrado de virtudes, i entre bendiciones i lágrimas de gratitud, se aleja de este mundo, siguiendo el rumbo que le marca la divina antorcha de la fé.»

Inter esto pasaba en Buenos Aires, en un pueblo de la campaña, *El Monte*, tenia lugar una manifestacion tierna i sencilla, pero no menos elocuente. Las preceptoras de la escuela pública de aquel lugar, Doña Carmen i Doña Petrona Almada, apenas supieron el fallecimiento de la señora Sanchez, se propusieron celebrar una misa *de requiem* por el alma de su benefactora. El cura párroco don Pedro Borserio no tardó en asociarse á este piadoso pensamiento. La misa fué humilde i desnuda de ostentación i lujo, pero el modesto catafalco levantado en el templo i las preces que elevaban al Eterno las jentes de aquel pueblo, las Preceptoras i cien alumnos de ambos sexos, por el descanso de la que fué su protectora, su amparo i su consuelo, era un testimonio mui alto del pesar de aquellos seres sensibles i agradecidos.

Rivadavia i doña Maria Sanchez de Mandeville, son dos grandes figuras, á quienes la historia arjentina dará un lugar preferente en sus pájinas.

V. G. A.

A LA MEMORIA DE LA SEÑORA MARIA SANCHEZ DE MANDEVILLE.

Para tu vida de virtud modelo
de mas, Señora, hubiste admiradores,

i hoi te prodigan al sepulcro flores
cuantos deben su bien á tu desvelo.
Inspirarte en lo grande fué tu anhelo,
tus riquezas en armas las trocaste,
ó en la cartilla que á la mano alzaste
del niño, hoi hombre culto por tu celo.
En ti la Independencia Americana
una heroina incontrastable tuvo,
que valiente, leal, culta i humana,
la fé en los hombres que animó mantuvo.
¡Misionera del bien, paz en tu tumba,
que tu nombre en la tierra bien retumba!

Pedro Echagüe.

V.

Paula Jara Quemada de Martinez.

El 19 de marzo de 1818 sucedió en la República de Chile una de esas grandes desgracias que amenazan de tarde en tarde sepultar para siempre á las naciones. Era peor que una derrota, era como el incendio fortuito de un inmenso almacén de pólvora, accidente de que nadie tiene la culpa, i del que, sin embargo, son víctimas poblaciones enteras. Un ejército de mas de ocho mil hombres, en cuyo equipo se habia agotado la fortuna de Chile, mandado por jefes aguerridos i que inspiraban una confianza sin límites, se disipa sin combate i se entrega á la fuga. Los valientes huían mas aprisa que los tímidos, i el desaliento nacional, al ver rotas i desbandadas aquellas lejiones que antes eran sinónimos de victoria, se apodera de todos los corazones.

En menos de veinte horas, el jeneral San Martin habia recorrido, después del desastre de Cancha-Rayada, el espacio que media entre Talca i Paine, en los límites del llano de Maipo en que está situada Santiago. Quedaban en poder de los españoles artillería, tesoro, bagajes, trenes, i mas que todo el prestijio de invencible i la moralidad del ejército patriota. San Martin huía, no ya como un jefe desgraciado, ni como un militar cobarde, sino como un ente ridículo para quien la altanera seguridad de sus primeros pasos se convertia en fanfarronada é ineptitud. ¿Qué iba á responder ante el gobierno de su patria, ante la historia i ante Chile, sobre esta derrota de Cancha-Rayada? ¿En qué venian á terminar la espedición

de los Andes, la reconquista de Chile i las amenazas á los vireyes del Perú?

A la altura de Paine venia el camino del Sur, que conduce á Santiago, lleno de una multitud polvorosa, sedienta i deshecha; San Martin, rodeado de algunos jefes i edecanes, precedia aquel tumulto de caballos jadeando de cansancio i estenuación; pero el San Martin que ahora venia no era el que la población de Santiago habia visto triunfante, erguido i placentero por la victoria de Chacabuco; era un cadáver, un reo, sobre cuya frente se diseñaban los signos de la humillación i de la vergüenza. Un grupo de paisanos obstruia al parecer el camino á cierta distancia, i los veteranos del ejército de los Andes temblaban ahora al divisar grupos de paisanos. El mayor O'Brien, edecán del jeneral fujitivo, fué destacado con algunos soldados para practicar un reconocimiento. San Martin aguardó el resultado en frente de un bodegón, donde algunos soldados asistentes apagaban la sed. Luego volvió el mayor O'Brien seguido de los paisanos, i todos formaron un solo grupo.

La fisonomia de aquel cuadro era en estremo curiosa i significativa. En torno de San Martin veianse coroneles de diversos uniformes, cubiertos sus vestidos i charrateras de un manto de polvo: la sangre de las heridas de algunos, convertida en barro sangriento, daba solemnidad i tristeza al grupo que habian hecho risible jefes sin morriones, i negros del 8 montados en monturas sin estribos i en caballos flacos i estenuados de fatiga. Hácia esta masa inerte por la resistencia que los caballos oponian á toda tentativa de moverse, se avanzaba Doña Paula Jara Quemada, seguida de sus hijos, domésticos, capataces é inquilinos en toda la pintoresca variedad de trajes de los campesinos chilenos. Montaba la señora Jara un hermoso caballo oscuro, que, ajitado por la presencia de tantos otros, caracoleaba con gracia al frente de ellos. Vestida como para una fiesta, acercóse al jeneral San Martin, á quien habia conocido i admirado en dias mas felices; i golpeándole afectuosamente el hombro, le dijo con el acento profundo del corazón: «Hemos sido desgraciados, jeneral; pero aun hai medios de defensa: vamos á triunfar.»

Omitiremos las palabras harto aliñadas que la tradicion ha puesto en la boca de la dama. El sentimiento no es mui cuidadoso del jiro i pulcritud de la frase. Pero Doña Paula Jara hacía caracolear su caballo como una mariposa en torno de una luz: ofrecia á sus hijos, que la seguian, i enseñaba el denso grupo de servidores fieles que solo esperaban órdenes; hablando con calor i derramando de sus ojos negros, torrentes de entusiasmo, moviendo siempre su brioso caballo, ya para saludar á un valiente del ejército de los Andes, que

la máscara de polvo le impedia al principio reconocer; ya para dar órdenes á los suyos á fin de procurar refresco, caballos i carne á los fujitivos; ya, en fin, para reanimar el coraje abatido de todos, con chistes, sonrisas i gracias.

La fascinación ejercida por aquella inesperada aparición de mujer, su entusiasmo, su seguridad en el triunfo final i la abnegación de que daba tan altas muestras, trajeron poco á poco la serenidad á los semblantes, la esperanza al corazón; i, por una de aquellas revoluciones frecuentes en nuestro ánimo, la derrota fué olvidada, disipóse el estupor, i por primera vez, después de veinte horas, rieron hombres que hasta entonces reian en medio de los combates.

La derrota de Cancha-Rayada puede decirse que terminó en Paine. San Martin se detuvo allí durante cuatro horas, los que le seguian se reposaron, i el jeneral en jefe, disipadas las sombrías preocupaciones de su espíritu, dictó desde Paine las primeras órdenes que impartió para la reorganización del ejército. El hijo mayor de Doña Paula Jara recibió allí mismo el título i empleo de capitán, no obstante ser apenas un adolescente; i su madre ayudándole i dirijiéndolo todo, los guasos que le obedecian fueron organizados en escuadrón de milicias, i cuales á recolectar caballos i ganados, cuales á cortar el valle estrecho para impedir las comunicaciones, aquella milicia improvisada hizo durante ocho dias el servicio mas activo, mientras que la hacienda de la Señora se habia convertido en cuartel jeneral, almacén de víveres, hospital para heridos i punto de reunión, desde donde los grupos de dispersos eran remitidos en órden al campamento jeneral, i las armas reunidas en cargas, hasta que avanzando el ejército español, la heroina se replegó sobre Santiago, dejando en Maipo á manos mas fuertes que las suyas, ya que no á mas esforzados corazones, lo gloriosa tarea por ella iniciada de volver la patria á la vida, despues de creérsela muerta i perdida para siempre.

En estos mismos dias i poco antes que Doña Paula se replegase sobre Santiago, tuvo lugar otra escena que revela el temple de alma i el gran corazón de esta mujer extraordinaria. Hallábase sentada en los corredores de las casas de su hacienda, cuando divisa de improviso una partida de soldados españoles que se dirijen hácia ella. La señora patriota reconocida, madre de lindas hijas i propietaria acaudalada, se prepara para recibir á los terribles huéspedes. Era costumbre entonces hacer requisiciones de víveres, de caballos, de forrajes para la tropa, i ni la cantidad ni el título se discutian entre el que la exijía espada en mano i el que la entregaba con la rabia en el corazón.

—Las llaves de la bodega, dijo el oficial por todo saludo al acercarse, i señalando un costado de los edificios.

—¿Necesita Ud. provisiones? Las tendrá Ud. en abundancia.

—Las llaves pido.

—Las llaves no se las entregaré jamás. Nadie sino yo manda en mi casa.

Ciego de cólera, el oficial mandó á su tropa hacer fuego sobre la insolente mujer que pretendia poner coto á su voluntad soberana. Pero la escitación habia sido recíproca; Doña Paula, miéntras la tropa ejecutaba el movimiento precursor de muerte, habia avanzado desde el dintel de la puerta, i casi tocando con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. El oficial, desconsertado i á punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa á su alrededor, i como si hubiese encontrado venganza i castigo sin mancha para él, «incendien la casa» gritó con voz estentórea i ademán que no admitia réplica ni demora. Acertaba á encontrarse cerca del pié de la mujer indignada el tradicional brasero que mantiene el calor del agua para el mate, tan frecuentado entonces, i haciendo rodar brasas i brasero hasta los piés de los soldados atónitos, «hé ahí el fuego» replicó señalando á los que iban á buscarlo. Despues de un momento de silencio, el oficial se desahogó en amenazas, volvió la brida á su caballo, i fuése con los suyos dejando escapar un torrente de maldiciones.

Terminada la guerra de la independencia, en el seno de la paz ó entre las ajitaciones políticas, la Señora Jara abandona la alta sociedad en que habia aparecido un dia como un metéoro luminoso, i desciende á las miserias del pueblo, tan poco sentidas i atendidas entre nosotros. El terrorismo de la guerra se convierte para ella en una opinión permanente de caridad, que, como una fuente, derrama, durante todo el resto de su vida, socorros, auxilios, consuelos i favores sobre las partes doloridas de la sociedad, las cárceles, los presidios, la casa de corrección, los hospitales, la muchedumbre menesterosa i los mendigos.

Entre los pocos papeles que ha dejado después de su muerte, figuran en voluminoso catálogo cartas de presidarios de Juan Fernandez, de condenados á muerte que la imploran, i de centenares de aflijidos, en las cuales i en caractéres de presidio están los vestijios de muchos de esos dramas terribles de la vida humana, tan estremos i sorprendentes, que nuestra época ha apellidado *misterios* en las grandes ciudades; pero hai un documento públíco que resume la vida entera de esta mujer singular. Hasta poco tiempo antes de su fallecimiento, estaba fijado en las alcaldías de las cárceles un decreto del

Presidente de la República, ordenando que estuviesen sin *escepción alguna* abiertos los calabozos á Doña Paula Jara, i comunicados todos los reos; pues en esta triste i odiosa sección de la administración pública, aquella mujer habia conquistado una posición intermediaria entre el juez i el verdugo, que la lei hubo de sancionar.

Habíase apoderado de las cárceles i de todos los lugares de expiación i de padecimiento. En la cárcel principal de Santiago tenia establecida una fiesta el 19 de cada mes, en la que, convirtiéndose en templo la mansión del crímen, se administraban auxilios á los reos, adoctrinándolos ella de antemano, i predicando con fervor i unción delante de aquella siniestra congregación. Celebraba el 19 la conmemoración de San José, el santo de su devoción, i por una coincidencia que pudiera no ser mas que un mismo suceso, dia de la derrota de Cancha-Rayada, el recuerdo mas grato á su memoria, por cuanto habia sido el orijen desgraciado de su glorioso renombre i podido servir á su patria aflijida. Los reos sentenciados á muerte quedaban desde ese momento entregados á ella, i sus cuidados, sus exhortaciones i su piedad ilustrada les hacian prepararse al duro trance, si es que no podia apartar la cuchilla de la lei, pendiente sobre sus cabezas.

Entre muchos otros casos recuérdase la historia de la Caroca, mujer del pueblo, que, con detalles espantosos, habia asesinado á su marido; i condenada á muerte, se esperaba su desembarazo, pues estaba en cinta, para llevar á cabo la ejecución. Cuando la mujer criminal se hubo restablecido de su enfermedad, la Señora Jara interpuso apelación ó demanda de indulto; i tomando la criatura en sus brazos se presentó ante los jueces, cuya sensibilidad puso en tortura haciendo intencionalmente llorar al niño, mientras que sus sollozos verdaderos i espontáneos hacian imposible negar el perdón: elocuencia de madre, ardides femeniles, baterías asestadas al corazón, á las que nadie, sin ser un monstruo, puede resistir.

Avisáronle una vez que un preso blasfemaba, i como si la cárce se incendiara, corrió por las calles hasta llegar al calabozo donde tamaña desgracia ocurria. El infeliz maldecia, en efecto, dando alaridos espantosos, i negándose á oir ni exhortaciones ni consuelos. Apaciguado por Doña Paula, supo, i pudo verlo con sus ojos, que los grillos le habian dividido la carne de los huesos i el carcelero, implacable, se negaba á poner remedio. Una órden de la autoridad competente vino bien pronto á suspender esta brutalidad que, deshonra la ejecución de las leyes.

En la casa de corrección de mujeres habia introducido mejoras morales de igual jénero; i organizando entre las señoras de Santiago

una suscrición de víveres, vestidos de deshecho i otras limosnas, se habia hecho la administradora de socorros; á mas de la predicación i la doctrina de que por largos años se constituyó en sacerdotisa. Para entregarse con mas holgura al sentimiento de caridad cristiana que prevalecia en su ánimo, tuvo muchos años compañia con el señor Vicuña, despues arzobispo de Santiago, varón sencillo i piadoso, con quien dividia las tareas de la administración de ejercicios espirituales, sin excluir la prédica i la doctrina; en cuyas dos funciones sacerdotales habia Doña Paula Jara adquirido talentos é instrucción que realzaban aún mas las emociones del corazón i la sensibilidad esquisita de mujer, que le envidiaban sus compañeros de trabajo.

Ultimamente en sus viejos años, veíasele por las calles seguida de muchedumbre de pobres, dirijirse á la iglesia de la Merced, hacer allí coro en alta voz, volver á su casa rezando por la calle, i distribuír limosnas entre todas aquellas jentes á quienes habia reconciliado con Dios para merecerlas.

Las prácticas religiosas i la caridad dejeneraron en hábito maquinal en sus últimos años; pasaba el dia rezando el rosario, i á las visitas importunas para sus oraciones, sin distinción de personas, salvo aquellas por quienes conservaba afecto, les alargaba una moneda de limosna indicándoles que la dejasen.

Esta abstracción de todo sentimiento mundano no estorbaba que á la edad de ochenta i tres años se sentase por complacencia al piano i cantase con voz insegura, pero con sentimiento esquisito i rara fineza de tono, una de esas cancioncillas amorosas que caracterizan el jenio nacional de cada una de las secciones americanas.

Tales son los principales rasgos de la vida de la señora Paula Jara Quemada de Martinez, mujer célebre por su acendrado patriotismo, cáridad i demás preclaras virtudes que la adornaron. Después de una penosa enfermedad, murió el dia 9 de setiembre de 1851, habiendo nacido de familia noble i acaupalada el año de 1768.

VI

Agueda Monasterio de Lattapiat

Esta heroina chilena, mui digna de figurar al lado de la inmortal Policarpa Salavarrieta i con la cual justamente se la compara, nació en Santiago el año de 1772; siendo sus padres el señor don Ignacio Monasterio i la señora doña Antonia Silva, ambos de familias respetables i conocidas del reino. Su esposo, don Juan Lattapiat, descendiente de una noble familia de Francia, mui conocida en Tolon,

se distinguió en la reconquista de Buenos-Aires contra los ingleses (1806) al lado del jeneral Liniers, oficial francés al servicio de España.

Le señora Monasterio, como esposa de un patriota distinguido, no podia menos que inspirarse en esos mismos sentimientos de noble patriotismo. Asi fué que tan luego que estalló la revolución, tomó una parte activa en favor de los patriotas; i su casa se convirtió mas tarde en asilo de los comisionados que mandaba San Martin á este lado de los Andes, para cerciorarse del estado de los asuntos de Chile.

Sus hijos, entre los cuales figura el valiente coronel Lattapiat, uno de los héroes de la independencia americana i digno heredero de sus virtudes, siguiendo el ejemplo de tan ilustres projenitores, no solo han conservado con brillo el honor que les legaron aquellos, sino que han podido conquistar por si mismos un lugar distinguido en la historia de la independencia. Su otro hijo, el bravo i malogrado teniente primero del batallón núm. 4 del ejército libertador del Perú, murió en el campo de batalla, defendiendo heroicamente la libertad al frente del castillo de la Independencia en el Callao; i por cuyo hecho el baluarte de la princesa que le hizo fuego, lleva desde entónces el nombre de *Lattapiat*.

Esta sola circunstancia, la de ser madre de dos héroes, habria hecho acreedora á la señora Monasterio á merecer bien de la patria, si sus padecimientos, su heroismo i sus servicios prestados á la causa de los independientes no hubiesen hecho de ella una segunda Policarpa.

Doña Agueda Monasterio, antes que divulgar el secreto de los patriotas comprometidos en la revolución, que se le queria arrancar á la fuerza, prefirió morir i ser martirizada. Estaba la horca puesta para ejecutarla i al pié del suplicio debieron cortar la mano derecha á su hija Doña Juana, antes de colgar á la madre en presencia suya. Asi fué la sentencia del presidente Marcó, por haberle sorprendido una comunicación que la señora dirijia á San Martin en Mendoza.

Su hija Doña Juana fué convencida de haber escrito varias veces á aquel jeneral por orden de Doña Agueda. La victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817), libró á estas dos victimas de ser inmoladas de un modo tan cruel i bárbaro; pero no las libró de la muerte, pues la señora Monasterio murió al poco tiempo á consecuencia de enfermedades contraidas en las prisiones. Don Felipe Monasterio, patriota ilustre i distinguido, fué llevado en una mula aparejada desde Santiago hasta los calabozos de Valparaiso con dos fuertes barras de grillos i esposas en las manos; i tirado por los españoles como un fardo desde la cubierta hasta la bodega de un buque, i condenado al presidio de Juan Fernandez con otros ilustres patriotas.

Estas atrocidades cometidas por los españoles con seres tan caros al corazón de una mujer de distinguida posición social, no disminuian en lo mas mínimo las convicciones políticas i los sentimientos patrióticos de la señora Monasterio; i Marcó, convencido de esta verdad i de que nada conseguiria del caracter firme i enérjico de su ilustre víctima, procuró hacerla morir á pausas en los calabozos de Santiago.

Pero si la señora Monasterio era notable por su acendrado patriotismo, no lo era menos por su caridad i amor maternal. Inspirada por el tierno cariño que profesaba á sus hijos, corrió á la plaza de Armas tan luego que oyó las descargas del motin de Figueroa (1º de abril de 1811), para cerciorarse de si habia sucedido algo á su hijo Francisco de Paula, niño entónces i á quien creia encontrar entre los cadáveres que, en la accion, habian quedado tirados en medio de la plaza.

Desde esa época hasta su muerte, que tuvo lugar en 1817, pocos meses despues de la entrada de San Martin á Chile, como queda dicho, datan los servicios prestados á su patria por esta mujer extraordinaria, por esta víctima ilustre, que habria preferido mil veces la muerte i que prefirió sufrir toda clase de tormentos antes que descubrir los secretos que le confiaran i comprometer la causa santa de los independientes.

Los crímenes cometidos por los españoles con la señora Monasterio i su familia, esplican perfectamente el odio implacable de su hijo, el valiente coronel Lattapiat, para con aquellos. El triste recuerdo de la muerte de su idolatrada madre, causada por ellos; las tropelias i vejámenes cometidos con sus hermanos i tios; la muerte de su hermano en el campo de batalla, unido todo esto á su valor i á la santidad de la causa que defendia, hicieron de él un héroe, i mas de una vez le tuvieron próximo á precipitarse en la via de las venganzas, como sucedió en la toma de los castillos de Valdivia (3 de febrero de 1820), donde estuvo á punto de hacer fusilar unos prisioneros de guerra, segun lo refiere Miller en el tomo 1º, páj. 298 de sus *Memorias*.

Su hijo, pues, ese brazo de fierro, ese león de los Andes chilenos, se encargó de vengar con su valiente espada la muerte de su querida madre i los atentados cometidos con su familia por los enemigos de su patria; i á la verdad que su incansable actividad en las campañas de la guerra de la independencia, su arrojo i denuedo en los combates, unido á los esfuerzos constantes de sus bravos compañeros, nos dieron al fin la libertad de que gozamos.

VII.

Luisa Recabárren de Marin.

Doña Luisa Recabárren nació en la Serena (Chile,) en 1777, i falleció en Santiago el 31 de mayo de 1839 á la edad de 61 años.

Fueron sus padres don Francisco de Paula Recabárren i Pardo de Figueroa, i Doña Josefa Aguirre i Argandoña, descendiente por línea recta de don Francisco de Aguirre, conquistador de Cuyo.

Doña Luisa quedó huérfana á la edad de ocho á nueve años, pero felizmente bajo la guarda de sus afectuosos tios don Estanislao Recabárren, Deán de la catedral de Santiago, i de su hermana Doña Juana, viuda joven de mérito distinguído i sin familia, quienes la hicieron venir pronto á su lado i la miraron siempre como á su hija mas querida.

Estaba recien llegada á Santiago cuando nació una esclavita en casa de sus tios. Llena de compasión por su suerte, la niña compró la libertad de esa criatura, empleando en tan noble obra cincuenta pesos, producto de unas figurillas de plata piña que el señor Subercassaux, padre del senador de este nombre, le habia obsequiado al despedirse en Coquimbo como recuerdo del cariño que le dispensaba.

Una acción como ésta bastaria en cualquiera circunstancia para despertar la admiración de la persona mas indiferente que la observara, pero para los tios abria de par en par el corazón de la niña. Doña Juana Recabárren se esmeró desde entonces en completar la educación de su sobrina, i en desarrollar el jermen de la sensibilidad, virtudes i talentos que mas debian hacer la felicidad del circulo doméstico i brillar en una esfera mas ancha.

La sociedad que rodeaba al Deán Recabárren, compuesta de los mas eminentes eclesiásticos i letrados de aquella época, entre quienes figuraban el mui agudo i ameno don Manuel Salas, el brujo Don José Antonio Rojas (*brujo*, porque era tal vez el único que estaba iniciado en los secretos de la química i poseía algunos instrumentos para operar,) Don Juan Antonio Ovalle i Don José Ignacio Campino; esa sociedad, digo, no contribuyó poco á formar en Doña Luisa aquel gusto por lo sólido i bello que jamás perdió, sin que por eso se advirtiera en ella el menor tinte de afectación ni ostentación de superioridad, ni mengua alguna de la dulzura de modales característica en las coquimbanas.

Aun cuando Doña Luisa no hubiera reunido, como reunia, á su belleza i gracias un buen patrimonio, el hombre de mérito que le cu-

po en suerte habria sido su esposo; porque un hombre de sensibilidad i entendimiento, no dominado por la ambición de riquezas ajenas, i que se reconoce con enerjia para labrarse á si mismo una fortuna independiente, busca casi siempre para compañera de los goces i penas de la vida un alma de su temple, ó aquella en que advierte semillas fecundas de virtud i talentos que él se complaceria en cultivar. A la edad de veinte i cuatro años el doctor Don Gaspar Marin, galán apasionado, entusiasta, brillante por su jenio, i afiliado ya en la carrera de las leyes, única que en esos tiempos daba entrada á los pocos honores accesibles á los americanos, tuvo la felicidad de descubrir en Doña Luisa mucho mas de lo que pudiera lisonjear sus aspiraciones. La niña le dió su mano á la edad de diez i nueve años, i llegó á ser para él, en épocas de conflictos i tribulaciones, el ángel guardián de su familia é intereses.

La educación de la familia bastaba para ocupar todas las horas del dia en aquellos tiempos dichosos en que ni las reyertas pesadas i descomedidas de los diarios, ni la ópera, ni la filarmónica, ni las exijencias del lujo, turbaban el reposo doméstico ni la paz pública. La señora Recabárren se consagraba al cumplimiento de este deber con la devoción de una madre que conoce su misión santa en la tierra, i, cual la buena madre de Lamartine, imbuia en los corazones de sus hijos desde la mas tierna infancia aquella instrucción sólida en la relijión i piedad que, en el discurso de la vida, nos ahorra tantos errores i estravios, nos libra de tantas amarguras i nos prodiga tan deliciosos consuelos. Su hijo Ventura tenia apenas seis años i ya comprendia i esplicaba el catecismo de Fleuri, ya habia estudiado el catecismo de la infancia, ya se entretenia con las *Veladas de la Quinta* i otros libros de sustanciosa instrucción, i á los nueve años meditaba el admirable discurso de Bossuet sobre la Historia Universal. Su madre era la compañera de sus lecturas, ella la que le enseñó la historia antigua i cultivó esa memoria de bronce que hasta ahora admiramos en el hijo á pesar de las .dolencias que ha esperimentado; i ella, en fin, la que sin haber recibido lección ninguna de nadie le enseñó jeografia ántes de mandarle al colejio. ¡Tales conocimientos eran entonces raros, mui raros! Su hijo Ventura fué tambien el primero que introdujo en el Instituto Nacional, entre otros estudios de alta importancia, el de la jeografia i cosmografia en el año 1828 ó 29! ¡Tan lenta ha sido nuestra infancia.....!

La señora Recabárren habia leido mucho, aunque, según ella decia, sin orden i solo por divertirse. Mas en su conversación se advertia una vasta i sólida instrucción en materias relijiosas, cuya discusión jamás esquivaba; un buen conocimiento de la historia jeneral,

i especialmente de la contemporánea de Europa, cuyos acontecimientos apreciaba con juicioso criterio; i no le eran desconocidas las bellezas de la literatura francesa, cuya lengua aprendió en su juventud. Una intelijencia despejada, un jenio alegre i vivo, un escelente corazón, i la elevación de sus ideas cuando la conversación tomaba un carácter sério, daban á su sociedad un encanto siempre nuevo para los hombres de todas edades incapaces de envidiar la superioridad de una mujer.

Pero habia un ramo en que la señora Recabárren era una especialidad: la historia de la revolución de nuestra independencia. Desde fines del siglo pasado en que solo llegaba á Valparaiso cada tres ó cuatro meses un pesado buque de Cádiz, que apenas traía dos docenas de cartas particulares i media docena de gacetas, que bastaban para alimentar las tertulias hasta que llegase otro buque, los hombres ilustrados de aquella época se asociaban con mas frecuencia que sus egoistas sucesores, para comunicarse sus pensamientos. En esas amenas reuniones que andando el tiempo, aumentaron actrativo con los amigos coloboradores del señor Marín, como Vera, Camilo Henriquez, Argomedo, Mackenna i lo mas escojido de la sociedad de Santiago, se devoraban las noticias de Europa; se comentaban los progresos que la libertad hacia en los Estados Unidos, bajo las inspiraciones de Washington, Adams i Jefferson; se referian i calculaban las consecuencias de las gloriosas conquistas del jenio de la Francia, el gran Napoleón, que después de haber estinguido la hoguera de la mas sangrienta de las revoluciones, se dedicaba con ardor á rejenerar la Europa entera i á engrandecer á espensas de ella á su pais; se comparaba, en fin, el adelantamiento mas ó menos rápido i prodijioso de casi todos los pueblos de Europa con el envilecimiento de nuestra metrópoli, víctima de la estupidez de sus monarcas ó de la ambición de sus ministros ó favoritos corruptores, i con la humillación en que se hallaban sus colonias. La señora Recabárren tomaba parte i gozaba de estas pláticas que prepararon los acontecimientos del 18 de setiembre de 1810 con todos sus resultados ya adversos, ya dichosos, i su memoria feliz los conservaba frescos con todos sus pormenores i matices, que, hasta los últimos dias de su vida, los narraba con particular gusto. Doña Luisa era un archivo viviente de nuestra revolución.

La reconquista española verificada en Octubre de 1814, obligó al señor Marin á emigrar al otro lado de los Andes, dejando sus negocios en bastante desorden por las ajitaciones de la política i los azares de la guerra. Doña Luisa se sostuvo entre tanto á fuerza de economía, sin descuidar la educación de sus hijos i sin dejar de

remitir á su esposo socorros oportunos, á pesar de las dificultades de la comunicación i de la vijilancia incesante de los recelosos españoles. Durante esa ausencia tuvo tambien que sostener un pleito penosisimo para recobrar como parte de su dote (aunque sin carta dotal de que el desinteres prescindia las mas veces, los fondos que el señor Marin habia entregado poco antes de emigrar á un español para negociar con ellos, i que el gobierno habia confiscado como bienes del prófugo. Ella triunfó en ese pleito. El señor Marin le encargó desde entonces la ilimitada administración de los intereses de le familia, debiéndose en gran parte á su buen manejo el haber dejado á su muerte un regular patrimonio.

El señor Marin comunicaba á su esposa desde las provincias arjentinas todas las noticias que podian interesar á los patriotas que aquí quedaron, i ella los reunía en su casa ó los buscaba cautelosamente para leerles esas cartas i reanimar los espiritus abatidos. Al fin llegó la carta mas deseada, la que anunciaba que una espedición libertadora estaba alistándose, que la comandaria el jeneral San Martin, jefe de tales i cuales prendas, con muchos interesantes pormenores que hacen sentir ahora mas que nunca la destrucción de ese documento. Todos los amigos de confianza fueron luego instruidos de su contenido, i el secreto se conservaba como el tesoro de un avaro. Pero un dia fué á visitarla su paisano el cura Garro (despues canónigo de la catedral de Santiago), i viéndole la señora Recabárren mui abatido al contemplar la melancólica perspectiva que esta ciudad ofrecia en 1816, en un momento de irreflexiva compasión, le dijo: «ánimo, amigo mio, estos males tendrán pronto término, San Martin viene á libertarnos de este yugo ominoso.—¿Cómo, cuándo?—Reserva, curita!......Hé aquí la carta de Marin que nos lo asegura»......Garro rebosó de júbilo al oir leer la carta; i, como los gozos, asi como los pesares, suelen oprimir el corazón de tal manera que es preciso alijerarlo del peso, nuestro buen cura fué á consolar con la noticia á Laviña, Laviña la comunicó á su vecino Palazuelos Aldunate, i éste tuvo la lijereza de pasarla á Pisana, quien sobre la marcha la trascribió al presidente Marcó, exijiéndole caballerosamente las seguridades de que nadie seria molestado; promesa que Marcó cumplió. Esta era tal vez la primera noticia fidedigna que el gobierno recibia de la espedición que pronto debia alejar de la capital á sus odiosos opresores. Descubierta por la señora Recabárren la indiscreción de Garro, se reprendió á si misma su importuna compasión, i quemó la carta para hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Cuando en Enero en 1817 sorprendieron los españoles la corres-

pondencia del mui hábil cuanto infortunado Manuel Rodriguez al fugar de Melilla, hallaron, junto con el papel en que se hablaba de la señora Recabárren como una de las personas presentes á la lectura de cierta *carta circunstanciada* de San Martin, la clave que descifraba los nombres de las personas citadas en dicha correspondencia. Nada era dudoso para el gobierno, i solo faltaba conocer los permenores de esa carta. Marcó mandó en el acto (4 de Enero de 1817) poner presa á Doña Luisa, i San Bruno la condujo, aun que con mucho miramiento i civilidad, al monasterio de Agustinas, donde fué detenida mientras se le procesaba, hasta que el ejército libertador entró triunfante en esta ciudad despues de la batalla de Chacabuco (12 de Febrero del año citado).

¡Con cuánto placer recordaba la señora Recabárren esas zozobras i sufrimientos, i otros muchos padecidos por diversas personas, al conjunto de los cuales se debia en gran parte la libertad de Chile! Ah! los políticos de esa época ignoraban que las persecuciones inflaman los odios, perpetúan los rencores, i que el martirio arraigaba su fé i daba nuevo vigor á sus esperanzas. «Mucho, decia, nos cuesta esta hermosa patria pra que no hagamos todos el sacrificio de mantenerla *siempre libre*, i elevarla, por medio de instituciones sabias, i por un constante amor al orden, i por un olvido jeneroso de los errores de sus caudillos, i por una cooperación uniforme de todos los hombres ilustrados, i por un patriotismo desinteresado i puro, á la altura que la Providencia le señala entre los pueblos de la América. A la juventud que se levanta en un horizonte ya despejado de tempestades, toca realizar nuestras esperanzas, i hacerse digna del rico patrimonio que le entregamos; trabajando con perseverancia i entusiasmo por el engrandecimiento de la República.»

La mujer que se ocupa de objetos serios i que alimenta su espíritu con ideas grandes, no tiene jamás tiempo para pensar en las frivolidades del lujo, ni oidos para escuchar las sujestiones de la vanidad. I por eso la señora Recabárren nunca dió entrada en su casa á esos dos enemigos de la sencillez de costumbres, única que proporciona goces verdaderos, porque están excentos de remordimientos i cuidados. Aunque cumplia con la moda se abstenía de toda superfluidad; i solo así puede concebirse que pudiera hacer las muchas limosnas que hacia con sus módicas entradas.

Aunque de un jenio vivo i pronto, no podia guardar rencor alguno: sabia reconocer una falta i olvidar con nobleza un agravio.

De seis hijos que tuvo le han sobrevivido cuatro, dos hombres i dos mujeres, que hacen honor á su memoria. Doña Mercedes Marin de Solar, la primera i mas brillante de nuestras escritoras en

prosa, la mas dulce i delicada de nuestras poetisas i cuyos apuntes biográficos se leerán con gusto.

La muerte de la señora Recabárren fué conforme á su vida, resignada, relijiosa i ejemplar.

VIII.

Rosario Rosales

Cuando en noviembre de 1814 fueron deportados al presidio de Juan Fernandez los mas ilustres patriotas chilenos, se negó á sus hijas i esposas el permiso de consolarlos con su compañia. Una sola mujer, la señorita Rosario Rosales, pudo vencer las dificultades que se presentaban, i logró acompañar al autor de sus dias. Contrariando la órden expresa de éste, que temia aumentar sus propios pesares con el espectáculo de los padecimientos de aquella joven, obtuvo á fuerza de lagrimas i ruegos, i valiéndose de la amistad de Sir Thomas Staine, comandante de la fragata de S. M. B., la *Bretona*, que el capitan de la corbeta *Sebastiana* le permitiese seguir á su padre.

Era éste el septuajenario Don Juan Enrique Rosales, ciudadano benemérito i respetable, que habia llenado los primeros empleos en el país, i estaba á la sazón mui enfermo. Los desvelos de esta buena i escelente hija, asi en la navegación como en el destierro, fueron incesantes para aliviar los padecimientos de aquel infeliz, que se habian acrecentado de resultas de una caida que le obligó á hacer cama por espacio de seis meses. Cuando ella supo la derrota de los patriotas en Rancagua (2 de octubre de 1814), fué acometida de una enfermedad de nervios que la atormentó hasta sus últimos dias; mas á pesar de esto, insensible á sus propios males, solo se acordaba de su amado padre.

Con una solicitud infatigable, con sus propias manos labró tambien la tierra para sustentarle, i se despojó de su ropa para preservarle de la intemperie. En ranchos de paja, destechados, expuestos á las lluvias que alli caen lo mas del año, á los recios temporales que alli soplan de continuo, mal provistos de ropa, sujetos á una escasa ración de frejoles i charqui, pasaron aquellos desventurados mas de dos años con la mayor constancia, consolándose i ayudándose mútuamente, i la joven Rosales animaba á todos con su ejemplo.

A fuerza de dinero lograron las familias de los desterrados burlar alguna vez la vijilancia del gobierno español, i remitir á aquellos víveres i ropa; una sola escepción hicieron los opresores, concedién-

doles permiso para estraer una limitada porción de aquellos artículos, ¿Pero de que servia este permiso? Lo que no robaban los conductores lo guardaba el gobernador de la isla; i éste i aquellos, con licencia superior, los vendian después públicamente á precios enormes.

A los dos años se incendió parte de la población de Juan Fernández, i con ella el rancho que ocupaba Rosales i su virtuosa hija, i lo poco que tenían adentro para su abrigo. Reducidos á dormir á cielo raso, renovó aquel anciano los ruegos que repetidas veces habia hecho á su amada Rosario para que regresase á Santiago. «No, mi padre, contestó, la suerte de Ud. debe ser la mia. Permítame que siga acompañándole: no puedo separarme de Ud.; el pensamiento solo de abandonarle me es menos soportable que la muerte.»

Enternecido á estas palabras, accedió Rosales á sus súplicas; i continuó ella consolándole hasta que la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817), puso término á tan larga serie de infortunios. La Providencia premió sus afanes. Esta excelente hija, tan digna de ser citada como modelo de amor filial i de patriotismo, estimada de todos, gozó por largo tiempo, al lado de su padre i apreciable familia, del dulce espectáculo de ver libre i feliz á su querida patria.

IX.

Mercedes Marin de Solar.

Esta célebre poetisa chilena nació en Santiago en 1802, siendo sus padres el doctor Don José Gaspar Marin i la señora Doña Luisa Recabárren, ambos de las mas nobles familias del país.

La señora Marin se distinguió notablemente entre las personas de su sexo, tanto por sus talentos, como por su modestia i virtudes. A su aplicación únicamente debia la facilidad con que sabía espresar sus pensamientos en clara i elegante prosa i en armoniosos versos; pues, nacida con la revolución de su país, solo alcanzó en los primeros años de su vida aquella mezquina enseñanza que se daba entonces á las personas de su sexo.

Esta señora ha resuelto, á nuestro entender, un problema difícil, mostrando prácticamente cual debe ser el uso que de un espíritu cultivado debe hacer la mujer en el estado actual de nuestra sociedad. Ella estudió para educar por sí misma la intelijencia de sus hijos, para comprender mejor sus deberes, i para poder recomendar con elocuencia á la juventud del bello sexo, las ventajas de la ilustración, del saber i de la virtud.

Presidiendo una vez el acto de repartición de premios en un colejio de señoritas, les dijo estas palabras que copiamos de los periódicos que las reprodujeron con encomio: «La historia, la literatura, las bellas artes os ofrecen sus inmensos tesoros: á todo puede elevarse vuestra intelijencia, que no cede de viveza i penetración á la del hombre. De todo podeis gozar sin mengua de vuestras gracias naturales, i sin contrariar el destino que os ha deparado la Providencia. Pero no es mi ánimo despertar en vosotras una ambición peligrosa: sé que el destino de la mujer es oscuro i que el camino de la gloria está para ella erizado de espinas i cubierto de precipicios: no obstante, su vida, que en gran parte forma la consagración al deber, i una modesta sumisión á conveniencias sociales, puede aún estar llena de encantos, si la sensibilidad i las luces, reunidas en proporción, forman los elementos de su carácter. . . .La solemnidad de este acto os dejará las mas puras é indelebles impresiones. Vosotras la recordareis con gusto cuando mas adelantadas en la vida, conozcais el precio de la inocencia i del reposo; porque los goces de la virtud no se borran jamás i su memoria, como la de la infancia, esparce una suave i encantadora luz aun en los confines del sepulcro.»

No son comunes modelos como el que presenta esta señora: los medios discretos empleados por ella para que se le perdonen sus talentos, i el ejercicio que ha hecho de ellos, es una lección de que pueden aprovecharse otras personas, particularmente hoi, cuando el monopolio del saber ya no es permitido al hombre, i cuando la educación del bello sexo entra en un camino mas luminoso i mas amplio.

Por esta razón de utilidad no trepidamos en copiar aqui parte de una carta que la señora Marin escribió sin intención de que viera la luz, i en la cual esplica, cómo se sintió llevada á cultivar las letras, i cuál es el fruto que recoje de esta dulce tarea. Dice así: «Ajena toda la vida de pretensiones al saber, solo he escrito cuando alguna fuerte emoción ó alguna indispensable condescendencia me ha puesto la pluma en la mano. . . . .Desde mui temprano me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instrucción que yo llegase á adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé á reflexionar por mi misma, conocí cuán acertado era á este respecto su modo de pensar, i exajerándolo, tal vez en demasía, juzgué que una mujer literata en estos paises era una clase de fenómeno extraño, á caso ridículo, i que un cultivo esmerado de la intelijencia, exijia de mi, hasta cierto punto, el sacrificio de mi felicidad personal. . . . . .El tiempo que me dejan libre mis ocupaciones, lo empleo en leer libros útiles para la educa-

ción de mis hijos. . . . .Mis versos son como un lujo de mi vida privada, i no pocas veces han contribuido á librarme de alguna fuerte impresión.»

¡Discretas i elegantes palabras! ¿No muestran por si solas mas que una biografia minuciosa, la sensata moralidad i el finísimo tacto social de quien las ha escrito?

La señora Marin vivió consagrada al cuidado de su familia, i regalándonos de vez en cuando las producciones de su talento, según se lo permitia sus ocupaciones de esposa i madre.

Sin embargo, ella se ha hecho admirar por nuevas composiciones tanto en prosa como en verso, entre las cuaes no podemos dejar de citar la interesante biografia de su señor padre, una de las mejores que contiene la *Galeria Nacional de hombres célebres*, la Oda al Presidente de la República Don José Joaquin Pérez, i algunos magnificos sonetos.

Pero la ilustración i las prendas del talento no fueron solo las únicas que adornaron á la señora Mercedes Marin; su caridad para con el pobre, su piedad i celo por el culto relijioso, su virtud, en fin, son otros tantos titulos que la hicieron acreedora al respeto i veneración de sus compatriotas. Muchas veces se la vió interponer su influjo á fin de mejorar la triste condición del desgraciado; como tambien socorrer al menesteroso i enjugar las lágrimas del que sufre.

Esta mujer ilustre i gloria de las letras chilenas, falleció el 21 de Diciembre de 1866. Su muerte fué la de una santa. La víspera de morir dictó el siguiente soneto, que es un tierno recuerdo á una de sus hijas.

Á MI HIJA MATILDE.

¡Último resplandor del claro dia
De mi felicidad, hija adorada,
Por la bondad del cielo destinada
Para ser mi consuelo i mi alegría!

De tu edad en la bella lozania,
De gracias i virtudes adornada,
Eres flor hechicera, cultivada
Por el desvelo i la ternura mia.

Tú, el solitario hogar con tu presencia
Adornas; mi solícito desvelo
Es la dicha formar de tu existencia.

I mientras mi plegaria sube al cielo
I en amorosa paz vives conmigo,
En lo íntimo del alma te bendigo.

El dia de su fallecimiento i antes de recibir la absolución papal, hizo la siguiente deprecación, que consignamos aqui como modelo de fé católica i de buen lenguaje.

«Jesús mio, Jesús de mi alma, Jesús dueño de mi corazón. yo te suplico por tus méritos infinitos i los de la Santísima Virjen, mi bnena madre, que uses conmigo de tu gran misericordia hasta el último instante de mi vida. Te ruego i te suplico, como siempre lo he hecho, por las necesidades de la Santa Iglesia Católica, mi madre, i especialmento te presento las del romano Pontífice i las de esta Iglesia de Chile, mi cara patria. Que libres este suelo de todos los errores, que me perdones todos los descuidos de mi vida respecto á mis obligaciones. Te encomiendo todos mís hijos, mi marido, mis yernos, mis nietos i todas las personas que me son queridas. Que suplas en ellos los descuidos que yo haya tenido.

«Yo perdono, como siempre he perdonado, á todos los que de cualquiera manera me hayan hecho ó intentado hacer algun mal. Suple, Dios mio, respecto á las personas que me son queridas, á las que me han amado i á las que de algun modo me han favorecido, la falta de amor con que por ignorancia ó descuido no les haya correspondido. Con todo mi corazôn me resigno en tus manos i confio mi suerte en los brazos de la Santísima Virjen, mi buena madre. Yo te ofrezco con toda mi alma el sacrificio de mi existencia, que dispongas de mi vida, como i cuando sea tu santísima voluntad.—*Amen*»

Las exequias que se le hicieron fueron magníficas. Una numerosa i escojida concurrencia llenaba las naves del espacioso templo de la Merced. Entre los concurrentes se notaban el señor Ministro de la Guerra, los edecanes de S. E. enviados por él, el rector de la Universidad, el almirante Blanco, muchas otras personas de reconocida suposición i las comunidades relijiosas.

Un modesto pero elegante catafalco sostenía el cajón en que se encerraban los restos de la ilustre difunta. Despusé de las preces de costumbre i de la misa, el acompañamiento se dirijió al cementerio jeneral, que, en obsequio de la verdad, fuė numeroso i como pocos hemos visto.

En el momento de depositar en la fosa el cadâver de la finada, el señor Valderrama pronunció un elocuente discurso.

Una respetable matrona que en la carrera de las letras sigue los pasos de la señora Marin, i que bajo el seudónimo de *Una Madre*

cambió con ella mas de un afectuoso i tierno soneto, ha escrito el siguiente epitafio sobre el sepulcro de su ilustre amiga:

Á LA MEMORIA DE LA SEÑORA MERCEDES MARIN DE SOLAR

Nacida para amar, corrió su vida
Como un arroyo manso i cristalino,
I al arribar al fin de su camino
El ánjel de la fé le abrió un edén.
Dejó un ejemplo á la mujer cristiana,
A la patria el laúd que fué su gloria
I á la inmortalidad una memoria
Do brilla el jenio i la virtud también!

Valparaiso, 17 de diciembre 1866.

(ROSARIO ORREGO DE URIBE).

X.

Javiera Carrera de Valdez.

Esta ilustre matrona nació en la ciudad de Santiago el 1° de marzo de 1781, i fueron sus padres don Ignacio de la Carrera i doña Francisca de Paula Verdugo, personajes que tenian en la colonia los primeros puestos sociales, por el caudal de su fortuna i los blasones de sus casas solariegas.

El primer fruto logrado de esta unión, fué la mujer cuya memoria queremos arrebatar á la ingratitud i á las preocupaciones de sus contemporáneos. Sus tres hermanos nacieron en los diez años subsiguientes·—Juan José en 1782.—José Miguel en 1785.—Luis en 1791; siendo de notar que el primero i menos ilustre de aquellos exhibió desde la cuna las estraordinarias facultades físicas que formaron su principal valer. (1)

En medio del círculo escojido de hombres serios i de alto merecimiento que frecuentaban la casa de sus padres, educóse Doña Javiera con gran recojimiento hasta que cumplió su edad núbil.

Era ésta, bella, recatada, opulenta, i su madre pasaba por la primera matrona de la aristocracia santiagueña. Prendóse de tantos

---

(1) Estos fueron mas tarde los Jenerales José Miguel y Juan José Carrera y el Coronel Luis Carrera.

atractivos un joven caballero que hubo de obtener su mano. Llamábase éste Don Manuel de la Lastra, hermano del jeneral patriota don Francisco.

Doña Javiera vió en breve los frutos de su ternura i de su dicha. Naciéronle dos hijos bajo el blando techo de su madre; siendo asi doblemente dichosa, porque jamás hubo mas dulce sombra para la cuna de los que amamos que aquella en que fuimos amados. Pero esta dicha no debia durarle mucho tiempo: su esposo tuvo que ausentarse de Santiago, i á los pocos dias, sus tiernos hijos ya no tenian padre, pues éste moria ahogado en el rio Colorado, camino de la cordillera de los Andes.

Quedó, pues, Doña Javiera viuda i con dos hijos huérfanos en aquella edad de la vida en que para muchas naturalezas delicadas brota en el pecho la primera flor ó la primera espina de las ilusiones. Mas, el hado trájole un segundo esposo por el mismo rumbo que habia perdido al primero.

Cuando sucedía la catástrofe del rio Colorado, en esta parte de la Cordillera, llegaba á Mendoza un letrado español, hombre de seso á la antigua, de noble alcurnia i que venia á Chile con el encumbrado título de Asesor de la Capitania jeneral. Era éste el doctor Don Pedro Diaz Valdez, oriundo de Asturias, hombre de grandes dotes, de bondad i emparentado en la Península con personajes de alto valer, pues era primo del teniente jeneral de la real armada, Don Cayetano Valdez.

Oyó el sensible asesor la relación que hacian los caminantes de aquel lastimoso lance, i desde aquel instante le sedujo la ilusión de elejirla por compañera i consolarla en su temprana viudez. El destino vino en su auxilio, i al fin su sueño de Mendoza fué una realidad en Santiago. Desde el año 1800 el honorable asesor Diaz Valdez fué el pacifico y consagrado esposo de la señora Carrera, cuya desdichada edad, de deslumbrador prestijio i desgarradoras aventuras, iba ya á abrirse.

Pasaron para la señora Carrera de Diaz Valdez los primeros diez años de este siglo en la monotonía de sus deberes domésticos. A ejemplo de su madre, era al mismo tiempo mui dada á las prácticas devotas, i en sus hábitos de dama i de cristiana, se alternaban los bailes i las corridas de ejercicios.

Concluye aquí la primera faz de la existencia de la señora Carrera. Su gran prestijio, sus relaciones de familia i el predominio que ejercia en sus tres hermanos, hicieron de ella la heroina de la *Patria vieja*, como en la nueva fué la mártir.

Asi, en 1810 lanzando á sus hermanos, que fueron dóciles á sus

consejos, en la arena de la ajitación, se hizo un gran nombre político i casi una potencia en la República. Un año después, empujando á aquellos i á Don José Miguel, recien llegado, á los vaivenes de la rebelión, se constituyó, por el éxito de sus empresas, en una suprema autoridad, i por último en el siguiente, el año 12, que pudo llamarse con propiedad el año de los Carreras, porque imperaron entonces con todo su esplendor i todos sus estravíos, fué aquella mujer la cúspide de la revolución i el irresistible consejero de sus promotores.

Pera si esto acusa á aquella matrona haciéndola figurar en un rol que parecia usurpado, abónala una consideración que, al hablarse de una mujer, no debe echarse nunca en olvido· i fué ésta la abnegación sublime con que se consagró á los suyos, cual si fuera mas que hermana, la madre i la tutora de cada uno de aquellos hombres que tuvieron tan poca ventura, i que arrancaron tantas lágrimas á los corazones que saben llorar ajenas desdichas.

Proscriptos los Carreras á consecuencia de la batalla de Rancagua, perdida por los patriotas (1º i 2 de octubre de 1814), Doña Javiera, esposa de un asesor de reino i oidor honorario de su Audiencia, hombre de grandes influjos, que adoraba á su esposa i que en nada se habia comprometido contra los intereses de la metrópoli, pudo ponerla al abrigo de toda persecución i aun colocarla á la altura social i politica á que sus empleos le llamaban. Mas, la noble matrona, como ella misma decia mas tarde en la intimidad de sus congojas, no era «ni un poquito egoista, i por esto se vió envuelta en ruinas de que nadie pudo librarla.»

Siguiendo la suerte de sus hermanos, la señora Carrera trepó los Andes i se instaló en el seno de la emigración patriota que habia encontrado asilo en Buenos Aires, mas como madre solícita entre huérfanos hijos, que como mujer desposeida de honores i de poder. Belleza en Chile sin rival hacía pocos meses, realzada por la fortuna, la magnificencia de sus puestos i la lisonja deslumbradora de los cortesanos de su gloria, todo habia cambiado ahora en derredor suyo, escepto su jeneroso i abnegado corazón. Doña Javiera era una señora que vivía en el destierro apartada de tratos sociales, modesta, laboriosa, empeñada solo en el bien de sus hermanos i en el de sus leales amigos. Habitaba de prestado en casa del canónigo arjentino Don Luis Bartolo Tollo, quien le devolvía ahora una jenerosa hospitalidad, que recibió de la casa de Carrera cuando se graduó en Chile en cánones; i como aquel sacerdote, tan benévolo como entusiasta, fuera pobre, la existencia de la señora, durante los dos primeros años de la emigración (1815 i 1816), corrió en la miseria, hasta el punto de poder describirse su hogar en esa época, usando apropiadamente la

lastimera espresión con que Don Juan José Carrera pintaba á su hermano Don José Miguel, ausente entonces en Estados Unidos, las aflicciones de su techo de proscripto. «¡Ya no nos queda prenda que vender, le decia, i muchos dias no comemos sino lágrimas¡»

Mas no pasó mucho tiempo sin que á las amarguras de la miseria se juntasen las de las catástrofes. A mediados de 1817, Don Luis i Don Juan José Carrera fueron aprehendidos en Mendoza, procesados como reos de conspiración, sentenciados á muerte i ejecutados en la plaza pública el 8 de abril de 1818, tres dias después de la jornada de Maipo. La infeliz señora, que habia dado mil pasos i hecho los mayores esfuerzos por salvar á sus hermanos de patíbulo, supo la nueva de aquel desaatre por las músicas i repiques que anunciaban al Plata la victoria de sus hijos, porque tan grande fué la desdicha de los Carreras en el otro lado de los Andes, que el destino les arrancaba aún la parte que debia caberle del común regocijo. Estuvo Doña Javiera al perder la existencia por este suceso, en que ella misma se acusaba de imprudentes insinuaciones. «Vuestra hermana, escribía á Don José Miguel, el 23 de 1818, un oficial extranjero que la acompañaba en Buenos Aires, está postrada en cama i hubo momentos en que tuve pocas esperanzas de su vida.»

Pero las aflicciones de aquella desgraciada matrona iban solo á comeuzar entonces. Su hermano don José Miguel, proscripto en Montevideo, meditó en los arcanos de su jenio una venganza de su sangre que fuera digna del holocausto de Mendoza; i se lanzó á los rios i á las pampas de aquella nación por él aborrecida, llevando en sus manos el azote de la perdición. Su jenerosa hermana corrió en toda su infeliz suerte, quedando á la distancia i en el desamparo.

Al saberse en Buenos-Aires que Don José Miguel Carrera se habia reunido al jeneral Ramirez en Entre Rios, el gobierno de la ciudad arrestó á Doña Javiera en su casa, poniendo dos centinelas á la puerta de su dormitorio. Desterráronla en seguida, cuando arreció la tempestad, á la Guardia de Lujan, un fuerte de la Pampa donde el rigor del clima enfermaba aún á los soldados. Después de muchos meses fué conducida, con su salud postrada, á la villa de San José de Flores, en la vecindad de Buenos Aires, i mas tarde encerráronla en un convento.

Como los planes de su hermano pareciesen desvanecerse, la señora Carrera consiguió al fin su libertad; pero apenas se sublevó el ejército del Alto Perú en la posta de Arequito (7 de enero de 1820) i Carrera se incorporó en sus filas, recelosa Doña Javiera de nuevas vejaciones escapóse á pié de Buenos Aires, i siguiendo la playa del rio, fué á refujiarse á bordo de una fragata de guerra del Brasil, que estaba

anclada en la embocadura del riachuelo en Barracas. «Doña Javiera Carrera, escribía el ministro de Chile Zañartu, al Director O'Higgins, el 26 de enero de 1820, fugó, sin que se sepa á donde, el mismo dia que llegó la noticia de Arequito.»

Consiguió después la infeliz proscripta navegar el rio i fué á asilarse en Montevideo, hasta que el jenio de su hermano, en alas de la victoria penetró en Buenos Aires, ciudad que había sido, no solo el presidio de su familia, sinó tambien el baldón de su gloria; i se proclamó, en la plaza pública, dictador efímero é intruso, pero omnipotente. Voló Doña Javiera á abrazarle desde la otra rivera del Plata; i aquel encuentro en que ambos hermanos recordaron el luto de Mendoza i la gloria de sus mejores tiempos de prosperidad i grandeza, fué el último regocijo i el último adios de aquellas almas que nacieron predestinadas para el dolor.

Carrera no oyó esta vez los consejos de su hermana, deslumbróse con el éxito, i no solo confió ciegamente en sí propio, sino que entregó su causa al imprudente Alvear, que habia venido de Montevideo. El 26 de marzo (1820), aquel joven que tuvo asomos de jenio, salia cabizbajo de Buenos Aires, perseguido con piedras por los tercios del pueblo irritado de su petulante jactancia, miéntras Carrera le cubria la espalda con sus huestes de chilenos. Doña Javiera logró ocultarse en casa de una jenerosa amiga, la señora Doña Dámasa Cabezón, cuya bondad pagó después con usura el aprecio de los chilenos i que, tanto ésta como sus ilustradas hermanas i su sabio padre, han jenerosamente retornado, ocupando la mayor parte de su vida en la educación de la juventud chilena. Una carta de esta señora, escrita á Don José Miguel en aquella fecha, le anunciaba que su hermana estaba salva, i que al fin había conseguido por influjos un pasaporte para trasladarse á Montevideo.

Un dia, á últimos de setiembre de 1821, hallándose Doña Javiera en esta ciudad en compañia de su jóven amigo el escritor don Manuel José Gandarillas i otros varios, recibió la infausta noticia de que su hermano José Miguel habia sido fusilado en Mendoza, en el mismo sitio en que aún se levantaba el vapor de la sangre de sus otros dos hermanos, el dia 4 del mes i año citado!....

Esta segunda catástrofe abatió de tal manera el ánimo i la salud de la señora Carrera, que durante muchos meses se desconfió de su vida. Tuvo esa enfermedad que ya ha desaparecido del mundo i que entre nosotros se recuerda solo como una tradicion: «la melancolia!» Se enflaqueció su cuerpo hasta parecer un esqueleto, amoratósele el rostro, rompiéronsele los labios, perdió el cabello, i por último se agotaron sus fuerzas, hasta el punto de que su sirviente,

el fiel Cornejo, la llevaba en brazos en sus peregrinaciones por las estancias de la Banda Oriental, que recorria acompañada de un médico para recobrar á caso á pesar suyo, la salud de su físico, puesto que la del espíritu estaba para siempre perdida.

Restablecida de su enfermedad la señora Carrera, prolongó voluntariamente su destierro hasta que, derribada la administración O' Higgins i echadas las bases de un gobierno de conciliacion y patriotismo, quedó limpia de estorbos la senda de sus hogares. Embarcóse, en consecuencia, en Montevideo, por el mes de febrero de 1824, i llegó á Valparaiso en otoño de aquel año, despues de una próspera navegación de cuarenta y seis dias. Fueron sus compañeros de viaje el capitan don Pedro Nolasco Vidal, don Manuel José Gandarillas i su fiel Cornejo.

La señora Carrera fué recibida en Chile con grandes muestras de respeto, porque aun aquellos que no olvidaban sus rencores politicos rendían el homenaje de una apropiada compasión á sus grandes infortunios. Pero Doña Javiera no venia propiamente á buscar en Chile una patria, sinó un hogar. Queria descubrir un sitio querido en que levantar á sus inmolados deudos un altar apartado que ella consagraria con sus recuerdos i sus lágrimas. Los hombres, como las aves, llaman suyo todo suelo que les concede un nido donde abrigar su compañera y su prole, fruto y lazo de sus dichas.—Para la hermana de los tres mártires de Mendoza, ese asilo, único que anhelaba su alma lastimada, era el nido de aquella feliz niñez que compartió con ellos i que ofrecia todavía sombra i sustento para sus viejos años en las selvas de San Miguel.

Apénas hubo llegado á Chile, la señora Carrera dirijióse á aquella propiedad, en la que ha vivido por un espacio de cerca de cuarenta años. Ultimamente dejó aquel lecho, que ella hizo hospitalario para todos, solo con el objeto de acercarse al cementerio.

Solo cuatro años después de su regreso á Chile, i muerto ya su esposo (1826), el escelente i bondadoso Diaz Valdez, vemos aparecer el nombre de la señora Carrera en los acontecimientos de su patria que tenían alguna significación politica.

Pero esta única vez en que aquella mujer de corazón salió de su retiro, fué solo para pedir la expiación de sus compatriotas sobre los manes de sus deudos. Todos saben las pomposas exequias que se hicieron á los restos de los Carrera, conducido desde Mendoza por una comisión de chilenos autorizada por lei del Congreso nacional. Tuvo lugar aquella ceremonia el 14 de junio de 1828, durante la administración del jeneral Pinto, á quien la señora Carrera contó, desde su infancia, entre sus mas leales amigos.

Desde aquel dia fúnebre, la señora Javiera Carrera creyó dejar cumplida la misión que el amor de sus hermanos i el entusiasmo de su carácter le habia impuesto, desde los primeros dias de la revolución. Estaban ya devueltas al suelo de Chile aquellas cenizas para ella tan queridas, i se habia lavado con lágrimas de todo un pueblo la afrenta del patíbulo!

Alejóse, en consecuencia, la señora Carrera, i ya de una manera irrevocable, de todo contacto con la cosa pública de su patria, i desde aquel momento su existencia de mujer no ofrece otras novedades que las que podian caberle en las consideraciones sociales que eran debidas á su rango, á su cultura i á sus infortunios. La loza que habia cerrado la tumba de sus hermanos, cabada en el suelo de sus mayores, sepultó tambien el rol histórico de la señora Carrera.

Tuvo ésta verdaderamente las dos mayores virtudes de su sexo: la resignación en Dios i la abnegación de sí propia en las congojas de la vida. Podrá acusársele de haber amado demasiado, pero no de ninguna culpa de egoismo, que es la negación de todo amor.

En su retiro de San Miguel, la señora Carrera volvió á dar muestras de las altas prendas de su organización, que el infortunio, lejos de gastar habia hecho mas finas. Gustaba rodearse de hombres que descollaran por su intelijencia ó su saber, sin que jamás se fijára en su posición política. Vera, Gandarillas, Bello, Mora fueron mas de una vez sus huéspedes en su mansión de campo, que ella abria, á ejemplo de su madre, á todos los extranjeros de distinción.

La señora Carrera se alejó de sus gratos jardines de San Miguel, que ella cultivaba con sus propias manos, solo para prepararse cristianamente al viaje de la eternidad. Admira su ternura, no ménos que su incontrastable entereza delante de la muerte. Nombró albaceas que hicieran inventarios póstumos de sus bienes; pero ella hizo solo lo que podria llamarse el inventario de su corazon. Repasó en su memoria todas sus afecciones, hasta las mas pequeñas, para enviar á cada una palabra de adiós; i no olvidó siquiera los compromisos de sociedad, ni aún los encargos caseros mas triviales, porque desde su lecho de muerte ordenó se comprará con anticipación el luto de su servidumbre. Menos se ha olvidado de los pobres, de quienes fué jenerosa protectora, gastando en deberes de familia i en obras de caridad mas de lo que le producian sus rentas; porque la señora Carrera tuvo, no solo la virtud reflexiva de la jenerosidad, sinó sus mas sublimes i espontáneos arranques. Después de la batalla de Lircay, muchos de los beneméritos jefes que habian militado bajo las banderas de sus hermanos, comieron por ella el pan de la persecución, que hacia llegar á sus familias con las mas delicadas

precauciones. Sabiendo la pobreza de las monjas Trinitarias de Concepción, les hizo una cuantiosa limosna, sin duda con ocasión del terremoto que en 1835 asoló á aquella población; por lo cual aquellas buenas relijiosas le dedicaron una novena de la «Santísima Trinidad», que corre impresa, i en la que, ofreciéndole el sufrajio de sus constantes oraciones, la llaman «su insigne bienhechora.» Tambien dejó en su testamento una fuerte cantidad para mandas piadosas i secretas.

Los últimos momentos de la señora Carrera pertenecieron á su espíritu identificado con la creación á que iba á volver. Dábanle nieve para calmar su agonía, i ella exclamaba, admirándose de aquel obsequio hecho ya un cadáver, «que el Salvador del mundo tuvo como ella sed, i le dieron hiel i vinagre.» Olvidaba la mártir de la historia, que ella habia apurado ya en su caliz todas las amarguras de la tierra, por lo que su alma estaba de antemano purificada i restituida á su primer oríjen......

El dia 20 de agosto de 1863, á las doce de la noche, la ilustre matrona, cuyas virtudes é infortunios han hecho tan célebre su nombre, entregó su alma al Criador, i sus exequias fueron dignas de su alto merecimiento.

Á LA SEÑORA JAVIERA CARRERA

¡Nació para sufrir!... El hado insano
Probó su esfuerzo con amargas penas,
Y al par de sus desgracias, las ajenas
Soportar supo con valor cristiano.

Sintiendo rebullir desde temprano
La sangre de los héroes en sus venas,
Del despotismo odiando las cadenas,
Guerra juróle al invasor hispano.

I siempre noble, jenerosa i fuerte
Sufriendo de la Patria la desgracia
O celebrando su temprana gloria;

Nunca su jenio doblegó la suerte,
Antes por su alma i varonil audacia
Dejó renombre en la chilena historia!

Marzo de 1867.

(J. A. S.)

XI

Antonia Salas de Errázuriz

Esta ilustre matrona nació en Santiago el 13 de junio de 1788, i fueron sus padres el célebre filántropo don Manuel de Salas i Corvalán, i la señora doña Manuela Palazuelos i Aldunate, ambos pertenecientes á la mas encumbrada aristocracía colonial.

Dotada la señora Salas de Errazúriz de un jenio alegre i festivo, se le vió, desde sus mas tiernos años, ser la compañera inseparable de su caritativo padre, ya en sus diarias visitas al hospicio, de que éste fué fundador, ya á las cárceles i presidios, llevando muchas veces en sus tiernos brazos el vestido que debia cubrir la desnudez del necesitado.

Tal fué su vida hasta el año de 1809 en que contrajo matrimonio con el señor Don Isidoro Errázuriz Aldunate. Con el ejemplo del padre, los sentimientos de caridad habian echado hondas raices en el corazón de la hija, quien, en lo sucesivo, no debia ya vivir sino para los pobres. En efecto, sus deberes de esposa i madre no le impidieron jamás el practicar la caridad, i nunca el menesteroso golpeó sus puertas sin que encontrára el socorro de sus necesidades en cuanto los recursos de la señora se lo permitian.

Inspirada en las ideas de libertad que jerminaban en su corazón i que hicieron de su señor padre i de su esposo unos de los primeros mártires de nuestra independencia, la señora Salas de Errázuriz se portó como una gran patriota i una gran matrona. Su entereza i su resignación no la abandonaron un momento en aquella época aciaga. No se le oyó una sola queja por los sufrimientos que le causaba el destierro á Juan Fernandez de su anciano padre i de su esposo; ántes al contrario, animosa i resignada, se ocupaba, ya en buscar recursos para cubrir las fuertes contribuciones que les imponía el gobierno español, ya en mandar víveres á los desterrados, ya en adquirir noticias que poder comunicarles i que pudiesen consolarlos en su destierro, i para lo cual tenia que burlar la vijilancía del gobierno por mil injeniosos medios, hasta que, con la victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817), volvieron aquellos de su destierro.

En los años de 1819 i 20 desarrollóse con gran rapidez la viruela, tanto mas temible entonces cuanto menos conocidos eran los medios de curarla; diezmaba la población i esparcia por todas partes el llanto i el terror. La señora Salas de Errázuriz, residente en esa época, en su chacra de San Rafael, situada en el llano, lejos de huir

de la epidemia, se preparó para combatirla; i al saber que en un mal rancho yacia abandonada la familia Leiva, compuesta de cinco personas todas atacadas de la viruela, corrió presurosa i la hizo conducir á las casas de la chacra; pero no habiendo piezas aisladas en que colocarla, la estableció en la inmediata á la que servia de dormitorio á sus hijos, sin otra separación que una débil puerta. A esta familia se agregaron pronto dos apestados mas que se encontraron abandonados en un potrero; i todos ellos tuvieron la suerte de recobrar la salud, merced á la asistencia, cuidados i desvelos de la señora Salas

Hé aqui entre otros muchos, el noble i valeroso ejemplo de abnegación i de caridad que nos ha legado esta ilustre matrona. Ella expuso su vida i la de su familia por salvar la de siete infelices; ella no temia á la muerte cuando servia á Dios ó á sus pobres.

Contenta i feliz vivia la señora Salas de Errázuriz, rodeada de sus hijos i esposo, cuando el 19 de noviembre de 1822 acaeció el gran terremoto que asoló la mayor parte del pais i que sepultó bajo los escombros de las casas de Popeta á un hijo querido i parte de su servicio doméstico. Parecia natural que tan rudo golpe arrancase quejas á su corazón; pero la virtuosa señora, con una resignación i una conformidad que solo Dios puede dar, vió á su tierno hijo exhalar en sus brazos el último suspiro, del mismo modo que á la fiel sirvienta que, á la misma hora, moria también á su lado. Su cuerpo cedió al fin á tanto dolor, i fué atacada de una grave enfermedad que amenazó sus dias i que la postró en cama durante ocho meses.

Restablecida apenas de esta enfermedad, la mujer caritativa continuó practicando sus buenas obras: su casa se convirtió muchas veces en hospital, donde se curaba el enfermo i desvalido, como sucedió en diciembre de 1829 despues de la acción de Ochagavia. Sin atender á las opiniones politicas de los que combatian, la señora Salas recojió del campo de batalla su primera victima, la hizo conducir á su casa i la salvó de la muerte curándole una gravisima herida.

Desde 1832 las desgracias domésticas persiguieron sin cesar á la señora Salas de Errázuriz: la muerte de su amante esposo i de varios de sus hijos postráronla nuevamente en cama i agotaron al fin sus fuerzas debilitadas. Restablecida completamente de su emfermedad, volvió de nuevo á su tarea favorita de hacer el bien y servir á la humanidad que padece.

A consecuencia de la batalla de Longomilla (8 de diciembre de 1851), de triste memoria, centenares de heridos jemian en los hospitales de Talca; la señora Salas de Errázuriz intentó trasladarse á aquella ciudad; pero no permitiéndoselo sus fuerzas ni su edad avan-

zada, mandó á sus hijas para que hiciesen sus veces, quedando ella encargada de recojer auxilios que el pueblo de Santiago podía proporcionarle.

Los hospitales, el hopicio i casa de huérfanos se encontraban en un estado miserable, á pesar de los esfuerzos de algunas almas caritativas por levantarlos de su postración; pero esta dicha solo estaba reservada á la señora Salas de Errázuriz, tal vez como un premio que la Divina Providencia le concedia. Tambien á su empeño es debido el establecimiento de la *Sociedad de beneficencia de señoras* que tuvo lugar en julio de 1852 i que ha producido tantos frutos para el alivio del indijente. Esa *Sociedad* recordará siempre el celo con que la señora Salas de Errázuriz supo impulsar sus trabajos, la actividad i vigor de aquella alma caritativa, que, sobreponiéndose á sus dolencias físicas i á la fatiga de los años, acudió siempre al clamor del necesitado i elevó su voz por todos los que sufrian.

Distribuido el cuidado de los establecimientos de beneficencia entre varias señoras socias, á fin de acudir mejor al remedio de sus necesidades, mui luego se notó en ellos, i especialmente en los hospitales, una transformación completa: sus salones, que por falta de ventilación i aseo no eran propios para seres humanos, se convirtieron pronto en aseados i ventilados; i una curación esmerada i alimentos bien preparados, disminuyeron el número de las victimas. Los facultativos redoblaron tambien sus esfuerzos al ver que sus trabajos obtenían escelentes resultados.

La experiencia que la *Sociedad* había adquirido en el ejercicio de sus deberes, le hizo notar la falta de una clase de obstetricia, que hacia tiempo se había suprimido; i con el objeto de remediar este mal se dirijió i obtuvo del Supremo Gobierno que se volviese á establecer; i gracias á esa clase, existen hoi hábiles matronas en los principales pueblos de la República.

Pero los cuidados i atenciones de la señora Salas de Errázuriz se limitaban no solamente á los Establecimientos de beneficencia de Santiago; pues, en cuanto se lo permitian los recursos con que contaba, estendia su mano jenerosa á los de las provincias El administrador del hospital de Ancud solicitó algunos auxilios de la señora i obtuvo de la *Sociedad* para aquel establecimiento veinticinco camas, gran cantidad de ropa i algun dinero. El empleado de igual clase del hospital de San Fernando pidió tambien algunos socorros á la *Sociedad*, i la señora Salas no trepidó en constituirse en su ajente á fin de conseguirlo.

Las mejoras introducidas en los establecimientos de beneficencia no satisfacian aún todas las aspiraciones de la *Sociedad* que presidia

la señora Salas de Errázuriz; pues los oficios de enfermeras, roperas, etc., eran desempeñados por personas asalariadas que no cumplian sus deberes con la exactitud debida; i para llenar este vacío, trabajó la *Sociedad*, impulsada por su presidenta, en hacer venir á Chile las dignas i venerables hijas del mas santo de los santos San Vicente de Paul, las *Hermanas de caridad*, que tan bellos frutos han dado i están dando, ya en el cuidado de hospitales i demás casas de beneficencia, ya en la educación de la juventud menesterosa.

Atendidos ya los hospitales i demás establecimientos de beneficencia, satisfechas ya casi todas sus necesidades, faltaba aún preservar á la huérfana abandonada de los riesgos que corre en su juventud; faltaba aún arrancar á las victimas que ejendran las malas pasiones, para convertirlas en miembros útiles. Para conseguir tan santo propósito, la señora Salas de Errázuriz propuso en setiembre de 1858 i la *Sociedad de beneficencia* aceptó i emprendió la fundación de la Casa del *Buen Pastor*, que pronto principió á dar los mas sazonados frutos, ya educando á la tierna desamparada niña, ya recojiendo á la mujer de mala vida, quien, gracias á los cuidados de la casa, se convierte muchas veces en una buena madre de familia, ó por lo menos en una nueva Magdalena.

Esta sola institución haría el mas alto elojio de la señora Salas de Errázuriz, sino la hubiésemos visto tomar parte en todas las que hemos mencionado; pues es mui raro el establecimiento de beneficencia que no tenga para con ella una deuda de gratitud. Las escuelas de niñas pobres i el *Asilo del Salvador*, de que no hemos hablado en las líneas precedentes, fueron tambien el objeto de sus maternales cuidados.

En cuanto á su instrucción, la señora Salas de Errázuriz, aunque nacida i educada en la época del coloniaje, no era una mujer vulgar: había leido mucho; hablaba el francés, traducía el inglés i escribia su propio idioma con bastante corrección, como lo comprueban algunas actas que, escritas de su puño i letra, han quedado en los libros de la *Sociedad de beneficencia*, de que fué su presidente i su mas activo i laborioso miembro.

Los años i los trabajos que había sufrido agotaron al fin sus debilitadas fuerzas, i una fuerte fiebre amenazó su existencia el 7 de noviembre último; la enfermedad continuó tomando cada dia mas cuerpo, hasta que la madre de los pobres se preparó para llenar sus últimos deberes. Sus parientes i amigos rodearon su lecho; i en medio de sus dolencias se le oía elevar votos al cielo por los establecimientos que le debian su existencia, i mui especialmente por el monasterio del *Buen Pastor*. La fiebre se hizo mas

intensa, la debilidad llegó á último grado, i la ilustre enferma entregó su alma al Criador, el dia 8 de enero de 1877, después de dos meses de cama, empleados en ejercicios piadosos i en consolar á sus aflijidos deudos i amigos.

Al siguiente dia tuvieron lugar las exequias celebradas por su alma. Por una gracia especial, se accedió á los deseos de las monjas del *Buen Pastor*, de conservar en su propio cementerio los preciosos restos de la que fué fundadora de ese monasterio, i que consagró todos los momentos de su vida, hasta sus últimos instantes, al bien del pobre i al alivio del desgraciado.

El servicio fúnebre fué dirijido por el señor prebendado Parreño i oficiado por toda la comunidad. Concluida la misa, el señor canónigo Martínez Gárfias, justo apreciador de las grandes virtudes de la señora Salas de Errázuriz, pronunció, en tono conmovido, un sentido discurso que hizo derramar mas de una lágrima. El orador pintó con breves pero elocuentes palabras las rasgos mas notables de la vida de tan ilustre i virtuosa matrona.

Tal fué la vida i tal la muerte de la señora Antonia Salas de Errázuriz, mujer notable por su cuna, notable por su ilustración i notable por sus grandes virtudes cívicas i evanjélicas.

En la sepultura de la señora Antonia Salas de Errázuriz

Manda el Señor sobre la tierra oscura
En ausencia del sol, á las estrellas;
I á sus almas mas nobles i mas bellas
A consolar la humana desventura.

Néctar de amor de májica dulzura
Nos brindan al oir nuestras querellas:
Los huérfanos, las viudas, las doncellas,
Son el imán feliz de su ternura.

Do quiera haciendo el bien cruzan el suelo;
I, desdeñando sus mentidas galas,
La modestia las cubre con su velo.

Un dia llega al fin.... baten sus alas....
Se despiden del mundo i van al cielo....
Tal el destino fué de Antonia Salas.

Marzo de 1867.

ANTONIA SALAS DE ERRÁZURIZ

La caridad sublime, hija del cielo,
Formó su corazón desde la cuna,
I fueron sus acciones una á una
Actos de abnegación i de consuelo.

Sirviendo con solícito desvelo
A cuantos contristaba la fortuna,
Siempre su acción heróica i oportuna
Supo calmar del infeliz el duelo.

Madre del pobre cariñosa i tierna,
Con la eficacia del amor mas vivo,
Supe, sembrando el bien hacerse eterna.

Pues do la Caridad tienda sus alas
I la miseria encuentra un lenitivo,
El alma allí estará de ANTONIA SALAS.

Marzo de 1867.

J. A. S.

XII.

Mercedes Tapia—Manuela Pedraza—Josefa Palacios—Juana Antonia Padrón, Luisa Cáceres y Maria Cornelia Olivares.

I.

La guerra de la independencia americana fué mui fecunda en hechos heróicos de todo jénero, no solo de parte de sus valerosos hijos, sino tambien de sus ilustres matronas. Entre la multitud de acciones interesantes que hermosean aquella gloriosa época, es dificil elejir. Aún antes de que las colonias españolas en América tratasen de sacudir el ominoso yugo que las oprimia, se presentó á las bellas arjentinas una oportunidad de señalar su consagración al país de su nacimiento. La invasión de Buenos Aires por los ingleses en 1806 desenvolvió en ellas el jermen de esta virtud. «Mujer hubo, dice el doctor Funes, cuyo postrer adios fué decir á su marido: «*No creo que te muestres cobarde; pero si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban.*» No satisfechas con exhortar i animar

á los hombres á la resistencia, se precipitaban en medio de la carnicería del campo de batalla; distinguiéndose entre todas doña Manuela Pedraza, que fué premiada por su heroicidad con el grado de teniente.

Mas tarde, cuando Buenos Aires rompió las cadenas que la ligaban á la península, las madres escitaban á sus hijos, las hermanas á los hermanos, las esposas á los esposos, para que arrostrasen los peligros i sostuviesen la independencia.

II.

En Bolivia se hizo notar por su acendrado patriotismo, entre otras muchas señoras, Mercedes Tapia, chuquisaqueña; hermosa joven que sufrió con santa resignación los mayores vejámenes i que espiró de puro gozo cuando recibió la noticia de la victoria ganada por los patriotas en Salta (20 de febrero de 1813).

III.

Entre las hijas de Venezuela distinguióse notablemente la señora Josefa Palacios, viuda del benemérito jeneral don José Félix Rivas, la cual se condenó á un ostracismo voluntario durante todo el tiempo que permaneció su patria en poder de los enemigos, no obstante las reiteradas instancias del mismo jeneral Morillo para que abandonase su destierro, i á cuyos comisionados siempre contestó la señora: «Digan Vds. á su jeneral que Josefa Palacios no abandonará este lugar mientras que su patria sea esclava: no lo abandonará sino cuando los suyos vengan á anunciarle que es libre i la saquen de él.»

IV.

Doña Juana Antonia Padrón, madre de los célebres jenerales colombianos don Mariano i don Tomás Mantilla, cuyo adios á sus hijos cuando iban á partir en defensa de la patria, lo recordará siempre la historia: *No hay que comparecer en mi presencia*, les dijo, *si no volveis victoriosos.*

Esta señora se hizo igualmente notable.

V.

De las margariteñas Luisa Cáceres, esposa del jeneral patriota Arizmendi, linda jóven de diez i nueve años de edad, prefirió los mas crueles padecimientos i ser enviada á España bajo *partida de rejistro*, antes de escribir á su marido aconsejándole traicionar la causa de los patriotas como lo pretendian sus opresores. Insurreccionada la isla i siendo corto el número de hombres, las margariteñas vinie-

ron en su auxilio; i llegó á tal grado su patriotismo, que no solo hacian centinelas de noche para que aquellos pudiesen descansar, sino que se adiestraron tambien en cargar i disparar los cañones.

VI.

Los chilenos no tienen que envidiar los sentimientos patrióticos de las mujeres de otros paises. Para demostrarlo, ahi están, entre otros muchos, los nombres venerandos de Paula Jara, Agueda Monasterio, Javiera Carrera, Luisa Recabárren, Rosario Rosales i Cornelia Olivares, de la cual pasamos á ocuparnos.

Maria Cornelia de Olivares vivia en Chillán en 1817. Pocos dias ántes de la batalla de Chacabuco (12 de Febrero del año citado), el gobernador realista de aquel pueblo perpetró un hecho atroz en la persona de esta señora, que se distinguia por su amor patrio. Sabido es que en concepto de los tiranos no podia haber mayor delito. Sin embargo, contenidos por el temor de la influencia que tenia la familia de aquella señora, en razón de sus muchos parientes i de su fortuna, se contentaron por algún tiempo con perseguirla ocultamente. Mas al fin se sobrepuso el despotismo, agonizante á toda consideración. Cuando se supo en Chillán que los libertadores estaban salvando los Andes, no le fué posible á la patriota Olivares reprimir su entusiasmo. En medio de los enemigos, irritados mas que nunca por la tentativa de los independientes, tuvo ella valor de pronunciar públicamente sus sentimientos, sus deseos i esperanzas, i de pronosticar el glorioso éxito que á los pocos dias logró aquella espedición en la cuesta de Chacabuco. Entonces la aprisionaron, le raparon el cabello i las cejas i la tuvieron expuesta en Chillán á la vergüenza pública desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, cuyos ultrajes sufrió con inalterable firmeza de ánimo. Su heroicidad fué premiada por el gobierno de O'Higgins, el cual, en decreto de 2 de diciembre de 1818, declaró á Doña Maria Cornelia Olivares «*una de las ciudadanas mas beneméritas del Estado,*» en atención á sus sobresalientes virtudes cívicas.

XIII.

Estaurofila Ladrón de Guevara de Poulson (1).

Cerramos esta serie de biografías de mujeres notables de Sud-

---

(1) Trazamos al correr de la pluma estos apuntes biográficos de la Señora Ladrón de Guevara de Poulson, pues al terminarse la impresión de este opúsculo, hemos podido obtener del Iltmo. Señor Obispo Diocesano i del caballero Poulson los datos indispensables para trazarlos.

América consagrando algunas líneas, siquiera sea á la ligera, á la memoria de una de las institutrices mas meritorias y mas dignas de encomio, verdadera sacerdotisa de la infancia, que durante treinta i ocho años de vida laboriosa i ejemplar, no cesó de hacer sentir su benéfica acción en el estadio de la enseñanza i educación del bello sexo.

La señora Estaurofila Ladrón de Guevara de Poulson, puede con justicia figurar al lado de los mejores, mas constantes i mas nobles maestros de la juventud argentina. Esfuerzos de la voluntad, entusiasmos patrióticos, sacrificios de la fortuna, fé en su misión regeneradora, todo esto y mucho mas, puso en servicio de su religión y de su patria. Justo es, pues, que nosotros recordemos agradecidos su memoria, imborrable del corazón de sus discípulas, como premio á sus virtudes preclaras i á su perseverancia para el bién.

Nacida en esta ciudad de Córdoba en el año de 1827, época aciaga de la Historia Argentina, no pudo recibir la vasta instrucción, á que su clara intelijencia se prestaba. La educación pública era mui deficiente en aquellos tiempos, i los conocimientos superiores estaban reservados únicamente á los privilegiados de la fortuna. La niña Estaurofila, adquirió su primera enseñanza en el Colegio de Huérfanas de esta Capital, plantel en el que si rejia un plan de estudios restringido, se daba, en cambio, á las alumnas una amplia educación moral i religiosa. Su permanencia en esta casa, que cuenta mas de un siglo de existencia, fué corta; su espíritu necesitaba un horizonte mas dilatado para sus ansias de saber. Llevada á Buenos Aires, apesar de que aquella ciudad soportaba los luctuosos dias de 1840 i 1841, bajo la dominación de Don Juan Manuel de Rosas, que con justicia se ha denominado la *época del terror*, trabajó constantemente para completar su educación, aumentando sus conocimientos hasta ponerse en condiciones de poder dirijir con acierto un establecimiento educacional para niñas. ¡Noble aspiración que fué mas tarde la constante preocupación de su larga vida de sacrificios!

Sus nobles deseos se vieron pronto satisfechos. Su claro talento, su carácter reflexivo y constante, su amor á lo bello y á lo bueno, ayudados de ese don natural de la criatura que se llama *el buen sentido*, no pasaron desapercibidos para los que la conocian, y después de la caida de la Dictadura, en 1852, fué llamada por la Sociedad de Beneficencia á dirijir el *Colegio de Huerfanas* de Buenos Aires, plantel importante de educación.

Dos años mas tarde, en 1854, contrajo matrimonio con el señor Jorje Poulson, profesor emérito, ventajosamente conocido entre nosotros.

Apesar de su nuevo estado, la señora Estaurofila Ladrón de Guevara, no abandonó la noble misión de la enseñanza, i, al contrario, redobló sus esfuerzos en pró de la juventud estudiosa i de los desamparados, pues, la caridad puede decirse que era una necesidad imperiosa para su alma templada al calor de la virtud i los sentimientos religiosos, ayudada por su noble esposo que supo comprender la delicadeza de sus sentimientos i la hermosa filantropía de su distinguida consorte. Dios, en sus misteriosos designios, habia fundido en una sola voluntad dos almas nacidas para el amor i el ejemplo.

Desde principios de 1856 hasta que la batalla de Pavón derrocó el Gobierno de la Confederación, la señora de Poulson dirijió el *Colegio Nacional de Niñas*, en el Paraná, residencia del Gobierno General.

Grandes fueron las simpatías que supo dispertar en aquella culta i hospitalaria ciudad, en la que fué objeto de todo género de consideraciones, siendo aún hoi recordada con cariño por aquella sociedad, que ha sabido ver en ella á la maestra abnegada i virtuosa, constante en su fé por el progreso moral de su querida patria.

De regreso del Paraná emprendió con su esposo en 1860 un viaje á Europa, en donde permanecieron catorce meses, i en verdad que harto necesitaba de aquel descanso el espiritu de aquella constante obrera moral, que tan vivamente se habia preocupado de desarrollar la inteligencia como de formar el corazón de las niñas confiadas á su celo i experiencia.

En este viaje en que recorrió la Francia, la España i la Alemania, el espectáculo que le ofrecían los paises del viejo continente no podía menos que dispertar en aquel carácter reflexivo i estudioso, nuevas aspiraciones por ensanchar la esfera de sus conocimientos para mejor dilatar el horizonte del bien.

De vuelta de Europa en 1862, abrió en Buenos Aires un colegio particular, que durante cuatro años gozó de merecido crédito, hasta que en 1866 resolvieron los esposos Poulson, trasladarse á Córdoba.

Ya en esta ciudad no tardaron en crear un nuevo Colegio, el que se vió concurrido por las hijas de las principales familias de esta sociedad. Funcionaba este establecimiento con toda regularidad, cuando en 1886 el R. P. Fray Reginaldo Toro, hoi dignísimo Obispo de Córdoba, fundó la Congregación de las *Hermanas Dominicas de San José*, destinada á la enseñanza de la infancia i al cuidado de los enfermos á domicilio. Era este un noble pensamiento para que no tuviese en la señora Poulson un decidido apoyo, asi es que aunando sus esfuerzos á los del piadoso fundador, cooperó á que el Colegio

que dirijia sirviera de base al que debia fundar la nueva institucion i el que pasó á regentear hasta su muerte.

Y fué de la casa habitación de esta benemérita señora de donde salieron las jóvenes que en 1886 abandonaban el mundo para consagrarse á Dios i á los nobles i sublimes ejercicios de la caridad, como habian salido antes del mismo cristiano i virtuoso hogar las señoras que fueron á fundar en Buenos Aires el Colegio de las Teresas.

Pero, no fué solo su concurso personal lo que la Señora Ladrón de Guevara concedió á lá nueva institución, fué á mas, el sacrificio de todos sus bienes de fortuna, fruto de una labor perseverante de muchos años, que con gran desinterés digno de ejemplo cedió á favor de sus educandas, mejor dicho de sus hijas, pues á ellas habia dado á mas de los tesoros materiales, los tesoros de su alma, rica en virtudes i pródiga en sacrificios.

El expléndido edificio que ese bello plantel ocupa en esta ciudad, se levanta en el terreno que formó ante la quinta de los esposos Poulson.

Córdoba recuerda con respeto el nombre de tan distinguida matrona y el bronce perpetúa sobre su tumba el agradecimiento de sus discipulas, como premio á su constante abnegacion y santas enseñanzas.

La Señora de Poulson falleció en esta ciudad el 7 de Octubre de 1890, i su muerte fué generalmente deplorada por la sociedad cordobesa, justa apreciadora de sus méritos i virtudes. Con ella se extinguió una noble existencia, consagrada en absoluto á los ejercicios de la caridad i al sacerdocio social de *«enseñar al que no sabe.»* —El Colegio de las Terciarias Dominicas de San José perdió también una Directora irreemplazable. Al borde de su tumba hicieron el elojio de la distinguida institutriz los Señores Antonio Rodriguez del Busto i Doctor Pablo Julio Rodriguez.

Un mes después de su fallecimiento, las alumnas del Colegio, acompañadas de la Congregación, colocaban sobre su sepulcro una placa de bronce, ceremonia tierna i sencilla solemnizada con la presencia de un numero de familias i vecinos. Monseñor Toro, Obispo Diocesano, pronunció una sentida alocución, verdadera apología de la señora de Poulson, pues en ella mencionó todos los actos de su larga carrera, deduciendo, como corolario, que con su vida ejemplar habia sido *«una verdadera discípula de Santa Teresa de Jesús;»* i es de notar que ya el P. Olegario Correa, de santa i venerada memoria, la habia honrado con estas notables palabras:—*«Estauró̃fila se gana el cielo con su grande humildad, sumisión y obediencia.»*—Las Señoritas Adela Castro i Aurora Rodriguez de la Torre, á nombre de las alum-

nas del Colegio, tuvieron en el mismo acto palabras que expresaban la gratitud del corazón i el pesar por la pérdida de la maestra querida é inolvidable (1).

Al terminar esta ligera reseña hacemos sinceros votos porque tan alto i noble ejemplo encuentre numerosas imitadoras en el bello sexo de la República.

V. G. A.

Córdoba, á 1° de Mayo de 1894.

DOS PALABRAS Á LA CONCLUSIÓN

Repetidas ediciones se han hecho del presente libro i una de ellas en Paris por la casa editora de Rosa i Bouret, prueba evidente de su mérito i de la aceptación que siempre ha encontrado. La Universidad de Chile le acordó su aprobación como texto de enseñanza.

En la presente edición refundida hemos suprimido las poesías morales i religiosas que componian la tercera parte, i la hemos enriquecido con importantes narraciones, descripciones i nuevas biografias, figurando entre estas distintas piezas literarias: *La viuda Anais,—El premio de la honradez,—Miss Maria Carpenter,—Cuadro de una familia del pueblo,—Abnegación de las mujeres de Francia en 1793.*—Todas ellas respiran el suave aroma de una moral purísima i su lectura propende á suavizar las costumbres, á elevar el caracter i á dulcificar los sentimientos.

En la segunda parte se han aumentado las biografías de mujeres notables de Sud-América, con las de *Antonia Santos, Policarpa Salavarrieta, María Sanchez de Mandeville i las educacionistas Juana Manso de Noronha i Estaurofila Ladrón de Guevara de Poulson.*

Juzgamos que el libro del ilustrado Profesor Señor José Bernardo Suárez, nada ha perdido con la presente refundición, sino que, por el contrario, se acerca mas al objeto que su autor se propuso al componerlo.

V. G. A.

---

(1) Sobre la placa se lee: —"**Recuerdo de gratitud—á la virtuosa educacionista—Estaurofila Ladrón de Guevara de Poulson—sus discípulas—7 de Octubre de 1890.**"

ÍNDICE



